VICENTE ROMANO

LA FORMACIÓN DE LA MENTALIDAD SUMISA

El Viejo Topo

FORMACION DE MENTE SUMISA

Con una introducción atractiva, Vicente Romano explica en La formación de la mentalidad sumisa (El Viejo Topo, 2004) que la teoría evolucionista confirma que el conocimiento es el resultado de la acción y la experiencia. Pero si la experiencia crea conciencia, ¿qué pasa cuando la inmensa mayoría de las experiencias no las hacemos nosotros mismos, sino que nos vienen mediadas por otros?

La formación de la mentalidad sumisa, expresión que designa uno de los problemas actuales en cuanto aceptación y sumisión de la sociedad ante las órdenes de políticos y poderosos y que sirve, además, de título a la obra de este brillante profesor, consigue explicar muchos de nuestros comportamientos al margen de militancias políticas, pero con frecuencia impuestos desde una ideología concreta, la del capitalismo internacional.

Autor: Romano, Vicente
ISBN: 57631578613786
Generado con: QualityEbook v0.38

La formación de la mentalidad sumisa

Vicente Romano

Prólogo a la segunda edición

Mundialización de la economía y de la conciencia

I.

Este libro vio la luz pública por primera vez en el otoño de 1993. Para el verano de 1994 ya se había agotado, a pesar de las escasas reseñas que se le hicieron. El autor sólo conoce las publicadas en las revistas Cuatro semanas, Utopías—Nuestra Bandera y Telos, ninguna de ellas de gran tirada y dirigidas a públicos muy minoritarios y concretos. Ni Ediciones La Catarata ni la FIM (Fundación de Investigaciones Marxistas), coeditores de la primera edición, han considerado pertinente reeditarlo, a pesar de los numerosos requerimientos hechos en este sentido tanto a la FIM como al propio autor, procedentes de los ámbitos y lugares más diversos de dentro y fuera del país. Concebido y redactado como una obra de divulgación, también ha encontrado una acogida favorable en algunos sectores académicos, sobre todo en América Latina.

Es de agradecer por tanto, que....., se haya atrevido a reeditar un librito

cuyo contenido parece molestar, a pesar de su escasa difusión, a los poderes económicos y políticos establecidos.

Al plantearnos esta segunda edición hemos sentido la natural tentación de ampliar la primera. Creemos, sin embargo, que el contenido redactado

hace cuatro años sigue siendo válido. De ahí que sólo nos hayamos limitado a corregir algunas erratas.

Se podrían actualizar algunas cifras y aducir más ejemplos. En cualquier caso sólo servirían para reforzar aún más los argumentos expuestos. El sistema no ha cambiado, sino que se siente más consolidado y prepotente. Los casos de aplicación de la violencia, física o espiritual, podrían incrementarse ad nauseam. Así, durante un par de días de diciembre de 1996, los medios de comunicación han recogido en sus páginas y en sus informativos de radio y televisión algunos aportados por el informe de la UNICEF acerca del trabajo infantil en el mundo. Como "la última esclavitud de este milenio" han calificado algunos de estos medios el hecho de que 250 millones de niños, 500.000 de ellos en España, vivan y trabajen en unas condiciones y a una edad peores que las descritas por Carlos Marx en el primer libro de El Capital. UNICEF ha denunciado asimismo el empleo de niños como soldados en las guerras y los sufrimientos traumáticos que reciben física y psíquicamente, así como las numerosas víctimas causadas entre la población civil por las minas una vez terminadas las guerras.

Durante un par de días, las imágenes de esos cuerpecitos arrastrando pesos, tejiendo alfombras para el Primer Mundo o utilizados como objetos sexuales para los ricos de

Occidente nos conmueven e indignan. Pero al día siguiente los medios nos vuelven a presentar otras imágenes de guerras y sufrimientos intolerables impuestos a los más débiles en todo el mundo y nos hacen olvidar rápidamente las anteriores. El Baal electrónico, igual que el sanguinario dios fenicio, no puede parar de alimentarse de sangre y dolor a fin de mantener aterrorizada y sumisa a la población.

2.

En esta tarea innoble e inhumana colaboran con desmedido entusiasmo y voracidad una caterva de "profesionales" de última hora, papanatas del último mecanismo tecnológico yanqui, expertos del "trepe". Una turbamulta de jóvenes arribistas se ha encaramado a los puestos y hasta las cátedras,

sobre la base de renegar de su pasado, incluso de sus propios progenitores. Tras subirse a la chepa de siglas gloriosas como las del PCE, y pasarse luego a otras no menos dignas como las del PSOE, o acogerse a éstas pro primera vez, abandonaron rápidamente sus ideales "revolucionarios" o progresistas, si es que alguna vez los tuvieron. Estas bandadas de "ex" (ex-falangistas, ex-comunistas, ex-ORT, ex-curas, etc.) y de "trans" (tránsfugas, transversales, transnacionales -por lo de su afán al transporte de los viajes y sus dietas-, etc.) una vez agarrados a a las mezquinas parcelitas del poder, no parecen ver otro modo de mantenerlas si no es reprimiendo, a veces con saña, cualquier atisbo de pensamiento crítico a costa de lo que sea. Su origen pequeñoburgués y su experiencia insolidaria pueden explicar, tal vez, estos comportamientos , algunos de los cuales son bien conocidos de la opinión pública.

En el corazón sin sangre de estos pragmáticos modernos y postmodernos no caben sentimientos ni valores humanistas, como la solidaridad, la amistad o la emulación. Sus portavoces ideológicos y"académicos" se escudan en la defensa de las tecnologías y la rentabilidad financiera inmediata frente al humanismo y la rentabilidad social. Como la memoria histórica estorba sus intereses, no quieren recordar que la Alemania nazi era la sociedad tecnológicamente más avanzada de su tiempo, y también la más inhumana, una sociedad que en modo alguno se puede presentar como ejemplo de "progreso" humano. Hoy sabemos que, desde el punto de vista de la rentabilidad social, de la felicidad de todos, no siempre es conveniente todo lo que tecnológicamente es posible. "Dejar de ser humano supondría deslizarse hacia la nada", afirmaba en su Filosofía de la existencia Karl Jaspers, pensador nada sospechoso de comunista o revolucionario.

El pensamiento dominante propaga la idea de que el desarrollo tecnológico equivale al progreso, entendido como velocidad, aceleración y acomodo rápido a lo "nuevo". Conceptos como "propiedad", "clase social", etc., han quedado anticuados, nos dicen. Ya no hay más que un mundo y una economía mundial. Y, claro, a una economía mundial le corresponde una conciencia también mundializada, un pensamiento único.

Estos esfuerzos del adversario por mantener el monopolio de la opinión y alimentar la falsa conciencia han estimulado en nosotros el deseo de reeditar este libro y redactar este prólogo.

3.

Desde el triunfo de la Revolución Soviética en 1917, los dirigentes políticos, espirituales y económicos del mundo capitalista han mantenido una lucha a muerte con los países "comunistas" por la conciencia y la lealtad de los pueblos dentro y fuera de sus fronteras. Los ideólogos del capitalismo han estado siempre contra el ideal emancipador del comunismo.

El principal argumento, repetido hasta la saciedad, era que los trabajadores y las masas populares de los países capitalistas (de los pocos desarrollados, claro está, pues capitalistas son EE. UU. y Haití, Alemania y Tailandia o ahora Albania) disfrutaban de un nivel de vida superior a los que vivían bajo el comunismo. Como si la sociedad comunista soñada por los clásicos se hubiese realizado ya. Se aducían estadísticas para demostrar que los ciudadanos soviéticos tenían que trabajar muchas más horas para adquirir diversos bienes de consumo, como automóviles, neveras, etc. Pero sin hacer ninguna comparación con lo que había que pagar en cada sitio por la asistencia médica, el alquiler de la vivienda, la educación a todos los niveles, el transporte, las vacaciones, y otros servicios fuertemente subsidiados por los gobiernos comunistas.

Durante la existencia de los países comunistas, y a fin de dar la apariencia de un "capitalismo de rostro humano", los empresarios se vieron obligados a hacer concesiones considerables a los trabajadores. Todas las victorias se ganaron en los sectores mejor organizados de la clase obrera: jornada laboral de 8 horas, derechos de antigüedad en el empleo, salario mínimo, seguridad social, seguro de paro, vacaciones pagadas, asistencia sanitaria, permiso de maternidad, etc.

La preocupación por el comunismo favoreció también la lucha por la igualdad de derechos civiles en los propios EE. UU. y en la guerra)sobre todo fría) por las conciencias y los corazones de las poblaciones no blancas

de Asia, Africa y América Latina. Había que mejorar la imagen de la explotación.

El desmoronamiento del comunismo en la URSS y otros países de Europa Oriental lanzó al vuelo las campanas de los círculos dominantes del capitalismo en Europa y EE. UU. Salvo pequeños enclaves como Cuba, el capitalismo transnacional parece tener bien amarrado el globo.

Una vez desaparecido el adversario comunista, los medios de creación de opinión (libros, periódicos, revistas, emisoras de radio y de televisión, cátedras y tertulias) arreciaron en sus exigencias desreguladoras y privatizadoras. Si en los países ex-socialistas las conquistas sociales se hacían retroceder a formas de explotación inauditas, propias de épocas pretéritas, ya no había razón alguna para mantener las que se habían alcanzado con el capitalismo a lo largo de luchas seculares.

A principios de esta década, la mayoría de los conservadores tenía claro que había llegado la hora de dejarse de garambainas y sacudirles en serio a los trabajadores y a las masas populares. ¡Muera lo público y viva lo privado! reza el lema triunfal que se grita por doquier. Ya no hay que competir con nadie por el dominio de las conciencias. Ya no existe ningún sistema alternativo adonde volver los ojos y los corazones. Ante su victoria global, el gran capital ha decidido ajustar cuentas de una vez por todas con los movimientos emancipadores, sindicales, etc., dentro y fuera de casa. Se acabaron las componendas con los obreros, los profesionales, los funcionarios, e incluso con la clase media, que se considera demasiado amplia. Hay que precarizar, proletarizar y lumpenproletarizar.

Con el revés del comunismo, las minorías dirigentes ya no tienen por qué preocuparse de reducir el desempleo, como hacían en las décadas de la guerra fría. Más bien persiguen mantener una elevada tasa de desempleo a fin de debilitar a los sindicatos, someter a los trabajadores y conseguir crecimiento sin inflación.

Todo esto suena a música celestial. Pero, al mismo tiempo, presenciamos la tercermundialización de los países capitalistas ricos, esto es, la degradación económica de una población relativamente próspera. Los círculos dirigentes no ven ninguna razón para que millones de trabajadores y sus familias gocen de un nivel de vida similar al de la clase media, con

cierto excedente de ingresos y un empleo seguro. Tampoco ven razón alguna para que la clase media sea tan numerosa. Ahí están los ejemplos de México, Brasil, Argentina, etc.

Los pocos que ya tienen mucho quieren más. En realidad lo quieren todo. Y les gustaría que la gente común, los muchos, reduzcan sus esperanzas, trabajen más y se contenten con menos. Pues, cuanto más tengan más querrán, hasta que se acabe en una democracia social y económica. ¡Y hasta ahí podían llegar las cosas! Mejor atarlos corto y tenerlos insatisfechos. Para los pocos que lo tienen casi todo es mejor volver a las condiciones del siglo XIX o del Tercer Mundo actual, esto es, disponer de masas de trabajadores sin organización, dispuestos a trabajar por la mera subsistencia; una masa de desempleados, de pobres desesperados que contribuyen a bajar los salarios e incluso provocar el resentimiento de los que están justo por encima de ellos (divide y vencerás, decían ya los antiguos esclavistas de Roma); una clase media cada vez más encogida; y una diminuta clase poseedora, escandalosamente rica, que lo tiene todo.

Esta ofensiva reaccionaria, cuyo objetivo final es la redistribución de las ganancias entre unos pocos, la han saludado los comentaristas oficiales como "el fin de la lucha de clases" y hasta "de la historia". Pero, en realidad, las minorías capitalistas están llevando a cabo una guerra de clases más encarnizada que nunca.

El desmoronamiento del comunismo, del socialismo burocrático y de cuartel, ha supuesto también el colapso económico de muchos países del Tercer Mundo. Durante la guerra fría, los países capitalistas desarrollados intentaban contener la expansión socialista a los países pobres de Africa, Asia y América Latina ayudando económicamente a los regímenes anticomunistas con inversiones y programas de desarrollo. Baste recordar a este respecto la Alianza para el Progreso de J. F. Kennedy a principios de los 60, tras el triunfo de la revolución en Cuba.

Durante la década de los 80 se abandonó la idea de que la prosperidad del Tercer Mundo se correspondía con los intereses capitalistas del Primero. En su lugar se ha dado marcha atrás a esos programas de desarrollo a fin de crear un "mundo libre" para maximizar los beneficios del capital sin tener

en cuenta los costes humanos y medioambientales. Con esta mundialización de la explotación capitalista, esos países ya no pueden volver la vista a la alternativa comunista.

Por otro lado, la tremenda deuda que agobia a estos países y las medidas de ajuste impuestas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional a fin de poder conseguir más créditos y hacer frente, no ya a la deuda, sino a sus intereses, precarizan aún más la vida de la inmensa mayoría de sus poblaciones. La reducción de los programas sociales y de los salarios, la desregulación de las medidas protectoras, la privatización de las empresas públicas, incluidas la sanidad y la enseñanza, etc., se publicitan como "ajustes" necesarios para reducir la inflación, mejorar la situación financiera y aumentar la producción. Se supone que al consumir menos y producir más se estará en mejores condiciones de cumplir los compromisos internacionales, esto es, de seguir pagando las deudas y sus intereses. En realidad, estas medidas se traducen en más explotación y mayores beneficios para el capital transnacional. Y, viceversa, en el consiguiente empobrecimiento de las economías y de las poblaciones de esos países. Venezuela, Filipinas, Zaire, Rusia y las repúblicas que antes integraban la URSS, Rumanía, etc. se deslizan rápidamente a lo que se llama Cuarto Mundo Pero no hay que irse tan lejos. También aquí, en nuestro propio país, al que nuestro gobierno quiere llevar a la primera línea de Europa, presenciamos este proceso de precarización. Los automóviles no sólo tienen primera, segunda y más velocidades. También tienen marcha atrás.

Ante el empobrecimiento generalizado de la población surge la cuestión de quién va a poder comprar todos los bienes y servicios producidos. Uno tiende a pensar que los capitalistas están matando la gallina de los huevos de oro.

Pero el sistema dispone todavía de recursos que le permiten prolongar su existencia. Así, aunque el poder adquisitivo de los trabajadores se reduzca, son más los que trabajan por menos dinero, mujeres y niños incluidos. La jornada laboral se ha incrementado a niveles desconocidos hace muchas décadas. A las familias de varios miembros trabajando en precario durante muchas horas hay que sumar el pluriempleo. Si a todo esto

se añade la posibilidad de comprar a plazos, las tiendas de "Todo a 100 Pts..", etc. se entenderá por qué las masas populares siguen consumiendo a pesar de estar más explotadas.

5.

Para consentir esta situación se requiere, claro está, un esfuerzo enorme en mantener a la población desinformada, para persuadirla de que no hay alternativa, en suma, para tenerla material y espiritualmente sumisa. Los dirigentes espirituales, los formadores de opinión, desde la intelligentsia vendida hasta el Papa, saben perfectamente que es más fácil engañar a una población poco y mal informada que a otra ilustrada.

Así, por ejemplo, todo el mundo conoce los terribles daños causados por los EE. UU. en Vietnam, Laos, Camboya, Irak, América Latina, etc. Pero, como dice Michael Parenti[1], la mayoría de los ciudadanos estadounidenses se quedarían boquiabiertos si se enterasen de ellos. Les han enseñado que, a diferencia de otras naciones, su país no ha cometido las atrocidades de otros imperios, y sí que ha sido el adalid de la paz y la justicia. Esta brecha enorme entre lo que los EE. UU. han infligido al mundo y lo que sus ciudadanos creen que hacen es uno de los grandes logros de la propaganda y de la mitología dominantes.

Como se sabe, la propaganda recurre con frecuencia a la mentira, puesto que su papel es el de influir en las emociones y, sólo accesoriamente, el de informar. Recuérdese a este respecto la efectuada durante la época nazi por J. Gobbels, que tantos discípulos ha tenido después.

Cierto, se requiere un bombardeo intensivo de mentiras para justificar ante la población el bloqueo de Cuba o la carnicería de Irak con el argumento de que están en juego los intereses nacionales de los EE. UU. y la paz mundial. Es evidente que Cuba o Nicaragua y los marxistas y revolucionarios de izquierdas que quedan en el mundo sólo constituyen una amenaza para los bancos y transnacionales que succionan la plusvalía de estos pequeños países, engordando aún más sus beneficios a costa de esquilmar sus riquezas y sus poblaciones.

El problema no estriba en que los revolucionarios ocupen el poder, sino en que lo utilicen para llevar a cabo políticas inaceptables para los círculos dirigentes del capitalismo. Lo que preocupa a sus gerentes, banqueros y generales no es la falta de democracia política en esos países, sino sus intentos de construir la democracia económica, salir de la pobreza impuesta por lo que eufemísticamente se llama "mercado libre". Henry Kissinger se aproximó a la verdad cuando celebró el derrocamiento fascista del gobierno democrático de Chile en septiembre de 1973 al afirmar que, en caso de tener que salvar al economía o la democracia, había que salvar la economía. La capitalista, claro está. Lo intolerable es permitir que estos pequeños países encaminen sus esfuerzos a erigir un nuevo orden económico que cuestiona los privilegios de las transnaciones, en el que la tierra, el trabajo y los recursos ya no sirvan para aumentar las ganancias de esos pocos consorcios, sino que beneficien a todos.

El objetivo de todo el aparato ingente de propaganda y persuasión sigue siendo el mismo de siempre: dejar bien claro que no hay alternativa al capitalismo, a un mundo en donde los muchos trabajarán más por menos, a fin de que los pocos privilegiados acumulen más y más riquezas.

Ante el dominio de esta ideología, ante la omnipresencia de este "pensamiento único" como se dice ahora, no deja de ser curioso que quienes nunca se quejan de la unilateralidad de su educación política sean los primeros en acusar de unilateralidad a cualquier desafío a esa educación.

6.

En la actualidad, este adoctrinamiento unilateral se efectúa en lo que M. McLuhan llamaba el "aula sin muros", esto es, a través de los llamados medios de comunicación de masas. El consumo de medios, sobre todo de televisión, constituye hoy un componente fijo de la vida cotidiana en la mayoría de las sociedad. Como se sabe, la cultura predominante es ahora la producida masivamente por estos medios. Esta "cultura de medios" se ha convertido en la experiencia cotidiana y en la conciencia común de la inmensa mayoría de la población. A ella pertenecen el trato cotidiano con los medios y sus contenidos, así como la forma de pensar y de sentir

determinada por ellos, los hábitos de leer, oir y ver, de consumo y comunicación, las modas y una buena parte del lenguaje y de la fantasía.

La cultura mundial de los medios de comunicación uniformiza y reduce el planeta, aunque no en el sentido del experto en relaciones públicas M. McLuhan. El mundo no se ha convertido en la "aldea global" que él preconizaba en la década de los 60, sino que más bien ha desaparecido la aldea y se está urbanizando a marchas forzadas.

Los diseñadores y promotores de esta cultura dedican cantidades ingentes de energías y dinero al estudio de la influencia y condicionamiento de las conciencias a través de los medios. El análisis de esta actividad revela que a través de ella se pretende crear el tipo de ser humano más conveniente para el sistema capitalista de producción y consumo. El objetivo ideal sería convertirnos a todos en apéndices del mercado. Es lógico, por tanto, que el reclamo comercial, la "publicidad", constituya uno de los componentes fundamentales de la cultura actual.[2]

Ahora bien, entre el orden cultural y el económico existe una relación de interdependencia. AS?i, y por limitarnos solamente a los orígenes más recientes, durante el siglo XIX, a medida que la industria atraía a un sector cada vez mayor de la población a su esfera de influencia, a su modo de producción y de consumo, los capitanes de la industria se preocuparon cada vez más de que la vida cultural coincidiese con sus objetivos económicos y políticos. Para ello no sólo trataban de imponer y administra la disciplina laboral de la fábrica, sino de inculcar también las actitudes, lealtades y comportamientos adecuados a esos objetivos. Pronto se dieron cuenta de que era más barato meter al guardia de la porra en las mentes que mantener un costoso aparato de represión. A éste se recurre únicamente en caso de necesidad, cuando falla el otro. Cuando una clase depende de las bayonetas, de la violencia física, de la fuerza bruta, para preservar su poder es que no está segura.

Pero con la represión de anarquistas, socialistas, comunistas, sindicalistas insumisos y toda clase de idealistas radicales, la clase capitalista, detentadora del poder económico, enrola a su causa a otras instituciones como la iglesia, la escuela, los medios de comunicación e incluso el entretenimiento. Si se echa una mirada retrospectiva se podrá

observar que han desaparecido prácticamente las formas de entretenimiento y de cultura populares, los teatros, periódicos, novelas , etc, clara y conscientemente obreros. Todas esas formas han sido sustituidas por la producción industrial.

Para asegurar su hegemonía como capitanes de la industria y de los negocios, los ricos han aspirado siempre a convertirse en "capitanes de la conciencia". Los nombres son numerosos a lo largo de los siglos XI X y XX, desde Lord Nordcliffe o el yanqui Hearst hasta Axel Springer, Kirch, Berlusconi o Murdoch.

He aquí un par de ejemplos a modo de ilustración. En su Outline of History, y refiriéndose a los fundadores de los EE. UU., H. G. Wells dice que "los padres de América pensaron también que sólo tenían que dejar la prensa libre y cada cual viviría en la luz. No se dieron cuenta de que una prensa libre podía convertirse en una especie de venalidad constitucional debido a sus relaciones con los anunciantes, y de que los grandes propietarios de periódicos podían convertirse en bucaneros de la opinión y en insensatos demoledores de los buenos comienzos". Hace unos 40 años, el barón de la prensa inglesa Lord Beaverbrook, nacido en Canadá, declaró ante una Comisión Real que publicaba sus periódicos "solamente por razones de propaganda?("purely for propaganda and with no other purpose"). Cuarenta años después, otro hijo de las colonias, esta vez de Australia, llegó a Londres a buscar fortuna y fama, y ha adquirido la misma que Beaberbrook, aunque incrementada a nivel mundial.

Puesto que la economía ya está mundializada, también debe estarlo la conciencia.

7.

La historia enseña que la clase pudiente nunca está sola. Se arropa con la bandera de la religión, el patriotismo y el bienestar público. Pues sólo reconoce y proclama como bueno para todos lo que es bueno para ella. Tras el estado existe todo un entramado de doctrinas, valores, mitos, instituciones, etc., que sirven consciente o inconscientemente a sus intereses, John Locke decía ya en 1690 que "el gobierno fue creado para

protección de la propiedad". Y casi un siglo después, en 1776, Adam Smith afirmaba que "la autoridad civil se instituyó en realidad para defensa de los ricos contra los pobres, o de los que tienen alguna propiedad contra los que no tienen ninguna".

Las instituciones políticas, religiosas y educativas contribuyen a crear la ideología que transforma el interés de la clase capitalista dominante en interés general, justificando las relaciones de clase existentes como las únicas que son naturales y, por tanto, perpetuas e inalterables. Todas ellas se conjuntan para crear una conciencia uniforme, para dar unidad al pensamiento.

Para preservar el sistema que es bueno para ellos, los ricos y poderosos invierten mucho en la persuasión. El control de la comunicación, del intercambio de informaciones y sentimientos, contribuye de modo eficaz a legitimar el poder de la clase propietaria. Y es en este marco general donde actúan los medios de comunicación de masas.

Estos medios son los vehículos o canales de distribución de los productos de esta comunicación. La comunicación de masas es, antes que nada, producción masiva de comunicación. Y, como tal, se rige por los mismo principios que el resto de las industrias: producción en serie, indiferenciada, a fin de reducir costes y aumentar beneficios. Pero como en la producción comunicativa se trata de productos del pensamiento, de contenidos de conciencia, esta simplificación y uniformidad tiene también algo que ver con la producción del pensamiento acrítico, indiferenciado, único.

No hay que olvidar que no son los medios los que reducen y simplifican, sino quienes los dirigen. Con un guión correcto y unas intenciones adecuadas se pueden ofrecer presentaciones intelectualmente ricas, ampliadoras del conocimiento, acerca de temas de vital importancia, como demuestran los documentales, por ejemplo.

Los medios sirven a muchos fines y desempeñan diversas funciones. Pero su papel principal, parejo con el de incrementar las ganancias de los pocos que los poseen, su indeclinable responsabilidad, estriba en reproducir una visión de la realidad que mantenga el actual poder económico y social de la clase dominante. Su objetivo no radica en producir una ciudadanía

crítica e informada, sino el tipo de gente que vota a R. Reagan o a J. Gil y Gil. Su meta es cerrar el clima de opinión marcado por la minoría que domina el mundo del dinero, los negocios, el gobierno, las iglesias, las universidades, etc., puesto que casi todos ellos comparten la misma concepción de la realidad económica.

Las técnicas para conseguir la uniformidad de las opiniones, el pensamiento único, son muchas y muy diversas. Y, aunque no sea éste el lugar más apropiado para exponer los subterfugios utilizados en la manipulación de las conciencias, sí conviene recordar que son los propietarios de los medios de comunicación y los directores puestos por ellos los que tienen la capacidad de seleccionar y publicar, de dar a conocer a los demás los aspectos de la realidad más acordes con sus intereses. Los pocos tienen así el poder de definir la realidad para los muchos y de producir las informaciones que dificultan a la mayoría de los ciudadanos el conocimiento y la comprensión de su entorno, la sociedad en que viven, así como la articulación y expresión de sus necesidades e intereses.

En este sentido, los medios pueden dirigir efectivamente la percepción de la realidad cuando no se dispone de informaciones en contrario. Y, aunque los medios no puedan moldear cada opinión, sí pueden enmarcar la realidad perceptiva en torno a la cual se forman las opiniones. Aquí radica tal vez su efecto más importante: establecer el orden del día para todos, organizando el espacio de lo público, las cuestiones en qué pensar. En suma, los medios establecen los límites del discurso y de la comprensión del público, del pueblo. No siempre moldean la opinión de todos, claro está, pero tampoco tienen por qué hacerlo. Basta con legitimar ciertos puntos de vista y deslegitimar otros.

El resultado es un pensamiento único, uniforme, acrítico, y, por consiguiente, la falsa conciencia.

8.

Los observadores "neutrales" sostienen que hay que aceptar como tales lo que la gente diga que son sus intereses. Postular que los individuos pueden perseguir a veces objetivos contrarios a sus intereses personales o

colectivos equivale a saber mejor lo que más les interesa y beneficia. El argumento se cierra concluyendo que los únicos intereses realmente existentes son los que la gente identifica como suyos.

Pero, como dice M. Parenti en su último libro[3], la posición "neutral" se basa en una visión poco realista y deliberadamente tosca de cómo obtiene la gente sus opiniones..Niega el hecho incontrovertible de que, a menudo, éstas están sometidas al control social. A la hora de juzgar dónde están sus intereses son muchos los factores que intervienen, incluido el impacto de unas fuerzas sociales superiores a las suyas. Y no sólo es que la gente no tenga conciencia de su situación, sino que con frecuencia tienen una falsa conciencia de la misma.

Lo que se excluye por principio es la posibilidad de una comunicación manipulada y controlada en donde a unas opiniones se les da una amplia difusión y a otras se las ignora o se suprimen, como es el caso de las expuestas en este libro.[4]

Rechazar la posibilidad de que exista falsa conciencia equivale a aceptar que no ha habido socialización en los valores conservadores, ni control de la información y del comentario, ni limitación de los temas que deben incluirse en el debate nacional, ni que toda una serie de poderes e instituciones han contribuido a estructurar y definir de antemano nuestra visión del mundo y nuestros intereses.

Efectivamente, si no existe ningún conflicto entre gobernantes y gobernados, entre explotadores y explotados, puede deberse a estas razones, apuntadas ya por M. Parenti:

a) Los ciudadanos están satisfechos con la situación porque se atienden sus intereses.

b) Apatía y falta de percepción: la gente es indiferente a los asuntos políticos, puesto que, preocupados con otras cosas, no ven el nexo entre la política y su bienestar.

c) Desánimo y miedo: la gente está descontenta, pero se achanta porque no ve ninguna posibilidad de cambiar las cosas o teme que cambien a peor.

d) Falsa conciencia: la gente acepta las cosas tal como están porque ignora que existen otras alternativas y hasta qué extremo los gobernantes

violan sus intereses, o porque desconocen hasta qué punto la gente se ve perjudicada por lo que cree ser sus intereses.

Quienes están encantados con este orden de cosas quieren hacernos creer que sólo las tres primeras razones pueden estudiarse empíricamente, por ser las únicas realmente existentes.

Quienes creemos que la falsa conciencia existe realmente sostenemos que las preferencias de la gente pueden ser producto de un sistema económico, político y cultural contrario a sus intereses, y que éstos sólo pueden identificarse legítimamente cuando la gente sea plenamente consciente de su elección y libre y esté capacitada para elegir.

Negar la falsa conciencia como una imposición "ideológica" (léase "marxista") lleva a los sociólogos y otros formadores de opinión a la conclusión de que no se debe distinguir entre percepciones del interés e interés real u objetivo. Así, si admitimos que la preferencia expresada por un individuo es su interés real resulta que no se puede hacer distinción entre intereses percibidos (que pueden estar más informados) e intereses reales (cuya percepción puede resultar difícil por falta de información adecuada y accesible).

No obstante, se pueden constatar ejemplos de falsa conciencia en todas partes. Hay ciudadanos con quejas justificadas, como empleados, contribuyentes y consumidores, que dirigen su indignación contra los desvalidos que se aprovechan de la beneficencia y no contra las empresas que reciben miles y miles de millones en subvenciones. Están a favor de elevados presupuestos de defensa, de la industria armamentista y de las empresas contaminadoras, mientras denostan a quienes se manifiestan por la paz y contra la contaminación.

Expertos comentaristas conservadores se encarga de alimentar su confusión atacando, por ejemplo, a las feministas y a las minorías en vez de a los sexistas y racistas, a los pobres en vez de a los ricos que crean la pobreza. Para ellos, el problema son los pobres y los inmigrantes. Los víctimas y los efectos se toman por la causa.

La falsa conciencia existe, y en cantidades masivas. Sin ella, los de arriba no se sentirían nada seguros.

9.

El principio de esperanza se concretará solamente cuando la mayoría de la población sea consciente de que sus condiciones de vida no se deben a ningún designio divino ni a ninguna ley natural, sino a la voracidad insaciable de un puñado de potentados, a la riqueza y al poder de los pocos que generan la pobreza e impotencia de los muchos.

Las revoluciones se hacen cuando grandes sectores de la población se animan unos a otros, al descubrir lo que tienen en común, y se rebelan contra un orden social insufrible. La gente tiende a soportar grandes abusos antes de arriesgar sus vidas en confrontaciones con fuerzas armadas muy superiores. Por eso no hay ninguna revolución frívola, sino que todas ellas son una tarea muy seria.

Por todo eso, romper con el liberalismo que penetra hoy todas las facetas de la vida, imponiendo en todas partes su pensamiento indiferenciado, acrítico, implica airear en público la crítica de los programas liberales. Significa hacer un esfuerzo serio y sostenido para aprovechar las lecciones aprendidas durante las tres últimas décadas en organización de comunidades, desarrollo económico, movilización en torno a cuestiones concretas, urbanismo, medioambiente, etc. y hacer una nueva síntesis.

Vicente Romano
Sevilla y Madrid, enero de 1997.

Introducción

La biología evolucionista nos dice, con razón, que el conocimiento, la consciencia, es el resultado de la acción y la experiencia. Al actuar, al hacer algo, adquirimos experiencia, que elevamos a consciencia, a conocimiento que nos sirve para aplicar y guiar mejor la acción siguiente. De este modo vamos ampliando paulatinamente nuestro dominio del medio a fin de ensanchar el ámbito de la libertad del ser humano.

¿Pero qué pasa cuando la inmensa mayoría de las experiencias no las hacemos nosotros mismos, sino que nos vienen mediadas por otros? Esta es la situación en que nos encontramos hoy día, donde las relaciones humanas, el intercambio social y el intercambio con la naturaleza, la experiencia directa con los seres humanos y con las cosas, se han reducido a extremos insoportables. ¿Cómo se generan hoy las opiniones? ¿Qué factores las determinan? ¿Quiénes se benefician en última instancia de este proceso de mediación e intermediación? ¿Cómo se doblegan mentes y voluntades?

Estas son algunas de las preguntas a las que pretende responder este libro. El alemán E. A. Rauter se planteó algo parecido hace más de 20 años, en un sugerente librito, cuando todavía imperaba la crítica a los "medios de comunicación" desatada por los acontecimientos de mayo del 68. (Cfr. E. A. Rauter: Wie eine Meinung in einem Kopf entsteht, Weismann Verlag, Munich 1971). Aunque válido en muchos aspectos, hoy se queda corto. Lo mismo vale decir de los análidis de L. Bisky (Geheime Verführer, Verlag Neues Leben, Berlín 1980, y The showmustgo on, ibídem, 1984.) La realidad que vivimos hoy es aún peor.

Entre los mitos más machaconamente difundidos en nuestros días se cuenta el de que vivimos en una sociedad libre y democrática. Pero si analizamos bien las cosas veremos que la libertad y la democracia son estados de cosas que hay que conquistar y ampliar cada día, paso a paso. Son muchas las barreras que aún las obstaculizan. Eso lo sabe cualquier estudiante que pretenda opinar sobre el plan de estudios que otros le imponen o cualquier obrero que se atreva a sugerir otros ritmos de producción en la fábrica o en el tajo.

Por eso, si queremos ser realmente libres, determinar nosotros mismos el curso de nuestras acciones, hemos de identificar primero y superar después los obstáculos que otros ponen para condicionar y determinar nuestras ideas y nuestro comportamiento. Se trata, ni más ni menos, que de un verdadero proceso cognitivo a través del cual podemos verificar hasta dónde son ciertas las convicciones y mitos que nos inculcan a través de la escuela, del trabajo y de los llamados "medios de comunicación".

En lo que se denomina "sociedad libre de mercado" o "sociedad de consumo", el consumidor puede decidir hasta cierto punto qué relación prefiere entre precio y calidad, dentro de la plétora de mercancías que se le ofrecen. Así, no podemos imaginarnos una maquinilla de afeitar que, por razones de la competencia, ocasionase más daños que beneficio al comprador. A nadie se le ocurriría comprarse un coche que no funcionase, por barato que se lo ofrecieran. Sin embargo, y por absurdo que pueda parecer, con los periódicos y los programas de radio y televisión sí es imaginable. A juzgar por lo que la gente lee en la prensa, oye en la radio y mira en la televisión, parece como si aplaudiera su propia degradación y depauperación mental. Este daño causado a los muchos por los pocos que se benefician de este comercio tiene consecuencias sociales y constituye, por tanto, un acto político. Por eso decía Sir Henry Berry en 1948, cuando era gobernador civil británico en Alemania: "En una sociedad libre es bueno y saludable tener una organización que, por así decirlo, actúe como perro guardián del público frente a las acciones de las autoridades y de los políticos".

La predominante ideología derechista, el "nuevo orden" de los Reagan-Bush- Thatcher-Gorbachov-Yeltsin y Felipes y Betinos de todo tipo, creado

tras la catástrofe histórica que ha supuesto el derrumbe de la URSS y su imperio, ha fomentado la idea de que democracia significa exclusividad, en vez de inclusividad. Ha utilizado la guerra en Panamá, el Golfo, Yugoslavia, etc. etc., para desviar la atención de la angustia, incertidumbre y desesperación de la vida cotidiana. La derecha ha saboteado constantemente la participación, la deliberación y el discurso de la ciudadanía, afirmando que estos atributos necesarios de la democracia deberían restringirse a los pocos. En realidad, la definición que da la derecha de democracia es estabilidad sustitutoria, el control oligárquico del fuerte sobre el débil. Para la derecha, la democracia no es un proceso ni un fin. No está pensada para permitir a los trabajadores, a las minorías y a las mujeres la plena ciudadanía económica, social y política. En vez de eso, la democracia está pensada para ser un conjunto de procedimientos congelados para excluir y penalizar. Eso lo saben muy bien los "cátedros" que vetan el acceso a su gremio a cualquier "rojo peligroso", por muy experto que sea en la asignatura y por muchos libros que haya escrito sobre ella.

Como bien se sabe, la democracia muere cuando aumenta la desigualdad. Y el capitalismo genera grados extraordinarios de desigualdad. Eso lo saben tanto en la Polonia de Walesa como en la Rusia de Yeltsin, en Somailia como Guatemala, en la Alemania de los Ossis y Wessis (ciudadnos del Este y del Oeste) como en la España de los nuevos ricos de la mangancia y los tres millones de parados.

A pesar de todo, la exitosa campaña que han llevado durante decenios ha conseguido que el término "socialista" se haya convertido hoy día en una especie de maldición. Mientras la derecha se regocija, la izquierda parece entumecida por los acontecimientos de los últimos años, incapaz de traspasar los muros de hierro del capitalismo de los grandes negocios y del Estado de la seguridad nacional. (Ver a este respecto el semanario The Nation, del 22 de abril de 1991.) Juntos constituyen un coloso que dirige la política oficial contra la sociedad, juntos han formado una ideología derechista que camufla la decadencia de este orden social.

La izquierda puede estar profundamente agradecida por el colapso del socialismo de cuartel. Su abandono ha terminado con las ilusiones de las revoluciones, la planificación coercitiva y el poder estatal, igual que las

realidades de la vida cotidiana de los EE. UU. están acabando con las ilusiones de la eficacia, el humanismo y la racionalidad de este sistema económico .

Por mucho que se esfuercen en borrarlos de las conciencias, muchos de los argumentos socialistas tradicionales contra el capitalismo siguen siendo tan poderosos como hace un siglo. Hay fuertes razones prácticas y morales en pro de cierto orden socialista a nivel nacional y mundial. La mayoría de los países en desarrollo siguen siendo sociedades divididas en clases y con desigualdades extremas de riqueza y de poder. El resto del mundo queda empobrecido, y con una enorme deuda pendiente para con los Estados capitalistas desarrollados. Más aún, la industrialización ha aportado graves problemas ecológicos a escala mundial. Estos problemas no se pueden solucionar, ni la economía mundial prosperar, sin algún tipo de planificación y regulación nacional e internacional de las actividades económicas.

Frente a la conciencia uniforme y autoplacentera difundida por todos los medios de este sistema se impone el desarrollo de una conciencia diferenciada que surja a través de la crítica de la civilización capitalista. "Crítica", decía A. Gramsci hablando de 'Socialismo y cultura' en 1916, "quiere decir precisamente esa conciencia del yo que Novalis ponía como finalidad de la cultura. Yo que se opone a los demás, que se diferencia y, tras crearse una meta, juzga los hechos y los acontecimientos, además de en sí y por sí mismos, como valores de propulsión o de repulsión. Conocerse a sí mismos quiere decir ser lo que se es, quiere decir ser dueños de sí mismos, distinguirse, salir fuera del caso, ser elemento de orden, pero del orden propio y de la propia disciplina a un ideal. Y eso no se puede obtener si no se conoce también a los demás, su historia, el decurso de los esfuerzos que han hecho los demás para ser lo que son, para crear la civilización que han creado y que queremos sustituir por la nuestra."

La base de la lucha por una cultura nueva, por un nuevo humanismo, la ponía Gramsci en la crítica de las costumbres, de los sentimientos y de las concepciones de la vida, o, como diríamos hoy, en la crítica de la vida cotidiana. Crear una cultura significa "difundir críticamente la verdad

descubierta, 'socializarla' por sí decirlo, convertirla en fundamento de acción vital, en elemento de condición intelectual y moral".

Y esa cultura nueva que propugnaba Gramsci sólo puede surgir de la crítica creadora de la actual. En la actualidad, hablar de cultura es hablar de cultura de medios, de los productos de lo que se ha venido en denominada industria de la conciencia, de la cultura o de la comunicación. Por eso hemos puesto tanto énfasis en analizar los contenidos de esta industria y la mentalidad que forjan, porque forman parte inseparable de la vida cotidiana de los niños y adultos de nuestro tiempo.

Sólo nos cabe esperar que la lectura de este libro estimule a lectores e investigadores a seguir en el empeño de crear un orden social más solidario y libre, esto es, más humano.

Primera Parte

La enseñanza

1. Factores constitutivos de la opinión

Las opiniones son producto de las informaciones y experiencias recibidas a través de otros y las adquiridas directamente por nosotros mismos. Hoy día la inmensa mayoría de estos conocimientos y experiencias son mediados, es decir, han pasado por una o varias manos antes de llegar a nosotros. Lo característico de las opiniones es que, una vez formadas, es muy difícil cambiarlas.

El hogar, la escuela y el trabajo son lugares de formación de la opinión. Pero los medios de información y de entretenimiento, el cine, la televisión, la radio, el teatro, los periódicos, las revistas del corazón, los libros y los carteles son también escuelas en un sentido amplio. Todos los sitios donde se transmiten y adquieren informaciones y conocimientos son escuelas.

Siempre se nos ha dicho que la escuela es el lugar donde se forman ciudadanos, donde se hacen hombres y mujeres de provecho. El proceso de formación de buenos ciudadanos se llama educación. Lo que no nos dicen es quién se aprovecha de esa educación.

2. El hogar

El hogar y el entorno material y cultural es el sitio donde recibimos las primeras informaciones y adquirimos los primeros conocimientos. Es aquí donde se transmite y asimila el sistema elemental de los valores sociales. Como se sabe, todo ser vivo es producto del proceso de intercambio, de acción y experiencia, entre él y su medio ambiente, entre su organismo y lo que le circunda. De ahí que la esencia de la vida la constituya esa acción recíproca entre medio ambiente y ser humano. Como ser vivo, el individuo íntegro interactúa con su medio ambiente humano, la sociedad. (Cf. V. Romano: Desarrollo y progreso. Por una ecología de la comunicación, Teide, Barcelona 1993, pp. 14-17.)

Ahora bien, el medio humano, la sociedad, ofrece una gran diversidad de estímulos y de posibilidades de acción según la cultura en que se desarrolle el ser humano. Es posible incluso que a lo largo de la vida de algunas personas se sucedan varios medios que dan lugar a una renovación de la experiencia. La sociedad evoluciona tan rápidamente que muchos individuos se ven obligados a lo largo de sus vidas a desarrollar una capacidad creciente de adaptación que les permite sobrevivir. Los ejemplos más evidentes son las migraciones en busca de empleo o los cambios de trabajo y de oficio.

Lo característico del ser humano es que cada acción nuestra necesita contar con el asentimiento y la cooperación de otros seres humanos, empezando por la de los propios padres y familiares. El medio humano se distingue del medio animal en que el primero forma a las personas en la solidaridad y el segundo forma al animal en la lucha por la existencia. Las

manifestaciones de egoismo e insolidaridad no hacen sino revelar la primigenia naturaleza animal del ser humano. Por eso decimos que cuando la gente se comporta así, actúa como si viviéramos aún en la jungla.

El hogar es el lugar donde se forman las primeras opiniones, valores y juicios. Para entender mejor esta afirmación conviene detenerse un momento en el origen y significación de este concepto. El término castellano hogar procede del latín focaris, esto es, lugar donde se hace la lumbre para calentarse y cocinar. Por extensión, y en sentido figurado, significa también vivienda, casa, domicilio, residencia de una familia. La palabra hogar remite, pues, a las ideas de refugio, abrigo, a la comida como acto social, en suma, a la organización de la vida cotidiana. El hogar es el punto de contacto más directo del cuerpo con el medio natural y social. Señala asimismo una relación que crea en el ser humano la sensación placentera de seguridad. De otro modo no se entendería el apego que sienten los hombres y mujeres por hogares realmente incómodos y miserables.

Puede decirse en pocas palabras que el hogar es, entre otras cosas: 1) el lugar del contacto elemental humano, donde se hace y adquieren las experiencias primarias;

2) una forma de cocinar y de comer;

3) una forma de percibir, vivir y expresar la realidad;

4) un modo de actuación y adaptación al medio;

5) una manera de relacionarse y comunicarse;

6) el núcleo de la socialización, de la asimilación de los valores y comportamientos sociales;

7) una forma de personalidad, esto es, del ser social.

Es evidente que todas estas formas de hogar varían mucho según el medio en que se desenvuelva la vida humana. El trato material con las cosas produce una vivencia determinada de la realidad, reflejada en las distintas maneras de expresarla, en las distintas opiniones que se tienen de la misma. La producción material no sólo condiciona la situación económica del ser humano sino que también condiciona el nivel y las formas de su espiritualidad.

Así, por ejemplo, todo el mundo sabe que cada hogar, cada región y cada pueblo, esto es, cada cultura, tiene sus formas determinadas de preparar el alimento y de comer. No se trata de entrar en lo que se denominan buenas o malas maneras. El tipo de relación familiar y de socialización primaria que genera esta circunstancia es bien diferenciada según que se trate de un hogar campesino o de una casa acomodada de la burguesía. En el primero, toda la familia ha participado o participa en el cultivo y preparación de los alimentos básicos. El padre o la madre parte y reparte el pan. Todos comen del mismo plato y beben del mismo botijo. En el segundo se consume mayor número de alimentos preparados por otros, se guisa en cocinas eléctricas o de gas y cada miembro de la familia come y bebe en su plato y en su vaso, alrededor de una mesa generalmente rectangular.

El tipo de relación familiar y de socialización primaria que genera esta circunstancia es bien diferente. Se trata también de experiencias que suelen perdurar a lo largo de toda la vida, aunque se cambie de hogar y de medio. Es aquí donde se satisfacen las necesidades elementales y donde se forman los gustos y opiniones básicos. Por eso permanecen tan arraigados.

Como se sabe, los sentimientos y la sensibilidad del adulto son, fundamentalmente, el resultado de la capacidad de afecto inculcada y desarrollada en el niño por quienes lo han cuidado y rodeado en su infancia. En este sentido cabe destacar la dureza y severidad de la educación de los niños de familias campesinas y obreras. Educan a los niños en la penosidad del trabajo, iniciado en la más temprana edad. Trabajar es muy penoso, pero necesario. Hay que trabajar bien y sin desmayo. La amenaza constante para el que no se somete al duro yugo del trabajo es el hambre o la mendicidad. Por otra parte hay que ser sobrios en la comida y en el gasto. Es indispensable alargar la cosecha o la paga hasta la siguiente, por lo que no se puede comer ni gastar todo lo que se quiere. Y así sucesivamente.

En este tipo de hogar, que es la inmensa mayoría, las necesidades y carencias se viven y satisfacen colectivamente. Aquí reside el substrato de lo colectivo, que puede inducir más tarde a la cooperación y la solidaridad. Las acciones colectivas y solidarias requieren un clima de relaciones personales intensas, de confianza mutua y de generosidad hacia los otros,

un amplio intercambio de experiencias y sentimientos para hacerlos comunes.

Sin embargo, las informaciones que recibimos a lo largo de nuestras vidas acentúan los sentimiento y opiniones individualistas, insolidarias. De ahí la necesidad de conocer bien este proceso de información.

3. Sobre la información

Para hacer cosas se emplean herramientas. La herramienta con que se hacen las opiniones y, en última instancia, las personas, es la información. De ahí que convenga detenerse un poco en esta palabra y aclarar sus diferentes significados.

a) Concepto cotidiano, general, de información

En los vestíbulos de las estaciones y aeropuertos y en los lugares concurridos de las ciudades turísticas encontramos en letras bien visibles la palabra "Información" o "Centro de Información". Allí averiguamos la salida o llegada de trenes, autobuses o aviones, nos entregan prospectos y planos de la ciudad que queremos visitar, etc. Buscamos y obtenemos "información".

Cuando encendemos la radio o la televisión, hojeamos el periódico, etc., oímos, vemos y leemos las noticias acerca de los acontecimientos locales, nacionales o mundiales. Como no los hemos vivido directamente, en un primer momento hemos de creer sencillamente lo que nos dicen. Con frecuencia nos hacen un comentario, nos dan una opinión. A esto se llama también "información". Se dice que la tarea de los periodistas es "informar".

Un ministro cualquiera, el de economía, por ejemplo, llega a una ciudad. Los cargos públicos, en fila protocolaria, le van estrechando la mano uno tras otro. El Sr. Ministro firma en el Libro de Oro de la ciudad, habla con las autoridades locales, con los representantes de la patronal y, a veces, hasta con los dirigentes sindicales. Visita una fábrica, inaugura un

nuevo tramo de carretera, etc. El ministro quiere saber cómo marchan las cosas en la ciudad, dónde les aprieta el zapato a sus habitantes.

También en este caso se dice que el ministro "se informa". Es decir, se procura conocimientos que pueden ser importantes para el desempeño de su función política.

Se dice igualmente que la policía emite informes para los jueces o que ella misma elabora "información" sobre los ciudadanos. Otro tanto hacen los bancos. Y así sucesivamente.

En todos estos casos la palabra "información" tiene un significado corriente, actual, como algo relacionado con cosas prácticas, cuyo conocimiento es importante para nosotros.

b) Concepto periodístico de información

La información periodística es una de las manifestaciones de la información social, es decir, de la transmisión de conocimientos, saberes y opiniones sobre hechos y relaciones, especialmente de hechos nuevos. Se trata de una información continuada y periódica, es decir, repetida en periodos regulares de tiempo. Originariamente abarcaba los productos de la prensa periódica, pero hoy día comprende asimismo la información difundida por otros medios, como la radio y la televisión, el cine, etc. Este origen se evidencia en el empleo que estos medios siguen haciendo de términos propios de la prensa, tales como "diario hablado", "telediario". "primera páginas", etc.

Se supone que la información periodística, como cualquier otra información, aumenta el nivel de conocimientos. Sólo puede obtenerse información sobre aquellos objetos, personas, relaciones y acontecimientos que en cierto modo se desconocen. En este sentido, la información periodística es necesaria para la orientación social. Se supone también que es una información reducible al nivel de conocimiento de sus consumidores, es decir, comprensible y asimilable. Y decimos que se supone, porque luego, en la práctica, no es así, sino que más bien desorienta y mantiene la ignorancia.

c) Concepto técnico de información

En los últimos años se ha extendido otro concepto de "información". Físicos, matemáticos, biólogos, técnicos, etc., hablan de "información". El

lego, la persona no iniciada en la jerga científica, no sabe bien a qué se refiere este concepto técnico de "información". Tan sólo tiene una vaga idea de que tiene algo que ver con la "transmisión de noticias" y de datos en el sentido del teléfono, la radio, la electrónica, etc.

Pero este concepto técnico también se deriva del significado general. Lo que ocurre es que se ha adaptado al uso particular del científico o del técnico. Ya sabemos que a los "expertos" les gusta "definir" las palabras que ellos utilizan en su campo específico de actividad. Es decir, les gusta atribuir a las palabras un significado muy concreto que luego mantienen con todo rigor.

d) Evolución histórica del concepto de información

Parece como si el concepto de "información" careciese de profundidad, como si fuese un producto de la técnica y de los negocios modernos.

Pero si nos remontamos un poco a sus orígenes, es decir, a su etimología latina, y miramos en un buen diccionario de latín, confirmamos que los pensadores romanos estaban familiarizados con él. El substantivo informado se deriva del verbo informare, que, como puede verse fácilmente, se compone de "in" y "forma", esto es, formar en, dar forma a algo. De ahí que los significados de "informar" sean: formar, configurar, dar forma a la materia, esculpir, dibujar una imagen, presentar, describir, enseñar, educar, capacitar a alguien para algo.

Así que "información" significa nada más y nada menos que "formación", "configuración", "educación", tanto en sentido literal como figurado. En sentido literal significa proveer a algo de forma, y en sentido figurado a lo que hoy denominamos con las palabras formación o educación.

En este último sentido entendemos "Información" como proceso de formación y educación a través de las instrucciones y enseñanzas recibidas y como resultado de ese proceso.

Así, pues, información y educación o formación han ido íntimamente unidas desde la época romana y la Edad Media hasta nuestros días.

4. El proceso de formación

Siempre que las personas no actúan bajo el dictado de sus necesidades naturales, el hábito o la violencia, sus acciones dependen de lo que sepan, de sus conocimientos. Hay hábitos que, en parte, surgen también de las informaciones.

Ahora bien, como las acciones de una persona marcan el curso de su vida, las informaciones que recibe determinan cómo vive. Las escuelas no sólo hacen hombres de provecho o buenos ciudadanos, sino que también marcan el curso de la vida. De ahí que sólo pueda entender la esencia de la información quien indague su efecto en la vida de las personas.

Por eso, si se quiere entender mejor la esencia de las herramientas hay que saber a qué fin están destinadas. La función hace al órgano. Lo mismo ocurre con las herramientas. Cada una tiene su función y su fin. No hay ninguna información sin fin. Toda información es, por esencia, selectiva. Las informaciones que se utilizan en la formación de las personas se rigen por el tipo de persona que se quiere hacer. Así, si se quiere una persona que acepte coches defectuosos, pongamos por caso, no se le pueden proporcionar informaciones que provengan de un ingeniero agrónomo. Si se quiere una persona que desee pasar su vida en el ejército hay que proporcionarle informaciones distintas a las que requiere un pastor de ovejas, una mecanógrafa o un conductor de autobús, pongamos por caso.

Una vez asimiladas, las informaciones que recibimos se constituyen en juicios y convicciones. Los juicios y convicciones son partes del mecanismo que dirige nuestras acciones. Y una de las ruedas más importantes de este mecanismo de dirección es la convicción generalizada

de que, salvo algunas excepciones, nosotros somos los dueños de nuestras acciones. Podemos estar poco o mucho de acuerdo con nuestras acciones y con sus resultados. Cuanto más convencidos estemos de que nuestras acciones se basan en nuestra propia voluntad tanto mayor será este acuerdo. Y tanto menor cuanto más convencidos estemos de que nuestras acciones las dirige una voluntad ajena.

5. Saber lo que se hace

La frase de que "Fulano sabe lo que se hace" significa que Fulano comprende las razones de sus actos y que prevé los efectos de los mismos. Pero si analizamos bien nuestras acciones constatamos que sólo en casos muy contados sabemos lo que hacemos.

La mayoría de las acciones las ejecutamos sin comprender sus causas ni sus efectos. Un ejemplo cotidiano, como la conducción de un coche, puede servir para ilustrar esta afirmación.

Son muy pocos los conductores que saben los procesos que desencadenan con las manos y pies en el motor de su coche. Muy pocos saben lo que es un motor y cómo funciona. Tan sólo conocen el último de una larga cadena de efectos: que el coche se mueve con mayor o menor velocidad y que se para. Lo que pasa dentro de la máquina, a qué cargas están sometidos los distintos cojinetes, pistones, cilindros o bielas es algo que sólo saben los menos.

Este ejemplo nos lleva a la cuestión de la mayor o menor utilidad de las informaciones. Muchos se preguntarán: ¿No basta con saber lo que hay que hacer para poner el coche en marcha, acelerarlo o detenerlo? ¿Para qué aprender más sobre el proceso de combustión efectuado en el bloque del motor? Es cierto que quien conoce exactamente los procesos mecánicos y químicos que desencadena la presión de su pie sobre el acelerador tiene algunas ventajas frente a los conductores que los ignoran. Tampoco cabe la menor duda de que la población se beneficiaría si todos los conductores dispusieran de los conocimientos teóricos de los ingenieros y mecánicos.

No es difícil imaginar que un coche se pare en el desierto del Sahara y que sus ocupantes mueran de sed porque ninguno de ellos sabía que la correa trapecial del motor se puede substituir por una media de nilón. Este tipo de incidente ya ha ocurrido. No obstante, son muy pocos los que defienden la generalización de estos conocimientos técnicos a todos los conductores. El número de personas que mueren en el desierto por carecer de informaciones técnicas es demasiado pequeño.

El ejemplo del coche demuestra que hay ciertas situaciones en las que una persona puede renunciar a la comprensión de sus acciones sin sufrir daño. Las informaciones químico- físicas acerca del motor de combustión no van a modificar la vida de los conductores, ni éstos van a dejar de conducir como lo hacen.

Más arriba se ha dicho que el acuerdo con las acciones propias puede ser mayor o menor según se crea que se actúa por voluntad propia o que hacemos lo que otro quiere. El conocimiento más preciso del motor no cambiaría en nada nuestra conformidad con la conducción. No es importante que no sepamos lo que hacemos mientras conducimos, basta con hacer los movimientos correctos.

No es importante que no seamos totalmente dueños de nuestra acción. No hemos sido nosotros los que hemos decidido que el émbolo comprima a un sexto una determinada cantidad de mezcla de gasolina y aire. Lo ha decidido el fabricante. En este caso también estamos conformes con que otro dirija nuestra acción.

Esta circunstancia no depende de que unas informaciones sean de rango inferior a otras. Se debe a que con nuestros actos controlamos directamente a los fabricantes, al menos en lo que atañe al movimiento externo del coche. Ningún fabricante puede vender coches que no andan.

Pero hay otros procesos en los que los fabricantes de coches no están sometidos a este control directo por parte de los compradores y usuarios, por ejemplo, en lo que se refiere al desgaste del material y de las piezas. Y esto es ya harina de otro costal. La conformidad con nuestra acción (comprar un coche y conducirlo) se reduce o incluso desaparece tan pronto como disponemos de informaciones más precisas. Si ese desgaste es demasiado rápido nos gustaría tener otro coche. La indignación contra

determinados fabricantes carece de consecuencias por no disponer de las informaciones necesarias. ¿Quién iba a estar de acuerdo con los planes de las compañías para reducir la vida de los coches y de las piezas? Como se sabe, las compañías norteamericanas dedican grandes sumas a esta investigación, denominada obsolescencia planificada o incorporada.

Si ejecutamos acciones sin conocer sus causas, condiciones ni efectos seremos entonces causa, condición y efecto de las acciones de otros. Y cuanto más ignoremos que los dueños de nuestras acciones son otros, tanto más dueños serán esos otros de nosotros.

6. Las cosas, del revés

Es normal llevar a cabo propósitos, realizar intenciones sin conocerlas a fondo. El hecho de que alguien haga algo no demuestra que sepa lo que hace. La peculiaridad de realizar un designio sin ser consciente de él se suele atribuir a las máquinas. El coche llega a un destino determinado sin saberlo: va dirigido por otro. Pero el comportamiento mecánico de las personas sólo es extraordinario en apariencia.

Hablar es una de las acciones más frecuentes. La mayoría de las afirmaciones que se hacen al hablar son falsas. Así, por ejemplo, muchos trabajadores y empleados dicen: "El dinero trabaja", aunque no es el dinero el que trabaja, sino ellos. Los trabajadores y empleados repiten lo que han oído. "Pon tu dinero a trabajar con nosotros", proclaman incesantemente los establecimientos bancarios. ¿De dónde se han hecho los trabajadores con esta idea que pone el mundo patas arriba, que presenta las cosas del revés? Los sesudos profesores de economía vienen afirmando lo mismo desde hace decenios. Dicen que el suelo, el capital y el trabajo son los "factores (hacedores) de la producción".

Pero el suelo no hace nada, el capital no hace nada, el "trabajo" no hace nada. Los trabajadores y empleados son los que hacen, y también algunos empresarios.

¿Qué razón puede haber para que persistan estas tergiversaciones de la realidad?

La razón podría estar en el efecto que producen. El efecto de presentar así la producción es que los trabajadores y empleados atribuyen al capital más importancia que a ellos mismos a la hora de producir algo, aunque sean

ellos quienes producen el capital. El efecto es esta modestia. La humildad es una cualidad de los esclavos, de la mentalidad sumisa.

¿Qué condiciones hacen posible que en las escuelas se enseñen durante decenios y decenios cosas que son absurdas y perjudican a los educandos? ¿Acaso es esto lo que significa "hacer hombres y mujeres de provecho"?

Los habitantes de las grandes ciudades muestran a los visitantes de provincias y del extranjeros los maravillosos rascacielos y los últimos edificios "inteligentes" de los bancos y consorcios empresariales. Los señalan con orgullo y hablan de ellos como si les perteneciesen. Pero la realidad es que son propiedad privada de unos cuantos negociantes multimillonarios y que éstos expulsan a esos habitantes hacia las ciudades dormitorios de la periferia. Miles y miles de ellos tienen que abandonar sus viviendas del centro porque unas decenas de especuladores ganan más con los edificios comerciales que con las viviendas. Trabajadores y empleados tienen que marcharse al campo, a las afueras (ahora se llaman "suburbios") porque el Estado protege a los especuladores del suelo. Hoy día los trabajadores emplean más de una décima parte de su vida en el desplazamiento al lugar de trabajo.

Los expulsados están orgullosos de la propiedad de quienes los expulsan. No han aprendido a establecer relación entre las distintas informaciones, a contextualizarlas. Consideran que su situación es inmodificable.

7. La escuela

En 1934, el poeta y dramaturgo alemán Bertolt Brecht compuso el siguiente poema,
titulado "Preguntas de un obrero lector":
Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó?
En los libros figuran los nombres de los reyes.
¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?
Y Babilonia, destruida tantas veces,
¿quién la volvió a construir otras tantas? ¿En qué casas
de la dorada Lima vivían los obreros que la construyeron?
La noche en que fue terminada la Muralla China,
¿adónde fueron los albañiles? Roma la Grande
está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió?
¿Sobre quiénes triunfaron los Césares? Bizancio, tan cantada,
¿tenía sólo palacios para sus habitantes? Hasta en la fabulosa Atlántida,
la noche en que el mar se la tragaba, los habitantes clamaban
pidiendo ayuda a sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India.
¿El solo?
César venció a los galos.
¿No llevaba consigo ni siquiera un cocinero?
Felipe II lloró al hundirse
su flota. ¿No lloró nadie más?
Federico II venció en la Guerra de los Siete Años.
¿Quién la venció, además?

Una victoria en cada página.

¿Quién cocinaba los banquetes de la victoria?

Un gran hombre cada diez años.

¿Quién pagaba los gastos?

Una pregunta para cada historia.

Es probable que los autores de los libros de historia que se leen en las escuelas no supieran lo que escribían. Se han limitado a copiar fielmente lo que durante muchos años aprendieron como alumnos. Y al copiar no se les ocurrió hacer ninguna pregunta. En la escuela no aprendieron cómo hacer preguntas. Es mucho más fácil afirmar que el Sr. Tal y Tal construyó esto y aquello que decir: El Sr. Tal y Tal se ha apropiado del dinero de sus conciudadanos (o súbditos) asignando a sus empresas, o a las de sus familiares y amigos, los fondos públicos actuales y futuros (en virtud de las deudas bancarias contraídas) para que construyan tal o cual monumento, jardín o carretera. Para llegar a esta afirmación no sólo hay que pronunciar más palabras, también hay que hacer más averiguaciones y disponer de otras informaciones. El conocimiento es siempre activo y exige esfuerzo.

El sentido de las historias que nos han contado de esta manera en la escuela radica en su efecto. El efecto es que los escolares y estudiantes se habitúan a tener por verdadero lo que no puede serlo. Y en la medida en que la escuela los habitúa a considerar que la injusticia es justicia, se acostumbran a sacrificarse por una minoría, estando dispuestos incluso a entregar su salud y su vida por esa minoría.

Eso es lo que se denomina violencia simbólica. Pero de la violencia hablaremos más adelante.

Los hábitos son difíciles de erradicar, una vez adquiridos. Los trabajadores y empleados de las empresas de multimillonarios famosos leen encandilados cómo éstos dilapidan en los casinos o les regalan a sus amantes el dinero que ellos han producido. Contemplan los reportajes gráficos y leen la cifras del dispendio sin indignarse. Los empresarios de las revistas del corazón se enriquecen a su vez mostrando a todo color lo que esos empresarios "playboys", como G. Sachs y otros, hacen con el producto de su trabajo, con qué habilidad y elegancia se mueven a la hora de despilfarrar su trabajo. A juzgar por este tipo de publicaciones, el verano de

la Costa del Sol no empieza hasta que la cohorte de estos parásitos nacionales e internacionales inicia sus fiestas de reclamo y ostentación en Marbella y Puerto Banús. La prensa y los medios audiovisuales locales se encargan de darles publicidad gratuita. Hay que estimular la fascinación por el fausto y el relajo de los millonarios y populares de la farándula. Sus fiestas y extravagancias de todo tipo sirven de reclamo para atraer turistas y deslumbrar a quienes no pueden permitírselas.

Las historias inculcadas en la infancia han hecho su efecto. Si se encuentran personalmente con uno (o con una, que también las hay) desean que se fijen en ellos, que les presten atención o les firmen un autógrafo, en vez de escupirle en la cara. Pero, incluso si alguien quisiera escupirles en la cara, se lo impediría la violencia instituida: el empresario lo despediría, los demás empresarios tampoco le darían trabajo por compañerismo, los tribunales lo condenarían, la oficina de empleo le negaría la asistencia y ayuda. Estaría acorralado. A lo sumo le ayudaría una huelga de todos sus compañeros. A todo esto se añade que escupir no sirve de nada, salvo la satisfacción personal del trabajador.

A veces es el empresario el que agrede físicamente al obrero, sin mediación de policías ni jueces. La periodista Rosa Montero describe con ironía uno de estos casos ocurrido en 1984 en Valencia durante las negociaciones del AES (Acuerdo Económico y Social).

"Se veía venir. Los expertos llevaban largo tiempo explicándonos que la crisis, esta crisis que nos rige y nos cruje, sólo podía ser vadeada a base de medidas especiales, de modos sociales diferentes, de una profunda innovación en la relación patrón/obrero. La lucha de clases es un concepto rancio y por añadidura hortera, nos repetían pacientemente los doctos nietos de Smith y primos carnales de Milton Friedman. Basta de enfrentamientos, nos decían: de ahora en adelante, empresarios y trabajadores van a ser una unidad de destino en lo universal. Y así nació el AES, mismamente.

Se veía venir. Hay patronos precoces que ya han empezado a desarrollar el AES por sí solos. Empresarios que aplican diligentemente este nuevo espíritu social, que lo traducen a su circunstancia cotidiana. Uno de estos innovadores es sin duda Higinio Cardona, un empresario de Carlet, Valencia, que mordió eficientemente a un empleado suyo en la nariz y en un

ojo porque el tipejo (que era sindicalista y coco, por más señas) se negaba a hacer horas extra.

La cosa empezó tiempo atrás, cuando Vicente García, que así se llama el narichupado y ojimordido, manifestó su disconformidad con la empresa porque faltaba personal y las horas extra se acumulaban. Con aquella protesta, la unidad de destino empresarial de la serrería del señor Cardona se resquebrajó una miaja. El día del asalto final, Cardona derribó una pila de envases, obligó al trabajador a recogerlos y después dio un casual traspiés que le hizo caer sobre el empleado, los dos en el suelo hechos un lío. Momento que el empresario aprovechó para roerle un poco las narices y desarrollar el AES dentalmente. Dado que el Ministerio de Trabajo rechaza la presencia de Comisiones Obreras en los parloteos del AES, el señor Cardona debió colegir que él bien podía pegarle unos cuantos bocados al sindicalista de su fábrica.

Estamos en el umbral de una renovación social, ha nacido un nuevo tipo de relación entre empresarios y obreros. La lucha de clases ha muerto: vivan los mordiscos patronales. (El País, 10 noviembre 1984).

Los humildes y sumisos, los habitantes de las chabolas, los pobres, en suma, les ponen a sus hijos los nombres de reyes, princesas y famosos. Estas humildes Fabiolas y Sorayas, Luis Felipes y Carlos Albertos expresan la reverencia de los pobres ante la gente fina, cuya distinción se debe precisamente a la existencia de pobres. Las Sorayas y Fabiolas, Carlos Albertos y Luis Felipes, etc., se convertirán en mano de obra no cualificada. Fuera de sus pretenciosos nombres, no hay nada más en sus vidas. En el caso de que trabajen durante toda su vida productiva, su trabajo le producirá al propietario de la fábrica, a cualquiera de los miembros de esas familias famosas de las revistas ilustradas, el dinero suficiente para comprarse un lujoso Mercedes. Una parte de ese Mercedes le faltará a la Soraya, Fabiola o Cristian Gustavo de turno para alquilar una vivienda, amueblarla y pagarse unas vacaciones de descanso. Sus nombres rimbombantes los ridiculizarán mientras vivan.

El 23 de agosto de 1992, el periódico El Mundo publicaba un reportaje sobre la muerte de tres trabajadoras de una fábrica textil alicantina a consecuencia de las emanaciones tóxicas que inhalaban en el taller. Soraya

González Raguer, de 20 años, y Yovana, de 18, eran dos chicas guapísimas, alegres y vitales... "Nacidas en una familia humilde, eran voluntariosas para el trabajo", dice la periodista que redacta la información. Pero de nada les sirvieron sus nombres ni su diligencia en el trabajo contra los gases que las asfixiaron. Hubiera dado igual que se llamase Jacinta, Manuela, Dolores o Carmela en vez de Soraya.

Un cuento popular ruso se mofa de esta mentalidad sumisa del modo siguiente: un hombre rico y otro pobre viajaban juntos. El rico llevaba un caballo castrado, el pobre una yegua. Una noche, mientras hacían un alto en el camino, la yegua parió un potrillo. El potrillo se deslizó debajo del carro del rico. Este le dijo al pobre que el carro había parido el potro.

La inteligencia no protege de la idiotez, pues hay muchas maneras de hacer el tonto. Algunos dirán que sólo los tontos viven para otros. Pero lo que sabemos acerca de los condicionamientos de nuestras acciones no lo decidimos nosotros. Nuestro conocimiento depende de las informaciones que recibimos. Y nuestra influencia sobre esas informaciones es limitada. Cuesta mucho trabajo hallar las informaciones que nos faltan. Determinadas informaciones y conocimientos son incluso propiedad privada.

8. Novios de la vida, no de la muerte

La mayoría de las personas consideran la vida como valor supremo. Sin embargo, muchas de ellas están dispuestas a arriesgarla en determinadas condiciones. Lo menos que se puede decir de esas condiciones es que deben ofrecer la esperanza de conseguir otras ventajas. A la gente le basta con que sean esperanzas. No necesitan estar totalmente seguros de que van a obtenerlas. Las ventajas a las que se dirige esa esperanza deben ser bastante grandes.

¿Hasta qué punto está dispuesta una persona a sacrificar su amor a la vida? Si se piensa en la tremenda fuerza que tiene el miedo a la muerte parece lógico suponer que para la mayoría de la gente ninguna ventaja puede ser bastante grande como para cambiarla por la vida. Vivir mal es siempre mejor que morir.

Se cuenta que un hombre había perdido su trabajo y ya no sabía cómo iba a procurar el sustento de su mujer y de sus hijos. Se acercó a un circo y le ofreció al director lanzarse desde el punto más alto de la carpa, sin red, a cambio de una suma considerable de dinero. El director aceptó el trato. No podía creer que el hombre quisiera acabar con su vida de esa manera, estrellado contra el suelo, entre la multitud de espectadores. El hombre murió, el dinero alimentó a la mujer y a los hijos.

Es raro encontrar a personas dispuestas a tales sacrificios. Es probable que si se publicase un anuncio ofreciendo 50 millones de pesetas a los hombres de 20 a 40 años a cambio de sus vidas no se presenten en número

suficiente para formar una compañía del ejército. De donde se deduce que las personas son sumamente prudentes a la hora de arriesgar su vida.

Pero la verdad es que muchas la despilfarran sin recibir nada a cambio. El sacrificio de 58.000 soldados norteamericanos en Vietnam ni la muerte de 2.000.000 de vietnamitas abarató la carne de vaca en los EE. UU. Las 300.000 víctimas ocasionadas por las "bombas inteligentes" de los norteamericanos en la Guerra del Golfo ni el enterramiento de miles de soldados irakíes vivos por los tanques del "Oso del Desierto", el general Schwarzkopf, tampoco han abaratado la gasolina en nuestros surtidores. La educación escolar no ha mejorado para los ciudadanos negros ni latinoamericanos, ni las aguas ni el aire de los EE.

UU. están más limpios. El número de norteamericanos que viven bajo el índice de pobreza se eleva ya al 20% de la población. La carnicería provocada en la antigua Yugoslavia sólo ha generado miseria y destrucción, sin mencionar la desolación y la hambruna que asola continentes enteros. Es difícil encontrar a alguien que se haya beneficiado con la muerte en masa.

A pesar de todo hay unas cuantas personas que se han beneficiado, y se benefician, con la muerte de tantos miles y miles de seres humanos, aunque sean ciudadanos de su propio país. Para obtener ese provecho era esencial que murieran esos 58.000 norteamericanos en Vietnam, por ejemplo. Podían haber sido 7, 10 o 15 mil menos. Pero en la guerra el número de muertos lo decide también el enemigo.

Cuando nuestros gobiernos quieren hacer una guerra se dirigen a los fabricantes privados y comerciantes. Los fabricantes hacen que los trabajadores produzcan el equipamiento de los soldados: ropa, comida, armas, vehículos, aviones, barcos, etc., y se lo venden a los gobiernos. En lo que atañe a las ventas y, por consiguiente, a la ganancia de los fabricantes y comerciantes, lo mejor es que se derriben los aviones y se hundan los barcos, junto con su cargamento y tripulación. Lo mejor es que los camiones cargados a tope pasen por encima de una mina y salten hechos pedazos. Esto es bueno para los propietarios de las fábricas de armas y de toda clase de equipo militar.

A veces ocurre que el gobierno del enemigo también acude a los comerciantes para comprar equipo militar. En la primera guerra mundial, los soldados alemanes morían bajo las granadas que les lanzaban los ingleses, producidas con una patente de Krupp. Después de la guerra el gobierno inglés le pagó al industrial alemán Krupp más de cien millones de marcos por las granadas. Una parte de los trabajadores y empleados alemanes murió destrozada por las granadas inglesas de Krupp, mientras que otra parte tuvo que pagar estas granadas después de la guerra como reparaciones al vencedor.

Los comerciantes alemanes ganaron entre 60 y 70 mil millones de marcos con los pedidos que les hizo Hitler para la II Guerra Mundial.

El sentido del comercio es que el comerciante recibe más de lo que da. Sus portavoces en el gobierno y en la escuela lo llaman "sociedad libre de mercado". Con cada fusil o bomba que venden acumulan algo más de dinero. Pero un dinero no es igual a otro. Cien mil pesetas de un trabajador se convierten en gasto, mientras que cien mil pesetas de un propietario se convierten en propiedad.

En 1975 el gobierno español adquirió 75 aviones de combate Mirage F-1 a la empresa francesa Dassault-Breguet, pagando 1.500 millones de pesetas por cada uno. Hasta este momento, el 22 de octubre de 1992 se han estrellado ya veinte de estos aviones. ¿Cuántas residencias para los mayores o guarderías para los niños se podían haber construido con esos 30.000 millones "estrellados" contra el suelo? Para colmo, el ministro de defensa dice que estos accidentes son "estadísticamente normales".

La mayoría de las armas tienen que ser sustituidas constantemente porque se quedan obsoletas, es decir, anticuadas. La guerra destruye las armas con mayor rapidez que el envejecimiento. Los propietarios de las fábricas de armas desarrollan continuamente nuevos tipos de las mismas en tiempos de paz a fin de acelerar el envejecimiento. Cada año nuestro gobierno da casi cien mil millones de pesetas a un reducido grupo de comerciantes como Flick, Thyssen y Siemens a cambio de equipamiento militar y armas. Se trata de los mismos señores que proporcionaron a Hitler el primer millón de marcos para su limpieza étnica de Alemania (Thyssen), que luego subvencionaron a partidos socialistas como el PSOE (Flick) 0

que concedieron jugosas comisiones a personas vinculadas al PSOE a cambio de contratos más jugosos todavía (Siemens).

Estos fabricantes y comerciantes no entregan ninguna granada, bayoneta ni gorra sin recibir más de lo que dan. Su fortuna engrosa con cada nuevo pedido. Esto también es cierto para los comerciantes que no producen armas. Pero la fortuna de los propietarios de fábricas de armas crece más de prisa.

Sólo los fabricantes que controlan a cientos de miles de trabajadores y poseen fábricas tan grandes como ciudades pueden atender pedidos por valor de miles de millones.

9. Claridad

"Cuando se ponga de moda el hablar claro", ironizaba con mucha seriedad A. Machado en su Juan de Mairena, "¡veremos! como dicen en Aragón. Veremos lo que pasa cuando lo distinguido, lo aristocrático y lo verdaderamente azañoso sea hacerse comprender de todo el mundo, sin decir demasiadas tonterías. Acaso veamos entonces que son muy pocos en el mundo los que pueden hablar, y menos todavía los que logran hacerse entender."

Una forma insidiosa de falsear la realidad es presentarla de forma incomprensible. Quien es demasiado cobarde para mentir abiertamente o carece de habilidad para hacerlo, se expresa sin claridad, de forma confusa. A menudo se sale con la suya porque muchas personas creen que plantear preguntas equivale a romper con las buenas maneras, que es una falta de educación. El temor a hacer preguntas es resultado de la domesticación.

Pero no son solamente las personas las que se expresan con poca claridad para ocultarnos las verdades, también se expresan en términos poco claros las instituciones a la hora de hablar de determinados asuntos. Si la confusión se repite con bastante frecuencia, la mayoría se acostumbra a ella como si fuese claridad. Cuanto menos claro se escriba o se hable tanto más tiempo permanecerá oculto lo falso del enunciado.

La ley de leyes, la Constitución española de 1978, se supone que debe ser el texto de mayor claridad posible. Sin embargo, basta espigar un poco entre su articulado para hallar numerosos ejemplos de falta de claridad, o incluso de confusión. Así, por ejemplo, el Artículo 10 hace referencia a la inviolabilidad de la dignidad de la persona. Textualmente dice así: "La

dignidad de la persona, los derechos inviolables que le son inherentes, el libre desarrollo de la personalidad... son el fundamento del orden político y de la paz social."

Resulta prácticamente imposible averiguar a qué se refieren los autores de este artículo con "los derechos inviolables inherentes a la dignidad de la persona". Probablemente, lo que quieran decir es que no se puede violar la dignidad de las personas ni atentar contra ella.

Si hubiesen querido convertir este principio en ley se habrían visto obligados a aclarar qué es la dignidad del ser humano. Tendrían que haber indicado en concreto mediante qué actos se viola y qué penas concretas se aplican a esas violaciones.

El Artículo 20 reconoce y protege los derechos de todos los españoles "a expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio de reproducción", así como "a comunicar o recibir libremente información veraz por cualquier medio de difusión..."

El Artículo 35 dice que "Todos los españoles tienen el deber de trabajar y el derecho al trabajo, a la libre elección de profesión u oficio, a la promoción a través del trabajo y a una remuneración suficiente para satisfacer sus necesidades y las de su familia, sin que en ningún caso pueda hacerse discriminación por razón de sexo."

Pues bien, a pesar de esta solemne declaración en España hay un 20% de parados, esto es, algo más de 3 millones de españoles se encuentran privados de ese derecho constitucional. En cuanto al resto del artículo, que cada lector de estas líneas compruebe por sí mismo si trabaja en lo que le gusta, si de hecho satisface esas necesidades personales y familiares y si se discrimina o no en el sueldo y en las condiciones de trabajo a la mujer. ¿Qué queda entonces de la dignidad de la persona?

El Artículo 47 reza así: "Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada". Y afirma a continuación que los poderes públicos impedirán la especulación del suelo.

¿Cuántos españoles disfrutan de esa vivienda digna y adecuada a sus necesidades? ¿Qué hacen los gobiernos para impedir la especulación del suelo? Suponiendo que una familia pague tan sólo 50.000 pts. mensuales

por el alquiler de una vivienda (en las grandes ciudades habría que duplicar esa cifra), al año serían 600.000 pts. En veinticinco años habrá pagado 15.000.000 pts. de alquiler. Con esa cantidad se paga el coste de la mayoría de las viviendas. ¿Se viola la dignidad de los inquilinos cuando se les obliga a pagar casas que siguen siendo de otros? ¿Se viola la dignidad de un trabajador o de una administrativa cuando se ven obligados a pasar hambre y necesidades si no quieren trabajar gratis una o dos horas diarias para sus patronos?

Parece como si los autores de la Constitución hubieran entendido que la dignidad de las personas es demasiado cara para los propietarios de las casas y de las fábricas. ¿Habría que sacar de la Constitución la dignidad humana una vez que se ha reconocido su verdadero carácter? Los padres de la patria declararon inviolable lo que no querían proteger.

10.La enseñanza de lo que es el Estado

Cuanto más se alejan de las personas tanto más precisos y claros son los temas de enseñanza de nuestras escuelas. Pero cuanto más provechosos son para nosotros tanto más impenetrables se hacen. Así, formadores de opinión y mediadores públicos de información se expresan en términos poco claros, en especial cuando hablan de lo que llaman "orden social" y del Estado, a saber: de las fuerzas que rigen toda nuestra vida. Lo que se enseña en las escuelas sobre la esencia del Estado resulta inservible y aburrido, por inútil. Es un lastre para el desarrollo de nuestro pensamiento, lastre que difícilmente podemos soltar. El aburrimiento se debe a que se nos pide que nos ocupemos de los intereses ajenos, sin que se reconozcan como tales. La enseñanza no transmite conocimientos adecuados porque oculta los intereses ajenos, porque nos impide reconocerlos. Si los maestros representasen nuestros intereses y nos ayudasen a reconocerlos y articularlos, la enseñanza dejaría de ser aburrida e impenetrable y sería mucho más divertida y clara. Carece de importancia que en el Parlamento se sienten 350 o 400 diputados, o el número de actas que tiene cada partido. Esos detalles amplían muy poco nuestra consciencia, nuestro conocimiento, sino que más bien lo dificultan. Sería mucho más interesante saber qué motivos influyen en las decisiones de los diputados, y hasta qué punto son ellos los que deciden. Algunos de ellos ya se han quejado de que sólo los utilizan como brazos de madera para las votaciones. Pero los motivos e incluso los resultados los fijan otros de antemano.

Los maestros no tienen culpa de que nuestras escuelas sean así. Los contenidos de sus materias los deciden otros. Por eso, la mayoría de ellos saben muy poco acerca de la esencia del Estado. La ocultación y la incomprensibilidad se extiende por todas las instituciones, de arriba a abajo. Esa amplia ignorancia de tantos educadores acerca del Estado y del Derecho es un indicio del gran provecho que encierran esos temas para quienes deciden los contenidos.

La tesis más acariciada por los gestores de nuestra enseñanza es la de que el Estado se halla por encima de los partidos, por encima de los pobres y de los ricos. La prueba de la importancia que le dan a esta tesis es que todos la damos por buena y la aceptamos. ¿Quién no ha oído que todas las personas son iguales ante la Ley? Sin embargo todos sabemos que unos son más iguales que otros.

A los educadores se les ha encargado que afirmen que los jueces son independientes. La presentación clásica de un juicio en el proceso penal es la siguiente: a la derecha (el bien) está el fiscal, la persona que vela por los intereses del Estado; a la izquierda (el mal) el acusado con su defensor. En el centro se sienta el juez, por encima de los dos bandos. No depende de nadie, nos dicen, sólo juzga de acuerdo con la Ley. El intríngulis reside en que, efectivamente, juzga de acuerdo con la Ley.

Las leyes las hacen los seres humanos, no los ángeles. Y nadie hace una ley en contra de sí mismo. Ningún tonto tira piedras a su tejado. A ningún pobre se le ocurre decir: "No robarás". Es el rico el que con su riqueza crea al ladrón y luego hace la ley contra los ladrones y en defensa de la propiedad privada, la suya. Quien ha robado a los otros es el que teme el robo. Quien tiene poder para fijar las reglas del juego establece las que le permiten ganar. No va a poner unas reglas del juego que le hagan perder.

Si se quiere averiguar quién hace las leyes no hay más que observar el efecto que producen. Los que construyen las casas sólo pueden utilizarlas cuando se comprometen a pagar cinco o diez veces su valor. Esto es, cuando se comprometen (por lo general mediante contrato) a trabajar para una constructora, para los bancos, los especuladores del suelo y los propietarios de las casas de alquiler cinco o diez veces más tiempo del que fue necesario para la construcción de la vivienda. En su Artículo 1 la

Constitución española dice que los poderes del Estado emanan del pueblo. Pero si el pueblo tuviera realmente el poder no haría leyes que tienen el mismo efecto que un atraco. Está claro que no se puede ser tan ingenuo. La Constitución miente.

El autor de este modesto libro es un admirador de muchos autores griegos y latinos. Ha vivido personalmente cómo se transfiguraban las aulas de la universidad alemana cuando los profesores se referían a la Grecia clásica. Desde hace muchos años, generación tras generación, se viene hablando de las relaciones sociales del Estado ateniense con una superficialidad que espanta. Si transferimos a la España actual la presentación que se hace de aquella sociedad griega resulta que vivimos en una democracia porque unos pocos miles de millonarios son libres de hacer lo que les venga en gana. Pero por cada ciudadano masculino adulto de Atenas había al menos 18 esclavos. En la presentación habitual de las condiciones sociales de Atenas nuestros libros de texto pasan por alto los 365.000 esclavos. Su consecuente silenciamiento hace pensar que se trata de un olvido intencionado. Si uno se atiene a la lógica de las cosas, si el Estado ateniense era una democracia, esos 365.000 esclavos no podían considerarse seres humanos. En Roma los definían como instrumentos que hablan. El escritor latino Varrón hace la siguiente clasificación de los instrumentos (De las cosas del campo, Libro I, 17): "Los instrumentos son de tres clases: primera, los que hablan; segunda, los semivocales; y, tercera, los instrumentos mudos. Al primer grupo pertenecen los esclavos, al segundo los bueyes y al tercero las herramientas."

Los tan citados y sabios jueces atenienses se atenían con todo rigor a las leyes. Pero una minoría de 20.000 parásitos libres se las imponían a los 365.000 que trabajaban.

Si las leyes han de tener sentido, tienen que ser realizables. De nada sirve una ley que no se puede llevar a cabo, que no se puede implantar. Si los deseos de un pequeño grupo de personas han de convertirse en ley general, este grupo debe estar en condiciones de obligar a la mayoría a cumplir sus deseos. Una ley sólo es ley cuando su cumplimiento se garantiza mediante el uso de la violencia. La violencia de un pequeño grupo contra la mayoría sólo es posible haciendo enormes gastos materiales. La

riqueza es una de las condiciones de la opresión. Sin riqueza no se puede comprar a nadie que esté dispuesto a aplicar la violencia y arriesgar su vida; sin riqueza no se pueden producir grandes armas. La riqueza puede surgir del robo, de la guerra, del trabajo esclavista o del trabajo asalariado. En la Antigüedad clásica había fábricas en las que sólo producían los esclavos. Durante muchos siglos el trabajo ha significado trabajo esclavista. En la escuela nos han enseñado que el trabajo es una maldición divina, que los malos se ganarán el pan con el sudor de su frente.

En su obra Introducción a la teoría económica marxista, Ernest Mandel ha escrito unas frases tan precisas y claras sobre este tema que lo mejor es reproducirlas:

"Mientras la productividad del trabajo es tan baja que el producto del trabajo de una persona sólo alcanza para su propio mantenimiento no hay ninguna división social del trabajo, no existe ninguna diferenciación dentro de la sociedad. Todas las personas son productores. Todos se encuentran en las mismas condiciones de miseria.

Todo crecimiento de la productividad del trabajo por encima de este nivel mínimo crea la posibilidad de un pequeño excedente. Mas tan pronto como un excedente de productos (de mercancías), tan pronto como dos brazos producen más de lo se requiere para su propio mantenimiento, puede surgir la posibilidad de la lucha por la distribución de este excedente.

A partir de ese momento, la suma del trabajo de una comunidad no significa ya, necesariamente, trabajo destinado de manera exclusiva al mantenimiento de los productores. Una parte de ese trabajo puede estar destinada precisamente a liberar a otra parte de la sociedad de esa necesidad de trabajar para el propio sustento.

Una vez dada esta posibilidad, una parte de la sociedad puede convertirse en clase dominante. Su rasgo principal es que está liberada de la necesidad de trabajar para su propio sustento."

Aristóteles (Metafísica, Libro I, 1) lo contaba así: "Todas las artes de que hablamos estaban inventadas cuando se descubrieron estas ciencias que no se aplican ni a los placeres ni a las necesidades de la vida. Nacieron primero en aquellos puntos donde los hombres gozaban de reposo. Las

matemáticas fueron inventadas en Egipto porque en este país se dejaba un gran solaz a la casta de los sacerdotes."

El poder de unos se fundamenta en la acumulación y disposición de los productos del trabajo de otros. Una vez asegurado se convierte en fuente de riqueza. (Incluso en las sociedades que se llamaban "socialistas"). La política surge donde hay que distribuir riqueza. Toda política es distribución de cosas. Los ricos se tienen por especialistas de la distribución y de la protección. El conjunto de estos "expertos" se llama Gobierno y Administración Pública.

A lo largo del tiempo, estos especialistas adquieren mayor autonomía. Se difumina el nexo que une a los ricos y a los expertos de la distribución. Cuando ciertas personas fueron lo bastante ricas para mantener una tropa para la represión y explotación de los otros surgió lo que hoy se denomina Estado. Así que el Estado es el desarrollo ulterior de una especies de guardias de la porra. Las leyes, el desarrollo ulterior de una lista de deseos de esclavistas ricos.

En su libro El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, Federico Engels escribe lo siguiente:

"A consecuencia del desarrollo de todos los ramos de la producción -ganadería, agricultura, oficios manuales domésticos-, la fuerza de trabajo del hombre iba haciéndose capaz de crear más productos que los necesarios para su sostenimiento. También aumentó la suma de trabajo que correspondía diariamente a cada miembro de la gens, de la comunidad doméstica o de la familia aislada. Era ya conveniente conseguir más fuerza de trabajo, y la guerra la suministró: los prisioneros fueron transformados en

esclavos.....,

Las guerras de rapiña aumentaban el poder del jefe militar superior, como el de los jefes inferiores; la elección habitual de sus sucesores en las mismas familias, sobre todo desde que se hubo introducido el derecho paterno, pasó poco a poco a ser sucesión hereditaria, tolerada al principio, reclamada después y usurpada por último; con ello se echaron los cimientos de la monarquía y de la nobleza hereditaria. Así los organismos de la constitución gentilicia fueron rompiendo con las raíces que tenían en el

pueblo, en la gens, en la fatria y en la tribu, con lo que todo el régimen gentilicio se transformó en su contrario: de una organización de tribus para la libre regulación de sus propios asuntos, se trocó en una organización para saquear y oprimir a los vecinos; con arreglo a esto, sus organismos dejaron de ser instrumento de la voluntad del pueblo y se convirtieron en organismos independientes para dominar y oprimir al pueblo."

La obra de F. Engels sería una base excelente, divertida y estimulante, para la clase de ciencias sociales. Es un trabajo que proporciona más conocimientos que todos nuestros libros de historia. Pero no se utiliza en ninguna escuela.

Por lo demás, sólo los esclavos son aptos para la represión. Como se sabe, los atenienses sólo empleaban a esclavos en la policía. Quien practica la represión como oficio tiene que ser él mismo un represor ejemplar. Esta es la causa profunda de que la obediencia ciega y los ejercicios absurdos de instrucción desempeñen un papel tan importante en el ejército y en la policía. Quien se ha acostumbrado a hacer preguntas es un mal represor y, por lo tanto, un mal vigilante. ¿Cómo va a golpear, clavar la espada y la bayoneta o disparar a trabajadores y manifestantes, como exigen las leyes de emergencia en ciertos casos, alguien que reflexione sobre la validez de las reglas de juego existentes? En la instrucción actual de la policía y del ejército se repite el adiestramiento de los esclavos que traicionaban a sus compañeros. Entre los vigilantes más fieles y seguros de los campos de concentración nazis estaban los propios prisioneros. La democratización del ejército no redujo nunca su fuerza de combate en caso de defensa nacional, contra el enemigo exterior; pero sí lo hizo en caso de ataque a otro pueblo. La democratización del ejército reduce la fuerza de combate sobre todo cuando se emplea contra el propio pueblo.

No hay ninguna sociedad humana del pasado en donde el Estado no haya sido un aparato de represión de la mayoría por una minoría. Así ocurrió en la sociedad esclavista de Atenas y de Roma, y así fue también en las sociedades feudales. Cuando los campesinos de la gleba se rebelaron, el ideólogo de los señores de entonces, Martín Lutero, los anatematizó con estas palabras: ¡"Hay que destrozarlos, estrangularlos y empalarlos, en público y en privado, igual que se hace con los perros rabiosos!" Y eso es lo

que hacían los piadosos príncipes en Alemania y en el resto de Europa con ayuda de la ley y del orden, los verdugos, la policía y los soldados. Las iglesias siguen diciendo aún que toda autoridad emana de Dios. Todavía circulan en España monedas con la inscripción "Franco, caudillo de España por la gracia de Dios". Sería más correcto decir que todo Dios procede de la autoridad.

Ninguno de nuestros educadores cuestiona que el Estado del pasado fuera el instrumento de una minoría para reprimir a la mayoría. Si son serios, también lo admiten en la llamada democracia griega. Admitirían incluso que, antes de la Primera Guerra Mundial, las naciones europeas eran sociedades injustas, explotadoras; que las leyes inglesas del siglo XIX permitían el asesinato de los niños haciéndolos trabajar en las minas de carbón. El Estado no modificó estas leyes hasta que los empresarios con visión de futuro descubrieron que no era rentable destruir tan pronto la fuerza de trabajo.

De acuerdo con todo lo que se aprende en la escuela, la televisión y los periódicos vivimos en un Estado democrático. ¿Cuál ha sido el momento histórico en el que el poder pasó a manos de la mayoría? En todos los tiempos los ricos y poderosos han dicho a los explotados y desposeídos que el suyo es un Estado justo. Durante toda la historia del Estado los oprimidos han podido hablar a menudo de los opresores de las sociedades precedentes. Pero la crítica a la sociedad del momento, en la que ellos vivían, siempre se ha castigado, incluso con la muerte. Pues, la crítica a la sociedad conlleva necesariamente la crítica a los gobernantes. Los señores no serían tales señores si no dominasen también los cerebros.

Un obrero que lleva bastante tiempo en paro le pregunta a otro si sabe qué es peor que ser explotado. Ante el mutismo de éste responde: ¡Pues, no ser explotado! Doloroso sarcasmo.

A medida que aumenta la población y mejoran los métodos de producción crece también la riqueza y se perfeccionan los aparatos ideados para su protección. Estos se hacen mucho más complejos y resulta más difícil desentrañarlos. Los poderosos tienen que repartirse el poder con más poderosos. Cada vez es mayor el número de factores que impiden que un rico intervenga por sí solo en los asuntos del Estado. Los ricos tienen que

tomar en cuenta estos factores a fin de mantener la situación de injusticia. Las grandes disputas entre ellos hacen peligrar su posición frente a los oprimidos, amenazan con romper el equilibrio social de la explotación. Así es como adquiere cierta autonomía el aparato de protección de los ricos, el Estado. No sólo tiene que proteger a los poderosos frente a la masa de desposeídos, sino que también tiene que impedir que los ricos provoquen a las masas de pobres de tal manera que éstos puedan rebelarse contra aquéllos. A veces es necesario que el Estado se dirija contra unos cuantos ricos en interés de los ricos en general.

No es que se independice la maquinaria estatal. Lo que ocurre es que crece y se complejiza a medida que lo hacen los productos del trabajo. El perfeccionamiento de los métodos de producción tiene también su efecto en los productos. Por un lado crean más valores en menos tiempo, y, por otro, exigen más saber a los productores. Pero quien sabe más, resulta más difícil de dominar. Por insuficiente que sea el saber proporcionado en las escuelas actuales, amplía la capacidad del individuo para encontrar por sí solo nuevos saberes, así como su capacidad para deducir de los hechos conocidos otros desconocidos que le ocultan los mediadores e intermediarios públicos de informaciones.

Las condiciones que los capacitan para producir mayores riquezas dificultan a su vez la opresión. De ahí que con el perfeccionamiento de los métodos de producción se perfeccionen igualmente los métodos de sumisión. Ya no basta con gobernar apoyándose únicamente en el ejército, la policía y la cárcel.

11. Nuevos métodos de sumisión

Para gobernar al nuevo tipo de esclavos el Estado se enfrenta a dos fenómenos nuevos:1) el mecanismo de dominio es cada vez más complejo y los dominados resultan cada vez menos claros; 2) el desarrollo de los mediadores públicos de informaciones. Ya no queda ningún rincón del país, por apartado que sea, adonde no llegue la televisión o la radio. En el mismo instante pueden ser confundidos por un debate parlamentario o los reclamos publicitarios el campesino gallego y el pastor de Alcudia. Casi todos los medios de comunicación están controlados por los ricos o por los representantes del Gobierno. La prensa sindical, casi inexistente, apenas puede hacer nada contra esta presión informativa. Una parte de su dirección pertenece también a la máquina de dominio. Con estos omnipresentes medios de difusión masiva de informaciones y la influencia de las escuelas en los cerebros desprotegidos de la población infantil se puede engañar también a personas inteligentes, hasta el punto de que aplaudan su propia condena a muerte.

Por un lado se hacen menos controlables, menos comprensibles, las acciones del Estado. Por otro, aumentan las posibilidades estatales de ahondar la incomprensión. Casi nadie entiende ya, a menos que sea rico, las leyes y la política fiscal, los dos instrumentos más importantes para el dominio de los seres humanos. Los ricos que no comprenden el aparato estatal pueden alquilarse el saber de los especialistas.

La relativa autonomía que ha ido adquiriendo el Estado con el incremento y diversificación de sus tareas, la incomprensibilidad de sus acciones y el mayor número de horas y minutos de su influencia en los

cerebros son las razones de que la mayoría de los ciudadanos acepten sin pensar la tesis de que el Estado se halla por encima de los partidos. Pero la verdad es que está más por encima de unos que de otros.

A la pregunta de si, mientras tanto, el poder del Estado ha pasado de la minoría a manos de la mayoría no se puede responder adoptando los argumentos de los representantes estatales y de los periódicos de los grandes empresarios y financieros. A muchos de nosotros nos faltan argumentos para refutar punto por punto el contenido de tales argumentos. Si, comparados con los atenienses, vivimos o no en una democracia es algo que no podemos confirmar prestando oídos a nuestros educadores o a los comentaristas de la televisión.

Esta impotencia en la discusión, que es consecuencia de la educación que hemos recibido, la soslayamos examinando los resultados de la educación y de las informaciones. No es menester entender las acciones del Estado, de momento basta con saber lo que generan, y entonces comprendemos lo que debieran generar. Este es el sentido del dicho: los conoceréis por sus obras.

Quien a finales de 1914, o de 1939, abandonó su familia para matar a ciudadanos de otros países cayó por un retrete de oro del Sr. Krupp. Con su "sacrificio por la patria" los soldados alemanes, norteamericanos o los españoles "caídos por Dios y por España" no hicieron sino aumentar la riqueza de unos cuantos propietarios de fábricas, entre ellos Krupp y Thyssen. Realizaron los deseos de otros, no los suyos. La conformidad con su actuación se basaba en el engaño. Su intención no era morir destrozados por los retretes de oro de los potentados.

12.Los beneficiarios de las guerras

Como hemos visto antes en el caso del coche, hay situaciones en las que una persona puede renunciar a la comprensión de sus acciones sin sufrir, por eso, perjuicios. La obediencia a los gobiernos que desencadenaron las dos guerras mundiales, o la guerra civil española, o la de Vietnam, etc., no forma parte de esas acciones. Si los trabajadores y empleados hubieran recibido otras informaciones que les hubiesen mostrado lo que era mejor para su vida y la de sus familias habrían tomado las armas y las habrían apuntado contra los generales, los miembros del gobierno y los industriales. Eso es precisamente lo que hicieron los campesinos vietnamitas ante los grandes terratenientes.

Muchas cartas de aquella época, algunos documentales, e incluso alguna que otra película (Sin novedad en el frente) describen cómo los soldados se arrojaban contra la lluvia de balas. El estudio de esos documentos revela por qué atribuían tan escaso valor a sus vidas. Con frecuencia se habla de "patria", "heroismo", "gloria", etc. La lectura de este tipo de cartas y documentos no nos dice nada nuevo. Esas personas funcionaban como máquinas. Cuando se echaban en brazos de la muerte carecían de intenciones propias. La intelectualidad alemana, incluidos los escritores, se sintió cautivada por la declaración de guerra del emperador alemán en 1914, a excepción de unos cuantos autores como Heinrich Mann y Johannes R. Becher. En la Segunda Guerra Mundial ocurrió otro tanto, aunque las voces humanistas fueron más numerosas.

Pero lo que se mantiene en los libros de lectura de las escuelas son las palabras valientes de aquellos abogados de la carnicería humana.

Veamos lo que pasó con la II Guerra Mundial. Si se prescinde de los millones de muertos y mutilados, Alemania salió de la guerra más pequeña que antes. Durante los primeros años de posguerra los trabajadores alemanes tuvieron que comer serrín, cosa a la que no estaban obligados antes. Tras esa guerra de los empresarios quedaron destruidos millones de edificios y viviendas. El número de muertos ascendió a 55 millones. Salvo el enorme incremento de la propiedad de unos cientos de empresarios y potentados, entre ellos Thyssen, no hubo ningún provecho para nadie. El aumento de la propiedad de los pocos reforzó la dependencia de los muchos. Cuanto más grandes y numerosos sean los centros de producción que uno posee, tanto mayor es el número de trabajadores y empleados que uno controla.

Ahora bien, si una inteligencia mediana es capaz de reconocer cuándo se muere por objetivos propios y cuándo por objetivos ajenos, ¿por qué murieron también los alemanes inteligentes?

"No podían saber que Alemania iba a perder la guerra" es la bonita respuesta que dan algunos. Eso significa que, si Alemania hubiese ganado la guerra, los 55 millones de cadáveres no sólo habrían aportado ganancias a los proveedores del ejército sino también a los trabajadores supervivientes.

¿Pero qué ganancias? ¿Qué ventajas le aporta a un soldador o a un jornalero que el país donde está la fábrica o la finca donde trabaja haya ensanchado su territorio?

A los trabajadores ingleses y franceses les fue después de la guerra peor que antes, aunque habían "vencido". La victoria no la obtuvieron unos países contra otros. Quienes ganan poder y riqueza con la guerra vencen a los que los pierden con ella. Pero aunque se encontrasen hombres suficientes dispuestos a dejarse matar por un aumento del 20% en el sueldo de sus compañeros, a la larga los trabajadores perderían la guerra. Los trabajadores del país conquistado tendrían que pagar las subidas de sueldo. Su beneficio se basaría en la explotación de sus compañeros extranjeros. Se generarían nuevas luchas, y las consecuencias serían nuevos sacrificios por ambas partes. No valdría la pena combatir ni siquiera con una garantía de victoria en el bolsillo de los generales. Las guerras las llevan a cabo y las

ganan los empresarios de los distintos países contra los trabajadores y ciudadanos de a pie.

¿Por qué los partidos obreros de aquellos años, los partidos socialdemócratas, aprobaron los créditos de guerra en los parlamentos, especialmente el alemán? Si se piensa un poco en el camino que recorrió ese dinero habría sido mejor que el gobierno hubiese obligado por ley, y en nombre de la patria, a que todos los asalariados depositaran una parte de sus salarios en las cuentas corrientes de Siemens, Krupp, Flick, Thyssen y otros. El gobierno podría haber declarado este regalo directo como semana de beneficiencia patriótica para los millonarios.

Eso es exactamente lo que se ha logrado con las dos guerras mundiales, si bien dando un rodeo absurdo y sangriento. Eso es lo que se ha logrado con la última Guerra del Golfo, mantener y aumentar los enormes beneficios de las compañias petroleras. Cierto, nadie va a aceptar sin más entregar una parte del producto de su trabajo, a ingresar directamente una parte de su salario, en las cuentas corrientes de los potentados. Por eso es menester el rodeo patriótico de la guerra. El patriotismo se mide por hectáreas. Cuantas más hectáreas de patria, fábricas y acciones se posean tanto más patriota se es.

Si, salvo las ventajas que han aportado a unos cientos de potentados y grandes comerciantes, no es posible ver el beneficio que ha supuesto a los pueblos el sacrificio de más de 78 millones de seres humanos en las guerras de este siglo , queda demostrado que el miedo a la muerte no impide que la gente realice propósitos ajenos. Lo demencial se pone de manifiesto por sí solo, no hay que reconocerlo. Los hay que se clavan el cuchillo en el corazón y esperan que la herida sea inofensiva.

Lo único que puede salvarnos de la autodestrucción que otros nos imponen, llamándola incluso "cumplir con el deber", es el cálculo meticuloso de los intereses propios.

Las escuelas no los salvaron de la destrucción. Los periódicos y las emisoras de radiodifusión indujeron al suicidio. No proporcionaron las informaciones y formas de pensar necesarias para conservar sus vidas y las de sus familias. La ofuscación generada por la desinformación puede llevar a interpretar la carnicería como una acción útil. No han aprendido nada que

les ayudase a formarse un juicio verdadero de los acontecimientos ni a distinguir entre sus intereses propios y los ajenos. La escuela no les inculcó el hábito de preguntar en semejantes circunstancias: ¿Quién se beneficia con la guerra? ¿A quién aprovechan hoy las carnicerías de Yugoslavia, de Somalia o de algunas de las repúblicas nacidas de la autodestrucción de la antigua URSS? Parece como si el gasto que hicieron los Estados en educación, y no sólo el de los nazis, sólo hubiese preparado a los seres humanos para el matadero. Y la producción de ganado para el matadero no es ningún logro cultural, ni siquiera aunque el ganado pueda recitar poesías y cantar "Montañas nevadas". ¿Nos hemos preguntado alguna vez por qué nazis y fascistas están siempre marchando y cantando? Pues, precisamente para evitar que nadie piense y haga preguntas o comentarios con los compañeros de al lado.

13. Preguntas a la TV

Hace cierto tiempo la televisión ofreció una serie sobre las monarquías de Europa para enseñarnos cómo se vive con la tradición. En uno de ellos aparecía la reina Isabel II de Inglaterra pasando revista a la guardia real, con sus vistosos uniformes. El locutor decía: "La reina Isabel es una de las mujeres más ricas del mundo..., Posee una cuadra de caballos de carreras con más de 50 hermosos ejemplares, todos de igual color y tamaño... Cada año se gasta más de 3.000 millones de pesetas en el cuidado y entrenamiento de sus caballos." Y al referirse a las personas que no poseen caballos de carreras el locutor los llama sin ironía ninguna "mortales corrientes". Al comentario seguía una corta descripción del Hyde-Park, el famoso parque de Londres. En ella se decía: "En el Hyde-Park cada cual puede hacer y decir lo que le venga en gana, siempre que no ataque la casa real." Comentario al final del desfile: "Una imagen impresionante... La reina saluda a cada unidad militar... Es de admirar su gallardía, su férrea disciplina."

El comentarista admira la "férrea disciplina" de la reina como si fuese ella la que tuviera que aguantar los ejercicios inútiles y movimientos absurdos de los soldados. Es la misma admiración que ofuscaba a muchos alemanes y españoles cuando descubrían que Hitler o Franco eran abstemios, que no fumaban ni bebían alcohol.

Al autor del programa no le molesta que la reina sea la mujer más rica del mundo. No le importa en absoluto que cada año se gaste en uno de sus numerosos placeres la misma cantidad de dinero que necesitan 6.000 familias inglesas para vivir durante ese mismo espacio de tiempo. No se le

ha ocurrido preguntar por qué la reina se gasta más de 3.000 millones en el cuidado y entrenamiento de los caballos. Lo obvio le resulta impensable. Es feliz con que ella sea rica. Tiene la mentalidad sumisa del esclavo.

De nada sirve hacerle reproches al autor de semejante texto. Describe relaciones demenciales, pero es incapaz de reconocer lo demencial. Le faltan conocimientos de la maquinaria social. Cierto, dice que en el Hyde-Park, a pesar de la rigurosa libertad de expresión, ningún orador se puede meter con la casa real. No atisba que esta limitación a la libertad de expresión impide discutir sobre la riqueza de la familia real. Si se permitiera la discusión, los ciudadanos se sentirían estimulados a buscar una justificación de la misma. Pero como la reina sabe que no hay nada que justifique su inmensa riqueza, prohibe que se discuta el origen y el sentido de la riqueza real.

Cuando se dialoga y discute, uno descubre que hay otros que también piensan como él. Este descubrimiento de lo que se tiene en común refuerza la confianza en sí mismo. La experiencia de la solidaridad desencadena acciones. Y las acciones llevan a su vez a nuevas discusiones. Como cada uno parte del hecho de que es una indecencia que los perros de la reina coman en bandejas de plata hay que evitar que se discuta en público acerca de este hecho o de otros no menos indecentes.

Carece de sentido matar al mensajero, criticar al reportero de televisión, porque no es él quien ha formado su mente. Ignora cuáles son sus intereses. Tal vez se crea más próximo a la reina que a los soldados de la guardia. Estos programas, como tantos otros, demuestran que la enseñanza ha mantenido sus rasgos esenciales desde que los nazis y fascistas regían las escuelas.

Semejantes reportajes los ven y oyen millones de personas. Esta clase de programas se emite en los momentos de mayor audiencia. A través de la autoridad de la televisión se acostumbran a contemplar los crímenes contra la sociedad como si se tratase de un cuadro colorista. Cómo se mantiene la reina en la silla del caballo, su porte, la gallardía del busto, etc.

Eso es lo que cuenta. ¿Cuánto les paga a sus soldados de la guardia? ¿Cuántas horas tienen que ensayar los movimientos y mantenerse firmes? ¿Cómo viven? ¿Qué es lo que guardan y por qué? ¿Cuánto reciben de esos

3.000 millones los mozos de cuadra? ¿A qué escuela van los hijos de los mozos de cuadra? ¿Por qué no pregunta el periodista estas cosas?

14. Enseñar a ver la televisión

Una escuela que nos enseñe a identificar nuestros intereses, a articularlos y defenderlos, tiene que enseñarnos también cómo debemos mirar los programas de televisión, cómo escuchar la radio y cómo leer los periódicos. Si los maestros carecen aún de la experiencia y del saber necesarios para semejante enseñanza, pueden invitar a la clase a personas que poseen esa experiencia y esos conocimientos.

Hay que exigirles a los planificadores de la enseñanza que introduzcan esta asignatura en la escuela. Cuando la hayamos dejado se habrá estropeado ya una parte de nuestra mente. Cuánto más tardemos en averiguar cómo se genera una opinión en nuestras cabezas tanto más tardaremos en desechar las opiniones que nos llevan a realizar los deseos de los empresarios.

Hay que modificar los planes de estudio de tal manera que en las escuelas no se puedan producir más mentes sumisas. Si se tiene en cuenta que el 65% de los conocimientos e informaciones se adquieren hoy día a través de la televisión veremos la importancia social que tiene esta enseñanza.

Dada la omnipresencia de los medios de información y comunicación en la vida cotidiana, el estudio de la televisión y de los demás medios en la escuela capacitaría a los niños, y también a los adultos, para desenvolverse de un modo competente con ellos. Aquí partimos del hecho de que reflexionar sobre los medios equivale a reflexionar sobre la sociedad. La libertad de expresión para todos carece de sentido si no existe la misma libertad de acceso a los medios para todos. En última instancia, el objetivo

de la enseñanza de los medios estriba en capacitar a los usuarios de los mismos para utilizar las posibilidades mediales de expresión en la articulación de sus propios intereses y motivarlos para que participen de un modo consciente en el proceso de intercambio de conocimientos.

Todo lo que tiene que ver con la información y la comunicación está relacionado también con el poder, la impotencia y la violencia. Como se trata de medios, la diferente posesión de los mismos constituye la desigualdad. La persona que carece de medios, o, más exactamente, de medios de intercambio informativo, no puede hacerse entender. Es el perjudicado en el intercambio social, si es que llega a participar en él. Y no se trata de ninguna metáfora. Hay que imaginarse al disminuido físico o psíquico, al ciego o al sordomudo, al analfabeto, y compararlo con el político o el multimillonario, sobre el que se concentran cámaras y micrófonos, cuyas palabras se difunden a los cuatro vientos y penetran en el pensamiento, las emociones y la acción de la gente. Si Marx tenía razón cuando decía que la emancipación era la reducción de las relaciones al ser humano, el estudio de los medios resulta entonces una tarea pedagógica emancipadora. Su material no permite más tratamiento que el de reducir el mundo humano al propio ser humano, ya que los medios de información y comunicación no se conciben de otra manera.

El estudio de los medios debe entenderse, por consiguiente, como una actividad que aspira a una mayor precisión en la comunicación y a un conocimiento más profundo de sus causas. Su objetivo estriba en descubrir las condiciones de la libertad, o falta de libertad, concreta del ser humano en la comunicación pública. El análisis de la producción de informaciones debe remitirse, por tanto, al análisis de las contradicciones sociales. (Cf. V. Romano: Introducción al periodismo. Información y conciencia, Teide, Barcelona 1984.)

15. Reconocer los intereses

Si se espera de una persona que considere correcto que atracar un banco no es nada en comparación con poseerlo, habrá que suministrarle informaciones diferentes a si se quiere que respete a los banqueros y colabore en la captura de los atracadores de bancos. Se puede preparar para considerar correcta cualquiera de las dos cosas. Si es posible hacer personas que, durante muchos años, trabajen gratis día tras día una, dos o más horas para que unos cuantos potentados se compren islas, castillos, imprentas, edificios de oficinas, y mucho tiempo libre, y a seres humanos que apalean a quienes condenan este dispendio, entonces es fácil hacer personas que tengan por correctas afirmaciones falsas.

Cuando se dice que se puede preparar a alguien para que considere verdadera tal o cual afirmación hay que aclarar lo que se entiende por "verdadero". Existen varias verdades. El que una afirmación sea verdadera o falsa depende de que esté conforme con nuestros intereses.

Los grandes comerciantes del dinero, los banqueros, dicen: "Lo que es bueno para la banca es bueno para el país". Para los bancos lo bueno es que sus propietarios obtengan cada vez mayores ganancias, que aumente su fortuna y su influencia en el gobierno. Así, durante la II Guerra Mundial los presos y prisioneros de guerra, entre ellos varios miles de españoles, trabajaron en campos de concentración como Auschwitz para los accionistas del Deutsche Bank, el respetuoso banco emisor alemán, antes de morir en las cámaras de gas. Con la venta de este gas venenoso ganó dinero una filial de la IG-Farben. Ese consorcio se dividió después en los consorcios menores BASF, Bayer Leverkusen y Farbwerke Hoechst. Las

fuerzas de trabajo de Auschwitz eran baratas, casi no necesitaban nada para vivir. No había que tener ninguna consideración con sus cuerpos, se gaseaban cuando ya no podían trabajar más. Los soldados, la policía y las SS suministraban más detenidos de los que necesitaban las empresas, en parte propiedad del Deutsche Bank. Eso era bueno para el Deutsche Bank. ¿Lo era también para Alemania, para el pueblo alemán? Lo mismo podría decirse de los DuPont, que hoy recibe miles de millones de pesetas para instalar sus incineradoras contaminantes en España, o la Boeing, Kodak, etc, que tan buenos negocios hicieron sembrando la muerte y la defoliación en Vietnam.

Si se piensa que los comerciantes de dinero no mueren envenenados en las cámaras de gas y que los policías no les arrean con la porra, como a los negros de Los Angeles, y que tampoco hacen trabajos duros, extenuantes, su afirmación es verdadera. Para ellos las fábricas y los bancos son una especie de islas. Los jardines de sus mansiones son el país. Con no poca frecuencia las islas son reales, no sólo metafóricas. Tampoco tienen que pasar siete u ocho horas en la cadena de montaje. Su afirmación es verdadera para los que poseen fábricas y bancos.

Pero para la mayoría de nosotros es falsa. Ningún policía ni soldado se va a dedicar a cazar seres humanos ni los va a golpear para que trabajen para nosotros. Las afirmaciones de los comerciantes de dinero no responden a nuestros intereses.

Esta es la luz que aclara todos los problemas: nuestros intereses. Si no reconocemos nuestros intereses, no entenderemos los nexos sociales más sencillos, no habrán servido de mucho la mayoría de las horas de clase. No se pueden reconocer los intereses si se ignoran las posibilidades de uno. Las posibilidades se conocen gracias a las informaciones. Quienes deciden y seleccionan las informaciones que configuran nuestra opinión deciden también hasta dónde han de llegar nuestras posibilidades. Por eso deciden con qué intereses debemos identificarnos.

La realización de los deseos de otros es inevitable cuando a uno lo excluyen de la configuración del plan de estudios.

El alumno que ignora el saber que se le escatima y oculta, ignora también sus intereses. Desconoce los errores que cometen sus maestros y,

por tanto, no puede corregirlos. No sabe qué lagunas contiene el plan de estudios. Desconoce la vida que le escatima el plan de estudios. Nadie puede desear una cosa de la que no tiene noticia, de la que nunca ha oído hablar.

Quien comprende que le pueden ocultar sus verdaderos intereses ha dado ya un paso para encontrarlos. Los intereses están vinculados a las personas.

16. Fe y confianza

Tener fe y confianza son hábitos peligrosos. Todas las instituciones dedicadas a nuestro adiestramiento presentan la fe y la confianza como virtudes. Quien cree y se fía es buena persona, dicen los de arriba. Para el adiestramiento en la fe y en la confianza se introdujo también la enseñanza de la religión.

Si la fe y la confianza se cuentan entre las virtudes supremas, tendrán que ser necesarias. Donde se habla mucho de confianza tiene que haber muchos que esperan beneficiarse con ella. Cuanto más fuerte el llamamiento a la confianza tanto más grande el número de estafadores.

Cuando vamos a pedir un préstamos a un banco descubrimos que apelar a la confianza del empleado no sirve de nada. Los bancos no suelen estimar en mucho la fe y la confianza. Cuanto más rica es una persona tanto más rigurosa es a la hora de firmar contratos. A quien ha firmado un contrato lo puede obligar la policía a cumplirlo, aunque lo firmase por necesidad extrema o por ignorancia. Estos comerciantes tienen a su disposición todo el poder el Estado: policía, tribunales, ejército. Es inútil que otorguen confianza. Ellos la toman, no la dan.

Si analizamos el comportamiento de los grupos más poderosos de la sociedad llegamos a la conclusión de que: 1) es más fácil dar confianza que recibirla; y 2) la confianza va del más débil al más fuerte, y no al revés. Puede ocurrir que el más fuerte adopte a veces el papel del más débil y diga que tiene confianza en nosotros. Puede suceder también que el más fuerte juegue al débil.

Aunque los fuertes se fían más de la violencia y de la ignorancia que de la confianza, apenas pronuncian un discurso en el que no exijan la confianza de todos los que dependen de ellos. Eso es lo que hacen los catedráticos con sus subordinados, los empresarios con los trabajadores, los políticos con los electores. Aunque ellos no dan la menor confianza, dependen de la confianza que se les dé. En primer lugar porque la confianza es más barata que la violencia. En segundo lugar, porque también se necesitan personas para ejercer la violencia. Estas deben tener confianza en que su aplicación es una buena cosa. Cuando no se dispone de estas personas, de estos ilotas, se pueden arrojar a la basura las porras, los fusiles y los tanques.

Es menester un mínimo de confianza para mantener la injusticia.

Pensemos, por ejemplo, en el propietario de un bloque de viviendas o de grandes extensiones de tierras, casatenientes y terratenientes. También hay letratenientes, es decir, catedráticos y profesionales de las letras que se consideran propietarios privados del saber. Si el casero quiere elevar el alquiler, si el terrateniente no desea subir el sueldo a los jornaleros, y si el letrateniente quiere obligar a sus alumnos y ayudantes a que trabajen gratis para él, esto es, si quieren imponer su voluntad a cien o doscientas familias, necesitan jueces, ejecutores, policías y tribunales que crean que es justo enriquecerse con las necesidades de vivienda y trabajo del prójimo. Y, por consiguiente, que es injusto, abyecto y condenable oponerse a ese enriquecimiento. Si caseros y demás propietarios no encuentran a esos jueces y policías, los inquilinos no pagan los alquileres exigidos, los jornaleros no tienen que mendigar peonadas ni los estudiantes ni ayudantes de ciertos letratenientes (catedráticos) se ven obligados a hacer de ilotas.

La confianza y la fe son premisas esenciales para que funcione un sistema de enriquecimiento.

Es más fácil embaucar y explotar a una persona que tiene confianza que a otra que piensa y calcula.

Quien no tiene intención de engañarnos no necesita nuestra confianza. ¿Por qué va a ser peor el saber que la confianza? Quien siempre ha exigido fe y confianza, la iglesia, ha santificado siempre la ignorancia. Algunos dicen que la coexistencia se envenena y resulta imposible cuando las

personas no se fían unas de otras. Quienes nos exigen la mayor confianza son los que menos viven con nosotros. El que los comerciantes hablen entre ellos de contratos y no se fíen de la confianza mutua no perjudica lo más mínimo a sus relaciones. La desconfianza les trae sin cuidado, quieren seguridad. No necesitan ninguna confianza. La seguridad del contrato satisface sus intereses.

En la medida en que los desposeídos realizan sus intereses no necesitan para nada de la confianza. No es la confianza la que crea las condiciones humanas, sino la realización de las condiciones humanas la que hace que sobre la confianza. Las condiciones inhumanas se sirven de los instrumentos de la fe y la confianza. Para combatir estas condiciones inhumanas hay que desprenderse también de esos hábitos ante los más fuertes y adquirir el hábito de preguntar quién los ha puesto en el lugar que ocupan y calcular muy bien nuestros intereses.

El sumiso no dispone de soldados. Los grandes potentados pueden obligar al sumiso a trabajar para ellos por medio de la policía, el ejército o el hambre. Cuando la propia impotencia y el poder del adversario son tan grandes, uno se refugia gustoso en la fe y en la confianza. Como uno no puede defenderse, confía en que el adversario no llegue al extremo. Sería insoportable sufrir la brutalidad cotidiana del adversario siendo plenamente consciente. Eso equivaldría a estar de acuerdo con la propia subyugación. Cuando el pueblo alemán descubrió al final de la guerra los horrores cometidos por los nazis, eran pocos los que consideraban a Hitler culpable. Decían, y hay quien lo dice todavía, que sus subordinados lo engañaron. Esta gente prefería confiar en Hitler en vez de admitir que se había ciscado en ellos. Como se sabe, los judíos intentaban sobrellevar los últimos minutos pensando que las cámaras de gas eran duchas, como les decían los miembros de las SS. Tenían confianza en sus verdugos.

Creer que las informaciones recibidas a través de todas las instituciones y medios que las transmiten responden a nuestros intereses tiene una influencia devastadora en nuestra vida. En vez de confiar en la enseñanza tendríamos que examinarla. Hay que saber si los planificadores de la educación se ciscan en nosotros. No basta con que ellos nos aseguren que no es así. Eso se lo han asegurado a todas las generaciones. Y se ciscaron en

todas ellas. ¿Qué razón hay para que hagan una excepción con nosotros, a menos que la excepción la hagamos nosotros?

Hace poco tiempo organizaron una encuesta para averiguar lo que la gente pensaba de la fidelidad. Resultó que cuanto más gana la gente menos valora la fidelidad, y, viceversa, cuanto más bajos son los ingresos tanto más la valoran. Los ricos no se fían ni un pelo, como puede verse por las revistas del corazón.

Quien busca respuesta a la pregunta de por qué se enseña una materia y no otra debe responderse también a la pregunta de quién determina lo que se enseña. Lo que debemos aprender depende de quién lo haya elegido.

Podemos saber quién determina lo que aprendemos por deducción. No es menester preguntarles a los educadores. A ellos los hicieron de la misma manera y con las mismas informaciones que a nosotros. Los científicos dicen que el saber de la humanidad se duplica cada 5 años. Las posibilidades de elección a la hora de establecer un plan de estudios son infinitas. La elección viene limitada por el tiempo, las horas lectivas, y por los intereses, o lo que se tiene por tales.

Perseguir los intereses significa querer algo concreto. No existe una educación que no pretenda nada concreto. Nos educan para hacer unas cosas concretas y no otras. Y esto se consigue proporcionando unas informaciones determinadas y no otras. En las cosas que podemos hacer o no hacer se ve quién es el planificador de la enseñanza. Basta con examinar a quién aprovechan nuestras acciones y omisiones.

17. Enseñanza de la economía

No existe ningún fenómeno social que no esté marcado por la economía. La poesía de un pueblo, su música, sus casas, sus ciudades, su vida cotidiana, hasta sus dormitorios, vienen marcados por la economía, por el modo de procurarse el sustento y satisfacer sus deseos y necesidades. Aunque la actividad económica y sus efectos configuran toda nuestra vida, incluida la de la esfera privada, en la escuela no se enseña cómo funciona la economía. Ni tampoco por qué funciona esta economía. La materia que más afecta a nuestros intereses permanece oculta en su mayor parte. La ignorancia de los maestros en cuestiones económicas es casi tan grande como la de los alumnos.

La circunstancia de que todos nuestros intereses estén vinculados a procesos económicos hace que la transmisión de informaciones económicas sea un acontecimiento importante, incluso aunque esta materia se presente y explique de modo insuficiente. Una enseñanza es insuficiente cuando no establece ningún lazo entre la materia objeto de estudio y nuestros intereses.

En cualquier parte podemos escuchar o leer el principio siguiente: "Una situación económica es ideal cuando la economía se expande, suben los sueldos y aumentan las ganancias, hay pleno empleo y los precios se mantienen relativamente estables".

Analicemos a qué acciones y omisiones nos quiere inducir este texto. La frase abunda en supuestos, en hipótesis sin confirmar. Y las hilvana con tanta prisa que apenas deja tiempo para preguntar. Para despedazar las hipótesis no hay nada mejor que hacer preguntas. Si hacemos las preguntas adecuadas podemos descubrir cómo la economía y los economistas están

también al servicio de intereses políticos específicos. Podemos averiguar cómo propagan e inculcan una interesada cultura de la economía.

No todo el mundo está entrenado para discernir las partes de un enunciado que contienen premisas falsas. A menudo tampoco sirve de mucho la instrucción, sobre todo si carecemos de saber y medios para analizar un enunciado y éste no se puede demostrar con la lógica.

Si no bastan la experiencia y el saber para reconocer la falsedad de una premisa nos queda aún otro método útil para conseguir los conocimientos que nos faltan. Casi todas las dudas de un enunciado se pueden aclarar con preguntas. Gracias a ellas, las incertidumbres se traducen en conocimientos. Sólo el saber puede impedir que surjan convicciones falsas en nuestras cabezas. Estas convicciones nacen de afirmaciones que no hemos examinado ni entendido.

Analicemos ahora la mencionada definición de la situación económica ideal. La definición contiene varios enunciados. Uno de ellos dice así: "Una situación económica es ideal cuando hay....pleno empleo". Si se acepta este enunciado también hay que aceptar su contrario: fuera de la situación ideal, en la realidad, no hay pleno empleo. La realidad, y hemos de aceptarla, es que hay personas que no encuentran ningún trabajo, bien por ser demasiado viejas para los consumidores de fuerza de trabajo, bien porque éstos las despiden. La última fórmula utilizada para despedir es más o menos la siguiente: "Ha sido considerado usted persona no indispensable". La frase significa que los trabajadores no tienen ninguna garantía real de disponer de ingresos seguros. Si estamos de acuerdo con la hipótesis también lo estamos con que nos extorsionen y arrojen a una situación de penuria financiera en el futuro. Decimos entonces: está bien que se nos extorsione (que es peor no ser explotado que serlo). Al afirmar que el pleno empleo es una situación ideal, y no un derecho, nos engañamos nosotros mismos. Aceptamos que debemos pedir trabajo, consideramos correcto que cualquier persona, y en cualquier momento, puede decidir cómo vivimos, si esa persona ha heredado una fábrica o un determinado paquete de acciones. Esa afirmación no responde a nuestros intereses. También nos pueden obligar a aprender una frase como ésta: "Una situación económica es ideal cuando cada ocho meses le regalamos una paga al empresario".

Otro enunciado afirma que "una situación económica es ideal cuando la economía se expande". Se trata de una afirmación poco clara. La leemos y oímos en todos los periódicos y emisoras. La consideramos verdadera porque otros también la repiten. Dentro de nuestra cabeza llega a convertirse en convicción. Pero también ésta se puede desmoronar a base de preguntas. Algunas afirmaciones sólo se consideran verdaderas por la mayoría porque son falsas. Por eso tienen tan amplia difusión, porque muy pocos las tienen por verdaderas. La mayoría de la gente cree que las representaciones, ideas, sentimientos y conceptos salen del interior de sus cabezas. Ignoran que recorren el camino inverso, de fuera a dentro.

Sin notarlo, el enunciado lleva a nuestra conciencia varios supuestos. Uno de ellos pretende hacernos creer que es útil producir cada vez más mercancías y ofrecer cada vez más servicios. Puede ser provechoso y puede ser perjudicial: depende de los productos y de los servicios. Tampoco se aclara este supuesto.

Un segundo supuesto es el de que se puede consumir más si se produce más. Si esto fuese cierto, significaría que los trabajadores podrían determinar cómo se emplean y distribuyen los productos de su trabajo. Pero eso chocaría contra la ley. La ley determina que los productores dejen una parte del producto de su trabajo a los propietarios del capital, a los poseedores de los centros de producción.

Lo que pasa en las fábricas demuestra que eso de "a mayor rendimiento más consumo" es hablar por boca de ganso o una burda mentira, según de qué boca salga. Los que hablan por boca de ganso pasan por alto hechos esenciales y los que mienten los silencian.

Aunque las mujeres constituyen algo más de la mitad de la población, tan sólo el 34% de los trabajadores de España son mujeres. En términos globales, sus salarios son un 20% más bajos que los de los hombres, aunque en algunos sectores, como el de la industria o el de la categoría de empleadas pueden ser un 35% inferiores. En 1991, el salario medio de la mujer era de 870 pts. hora frente a las 1055 del hombre. La presencia de mujeres en los puestos directivos es del 8,5%, y en la categoría de empleadores aparecen con un 13% del total. Podrían aducirse muchos más

ejemplos y cifras sobre la discriminación de la mujer, pero sirvan éstos de ilustración.

Las ventajas de los precios de los productos japoneses dependen en gran medida de la explotación de una mano de obra femenina barata. Las mujeres japonesas ganan menos de la mitad que los hombres y, como en España y en la mayor parte del mundo, muchos de los trabajos más ingratos e insignificantes los realizan las mujeres. En los Estados Unidos, el salario medio de la mujer trabajadora norteamericana equivale tan sólo al 58% del salario medio del varón. También aquí ocupan las mujeres las categorías laborales más bajas y precarias.

La susodicha economía en expansión no altera la reforzada explotación de la mujer. La situación de las mujeres trabajadoras no se modifica porque trabajen con más rapidez o produzcan todavía más.

Se podría empezar diciendo que el aumento de la producción general supone un beneficio tan grande para todos que, a cambio de él, podría aceptarse la discriminación de las mujeres. La ventaja de ese crecimiento sería el mejor abastecimiento de los ciudadanos con bienes de consumo. Otra ventaja sería el abaratamiento de los productos. Cuantos más ejemplares de un mismo producto se fabriquen tanto más bajos serán los costes de producción por ejemplar.

Sin embargo, los estudios muestran que el mejor abastecimiento de la mayoría con bienes de consumo no depende tanto del aumento de la producción como de que se produzcan otras mercancías en mayor cantidad. Así, por ejemplo, los fabricantes de automóviles producen unos 100 tipos diferentes de encendidos, que por fuera parecen iguales. La mayoría de ellos apenas se diferencian entre sí por las llaves, los contactos, el mecanismo eléctrico y mecánico, etc. Los fabricantes no pueden ponerse de acuerdo porque, según ellos, cada cliente tiene sus gustos. Pero al menos la mitad de la producción de encendidos no satisface las necesidades técnicas de los coches ni de los compradores. Sólo satisfacen las necesidades de venta de los fabricantes.

Otro tanto puede decirse de las antenas. En algunos centros de trabajo se producen motores eléctricos que no sirven nada más que para sacar, presionando un botón, las antenas de los coches cuando se conduce. Los

trabajadores conocen muchos más ejemplos de despilfarro de su fuerza de trabajo, o de productos que sólo sirven para la destrucción. Y no hay que recurrir a la fabricación de armas, donde el despilfarro es obvio. Piénsese en el truco de que las cámaras estrechas de filmar no se pueden reparar sin romper la caja que las contiene.

Hace unos años hubo una huelga de periódicos en Nueva York que duró 80 días. Durante ese tiempo apenas salieron periódicos y, por tanto, apenas hubo reclamos comerciales, anuncios publicitarios. Los comerciantes neoyorkinos se quejaron de que las ventas descendieron en varios miles de millones de dólares. Las mercancías que la gente no compró durante esos 80 días no las necesitaba.

No es ésta la única prueba de que con los reclamos publicitarios se puede incitar a las personas a comprar cosas que no se necesitan.

En 1991 se gastaron en España 843.000 millones de pesetas en reclamos, y en 1992 se van a invertir alrededor de 900.000 millones. (Sur, 16 agosto 1992).

Los gastos de la industria del reclamo se incluyen también como producción. En una economía en expansión aumentaría también esta forma de despilfarro.

¿Por qué ha de incrementarse la producción si resulta difícil convencer a las personas de que necesitan determinadas mercancías? Apenas desaparecen los anuncios las compran menos. En la actualidad se producen demasiadas mercancías inútiles. Su única utilidad es el enriquecimiento de los fabricantes que las producen. En cambio no se producen suficientes mercancías útiles, como demuestra el hambre del mundo.

Aunque los fabricantes pueden producir más mercancías de las que pueden vender sin los gastos publicitarios, no por eso son más baratas. Cada año producen más mercancías, y cada año aumentan las ventas en cierto porcentaje. A pesar de todo suben los precios. Los economistas no se cansan de decir que cuanto más se produzca tanto más abaratarán las cosas. Esto es cierto, pero las mercancías sólo son más baratas en la producción, no en la venta. Los trabajadores de las fábricas se dejan en ellas la salud para que luego suban los precios de las cosas que tienen que comprar. Cuanto mayor es su rendimiento tanto más caros se venden sus productos.

Una de las principales ventajas de la "expansión" económica, a saber, la reducción de los costes, se la llevan los empresarios.

Los teóricos que dicen que los precios bajan cuando la producción aumenta, nos reprochan que también bajarían si la gente no consumiera tanto. De repente ya no es válido el argumento anterior. Ahora el argumento es éste: los precios bajan al aumentar la producción suponiendo que la gente sólo compre una parte de las mercancías generadas por esa producción creciente; los precios bajarían si una parte de las mercancías no se vendiese. Ahora bien, la economía debe expandirse precisamente para que la gente consuma más, esa es al menos la teoría.

La teoría dice también "el aumento de la demanda eleva los precios". Los precios no los sube la demanda, sino los comerciantes. Estos alzan los precios mientras encuentren compradores. Todo lo cual viene a parar en una extorsión de la población. Pues la gente no puede renunciar a muchas mercancías y servicios aunque sean caros.

Otro argumento que se utiliza con frecuencia para explicar la subida de los precios es el de que "las demandas salariales presionan al alza los costes de producción". Y suena convincente porque, visto por sí solo, es correcto. Pero en la producción de mercancías intervienen también otros gastos, además de los salarios. Los otros costes son casi tres veces más altos.

A juzgar por las declaraciones de los empresarios y gobernantes, incluidos los que se autocalifican de "socialistas", los salarios son los culpables de las crisis económicas. Por eso insisten un día tras otro en la necesidad de la moderación, la congelación y los recortes salariales. Claro que lo mejor sería que no hubiese asalariados, y así todo serían ganancias. El creciente número de indigentes, junto con sus hijos, se podría transformar en conservas cárnicas, en salchichas, por ejemplo, como sugería mordazmente Jonathan Swift (1667-1745). Este escritor irlandés, autor de Los viajes de Gulliver, demostró con cálculos muy precisos que se puede ahorrar mucho cuando se carece de escrúpulos y uno no se asusta de nada.

Pero la lógica de las cifras contradice ese argumento reiterativo de que los salarios tienen la culpa de la inflación, del estancamiento de la producción y de la productividad, de la falta de competitividad de las

empresas españolas, etc. Tal como recoge el número 50 de la revista Économie Européene, España ha sido el país de la CEE que más ha rebajado sus costes laborales reales entre 1980 y 1991. La reducción ha sido de 6,9 puntos por debajo de la media comunitaria, a la que habría que añadir otro descenso del 0,6% para 1992. Como puede apreciarse por la tabla 1, el coste del factor trabajo está contribuyendo positivamente a la moderación de la inflación.

Tabla 1

Costes salariales unitarios reales

Conjunto de la economía (1980 = 100)

Países	1980	1986	1987	1988	1989	1990	1991*
93,2	91,0	90,1	91,2				
Francia	100	94,1	93,2	91,4	90,1	90,3	91,1
Italia	100	97,	97,3	97,1	96,7	98,4	98,9
Reino Unido	100	96,2	95,6	95,5	97,9	100,1	101,3
Bélgica	100	95,2	93,3	91,2	88,4	88,9	89,3
Dinamarca	100	91,0	94,3	93,2	90,7	89,5	88,4
Países Bajos	100	89,4	91,7	90,3	86,8	87,4	86,5
España	100	87,7	87,5	86,5	84,8	84,3	83,6
CEE-12	100	94,4	94,1	93,0	92,3	92,8	93,3
CEE-5	100	92,7	93,3	91,9	89,4	89,3	89,3
CEE-7	100	93,9	94,2	93,1	91,6	92,1	92,4
Alemania	100	93,8	93,9				

* Estimaciones

CEE-5 = Alemania, Francia, Bélgica, Dinamarca y Países Bajos. CEE-7 = Los anteriores más Italia y el Reino Unido

Si se compara el coste salarial por hora en la industria española, medido en marcos alemanes, resulta que no representa más que el 58% del costo por hora de la industria alemana. Y tras las cuatro últimas devaluaciones de

la peseta (desede septiembre de 1992 a junio de 1993) esta cifra es aún bastante inferior.

Tabla 2

Costes salariales en la industria 1990

Alemania	37,88
Dinamarca	30,54
Países Bajos	30,36
Bélgica	30,05
Italia	29,82
Luxemburgo	28,59
Francia	25,65
Reino Unido	24,72
España	21,88
Irlanda	20,45
Grecia	10,49
Portugal	7, 14
CEE-12	24,80
CEE-5	30,89
CEE-7	29,86

Países Marcos alemanes

Alemania,
Francia, Bélgica, Dinamarca y Países Bajos
CEE-7 = Los anteriores más Italia y el Reino Unido
Fuente: Handelsblatt, 21-5-1991.

Por lo que se refiere a la productividad, la Tabla 3 indica claramente que el rendimiento de los trabajadores españoles es el más alto de la CE, mientras que el del capital español es el más bajo.

Tabla 3

Productividad en el sector de las empresas
(% variación en tasas anuales)

CEE-5

Países	Total (*) 1979-90	Productividad Trabajo (**) 1979-90	Capital
Alemania	0,8	1,6	- 0,8
Francia	1,7	2,6	- 0,3
Italia	1,3	1,9	- 0,3
Reino Unido	1,6	2,1	+ 0,4
Bélgica	1,4	2,4	- 0,8
Dinamarca	1,3	2,1	- 0,6
Países Bajos	0,9	1,5	- 0,5
España	2,0	3,0	- 0,9
CEE-5	1,2	2,0	- 0,6

(*) El crecimiento de la productividad total es igual a la media ponderada del crecimiento de la productividad del trabajo y de la productividad del capital. La parte media del capital y la del trabajo, en el curso del periodo, son utilizadas como coeficientes de ponderación.

(**) Rendimiento por persona ocupada

Fuente: Perspectives Economiques de l'OCDE, Dec. 1991.

En suma, que la culpa de que la economía española no marche bien no la tienen los trabajadores. Hay que buscarla en otro sitio, en el modelo

económico vigente, por ejemplo.

- 0,4

2,0

CEE-7 1,3

Así que, como cualquier asalariado o ama de casa puede constatar, aunque los salarios hayan aumentado cuantitativamente en los diez últimos años, siguen siendo más bajos en relación con el precio de las mercancías que producen los trabajadores. Dicho de otra manera: sus ingresos han aumentado, pero su rendimiento para el empresario lo ha hecho con mayor rapidez. Las ganancias aumentan más deprisa que los salarios. La economía se expande, se producen más mercancías, disminuye la porción del salario en estas mercancías, y, a pesar de todo, los precios suben y suben. Por eso es muy importante para el reconocimiento de nuestros intereses que se entienda exactamente lo que significa "precios más altos con costes salariales más bajos".

En concreto significa que los productores reciben menos salario por cada una de las mercancías que producen, pero tienen que pagar más por esa misma mercancía. Y el carácter de este proceso no varía porque los trabajadores reciban de vez en cuando una subida de sueldo, ni tampoco porque con el tiempo puedan comprarse más. Lo cierto es que el precio del producto de su trabajo crece con mayor rapidez que sus ingresos. El precio de las mercancías que entregan cada hora al empresario crece más deprisa que el de las mercancías que pueden comprarse con su salario.

Los trabajadores dan siempre más trabajo del que necesitan.

Toda riqueza es trabajo pasado, efectuado con anterioridad. El oro no sale por sí solo de la roca y se mete en las cámaras blindadas de los bancos. Un bosque de abetos carece de valor si no hay trabajadores que les den a los troncos una forma útil: vigas, tablas, muebles. El que posee mucho dinero tiene derecho a cosas que ha creado el trabajo. Sin el derecho a los productos del trabajo no sería rico.

Si los trabajadores y empleados entregan continuamente más trabajo del que consumen, debe ser posible seguirle el rastro a ese excedente. Si es cierto que siempre dan más de lo que reciben, este "más" tiene que hallarse

en algún sitio, tiene que haberse concretado en saldo bancario, avión privado, fábrica, etc.

La distribución de la riqueza entre la población muestra adónde han ido los valores producidos por los trabajadores.

La tabla 4, elaborada con datos proporcionados por el INE (Instituto Nacional de Estadística) recoge la distribución de la renta nacional, esto es, de todas las rentas generadas en el proceso productivo, en el PIB (producto interior bruto).

Tabla 4

Año	(1)	(2)
1982	53,2	46,8
1983	53,2	46,8
1984	50,4	49,6
1985	49,7	50,3
1986	50,1	49,9
1987	50,2	49,8
l988	49,8	50,2
1989	49,3	50,7
1990	49,7	50,3
1991	49,2	50,8

Distribución funcional del PIB

1) Remuneración de asalariados (incluye el total de cotizaciones sociales).

2) Excedente bruto de explotación (rentas no salariales)

Por la tabla anterior se puede ver claramente cómo las rentas del trabajo, esto es, lo que se han llevado a casa los trabajadores al cabo del año, va disminuyendo paulatinamente desde 1982, mientras que las rentas del capital, es decir, lo que se se llevan los capitalistas, aumenta progresivamente hasta el año 1991, hasta el punto de que lo que se llevan todos los millones de trabajadores juntos es menos de lo que se lleva el pequeño grupo de capitalistas. O sea, que la década de gobierno 'socialista'

ha reducido en 4 puntos las rentas del trabajo en beneficio de las rentas del capital. Añádase a esta circunstancia el aumento del desempleo, que asciende ya al 21% de las personas en edad de trabajar, así como la precarización del trabajo, que se elevaba al 37,8% a finales de 1991, y todavía en aumento.

Quien domina la producción domina todos los ámbitos de la vida. Por eso determina también cómo se reparten los otros tipos de riqueza entre la población.

La insidiosa expropiación por un pequeño grupo de personas no se limita a los trabajadores y empleados, pensionistas y jubilados. Tampoco le van mejor las cosas al pequeño autónomo.

Entre todas las opiniones que elaboran diariamente la escuela, la iglesia, la prensa, la radio y la televisión, la más propalada y la que más se resiste a desaparecer es la de que el autónomo no es explotado. La gente se aferra desesperadamente a esta opinión, como si en el fondo supieran que no es verdad. Y se presenta de forma que resulta peligrosa para la gente que no la comparte. Los ilustradores astutos evitan la palabra "explotación" en los debates públicos, a fin de no perder la atención y la benevolencia de su público. Hacen bien en hacerse entender solamente con cifras, y en dejar las conclusiones a los oyentes. También es importante que las cifras salgan de los ministerios.

La opinión de que ya no hay más explotación se nutre de un error de lógica. Las víctimas de esta opinión dan por hecho que bienestar y explotación no van juntos. Su prueba de que no son explotados es otra opinión: que a ellos les va bien. Se puede polemizar sobre si a una persona le va bien porque ella lo crea.

Pero si a una persona la explotan o no es algo que no tiene nada que ver con sus sentimientos ni con su manera de pensar. El que alguien sea o no sea explotado depende de si se ve obligado a enriquecer a otros. También será explotado cuando no se dé cuenta de que enriquece a otros, o cuando no quiere admitir que es así. El esclavo es más consciente de su situación que el semiesclavo. Por lo demás, también hay esclavos contentos.

El trabajador produce cada hora más pesetas de las que recibe. Otro tanto ocurre con los empleados. Ya se ha visto adónde van a parar esos

valores. También hemos mencionado cómo disminuye la parte de los salarios en los costes de producción.

Si es cierta la afirmación de los fabricantes de opinión y de los mediadores públicos de información de que vivimos en una democracia, resulta entonces que los trabajadores y los pequeños y medianos empresarios han decidido gastarse unos cuantos billones en los consorcios y grandes empresarios, y renunciar, en cambio, a piscinas, instalaciones recreativas, hospitales y escuelas.

Los ricos emplean diversos métodos en la redistribución de los productos del trabajo. Uno de ellos consiste en la subida excesiva de los precios. Otro es la introducción de horas extraordinarias. (En una máquina se pueden trabajar 8 horas o 12; la máquina cuesta en ambos casos lo mismo, pero renta más cuando funciona 12 horas.) Un tercer método estriba en producir mercancías con escaso valor de uso. La inutilidad de ciertos productos es uno de los efectos más perversos del dominio privado de los medios de producción. Destruye millones de horas de trabajo para un fin absurdo. Cuanto más inservible sea una mercancía antes tendrá que sustituirla el comprador. Sustituir un objeto significa comprarlo. Comprar un objeto significa entregar fuerza de trabajo por él. Ahí está el ejemplo banal de la media de fibra artificial que nunca se rompe. Pero nuestras mujeres tienen que comprarse cada dos por tres nuevas medias. Para ese gasto absurdo tienen que trabajar las mujeres o los maridos. Y para la mayoría eso significa trabajar gratis una parte de tiempo para un empresario privado. Ahí está la famosa bombilla indestructible, símbolo insuperable de la razón social. Algo semejante ocurre con la mayoría de los objetos de uso.

En los laboratorios de los grandes consorcios industriales, los mejores científicos, formados en instituciones públicas, es decir, financiadas con dinero público, del pueblo, se aplican en la elaboración de métodos que los fabricantes aprovechan para reducir la vida de los bienes de consumo. La vida de un eje, de un muelle, de un motor, de una lavadora o de una nevera se puede reducir con las correspondientes aleaciones de metales. Los científicos denominan a eso "obsolescencia incorporada". Un alto empleado de la industria automovilística dijo hace unos años que ya no es ningún problema construir coches que funcionen cien años sin repararlos.

Cuando ya no se puede reducir más la duración, el envejecimiento de un objeto se produce introduciendo pequeños cambios de forma. Eso se puede apreciar cada año en la industria del automóvil. Ya vimos cómo el despilfarro de la fuerza de trabajo se extiende a los repuestos más pequeños. Otra forma de despilfarro que se impone a las masas de población es el reclamo publicitario, eso que eufemísticamente se llama "Publicidad". Se estima que entre un 30% y un 45% del precio de los productos es para pagar los reclamos publicitarios.

El despilfarro planificado de nuestra fuerza de trabajo (de nuestro biotiempo), de nuestras reservas de materias primas (carbón, petróleo, gas natural, agua, todo lo que proviene de la tierra), es una de las causas principales de que no tengamos suficientes escuelas, hospitales, guarderías, espacios recreativos para niños, jóvenes y adultos, residencias para la tercera edad, teatros, viviendas dignas, un medio ambiente más limpio, etc. Hoy se trabajan bastantes más horas de las que marca la jornada oficial de los convenios. No nos referimos solamente a las horas extraordinarias. También hay que incluir las horas de los pluriempleos, las chapuzas, los numerosos trabajos domésticos, todos ellos destinados a obtener ingresos complementarios o a no hacer gastos que reducirían nuestro nivel de vida. Al final es lo mismo.

A pesar del aumento de la productividad, o precisamente por ella, cada año mueren unos dos mil trabajadores en accidentes de trabajo. Así, en 1991 hubo en España 693.310 accidentes laborales que motivaron bajas en jornadas de trabajo. De ellos, 13.300 fueron graves y 1.946 mortales. En 1992, el número de accidentes laborales se elevó a 1.157.113, el número de accidentes con baja fue de 674.975, el de accidentes graves 14.036 y el de accidentes mortales 1.892.

Otros muchos mueren por falta de riñones artificiales. Pero hay abrigos de pieles y joyas, aviones, yates, castillos y mansiones privados; millones de toneladas de embases superfluos, montañas de chatarra, y la "publicidad". Mientras que en manos de los propietarios el trabajo se transforma en riqueza y poder, en manos de los trabajadores se convierte en basura. Cada piscina que no se construye se convierte en la mansión de un

millonario, en una máquina que produce nuevos embases de margarina o en un anuncio de detergente con premio.

Hasta ahora los trabajadores no han sido capaces de controlar la pequeña fracción de trabajo que se necesita para disponer de un número suficiente de riñones artificiales. Si la economía se "expande" en estas condiciones, se expande también la inhumanidad, la barbarie y la explotación. La tesis de que "una situación económica es ideal cuando la economía se expande..." es falsa. Es un medio para la creación de sumisos. Tampoco esta tesis responde a nuestros intereses. Es una frase salida del lenguaje de los señores.

Pero la afirmación más sorprendente de todas las que hemos mencionado hasta ahora es la de que: "una situación económica es ideal cuando ... aumentan las ganancias". Lo que, dicho en términos de nuestros intereses, viene a significar: "Sólo podemos ser felices cuando trabajamos gratis una parte cada vez mayor de nuestra vida para unas cuantas personas que nada nos importan."

Esta tomadura de pelo de la mayoría de la población entra de matute en el cerebro como si se tratase de una afirmación científica. La mayoría nos procuramos el sustento y el de nuestras familias mediante un salario. Tan sólo los menos se dedican a traficar con el trabajo de los más. Los trabajadores y empleados no obtienen ganancias, no se enriquecen.

¿Por qué vamos a desear ganancias? ¿Por qué hemos de abrigar el deseo de trabajar gratis para otros? Es grotesco esperar semejante deseo de nuestra parte. Pero eso es precisamente lo que hacen nuestros planificadores de la opinión. Lo que revela lo fácil que es inducir a las personas a realizar los deseos de otros.

Lo que los teóricos de la economía y fabricantes de opinión designan como ganancia lo podríamos utilizar nosotros mismos en forma de menos horas de trabajo, bienes de consumo más útiles, viviendas más hermosas, medio ambiente más saludable y diversiones más placenteras. Este principio persigue también que nos comportemos como burros. Tampoco se compagina con nuestros intereses. Por eso hay que arrojarlo de la enseñanza de nuestras escuelas.

Cuando un burro saca agua de la noria para regar un trozo de tierra creando así, con su trabajo y con el de su dueño, valores añadidos, a nadie se le ocurre la idea de que el burro tenga derecho a los nuevos valores. Tan sólo unos locos de remate y las trasnochadas mujeres norteamericanas que les compran a sus perros abrigos de visón le pondrían a este animal colchones en vez de paja para que se acostara. El moralista más estricto considera correcto que el dueño del burro retenga para sí el valor creado por el animal. Hasta el mismo Jesús se sentó en el burro, en vez de echárselo a cuestas. Habrá mucha gente partidaria de que tenga una ventana más grande en la cuadra, de que se le dé el pienso que le gusta y de que se le trate mejor. Pero a ningún ser humano normal se le ocurre que hay que pagarle al burro los valores que ha creado con su trabajo.

Supongamos que el Sr. Ford quiere montar una fábrica por valor de mil millones de pesetas. Unos trabajadores construyen los edificios, otros hacen las máquinas e instalaciones, los ingenieros las diseñan, los delineantes las dibujan, los transportistas las llevan a la obra, etc. El Sr. Ford les paga ciertas cantidades de dinero. Con ellas se compran ropa, comida, bebida, pagan el alquiler, la letra del coche, etc. La comida, la bebida, la ropa, la vivienda, etc., las han hecho otros trabajadores. Todas estas cosas se pueden comprar. El Sr. Ford no ha hecho ni el vino ni la fábrica. ¿Por qué puede pagar dinero para comprar pan y fabricas?

Si toda riqueza es trabajo y el Sr. Ford posee 1.000 millones, ¿significa que ha creado él esos valores? Si no los ha hecho él, tiene que haber sido otro. ¿Cómo es que los posee el Sr. Ford y no quienes han creado estos valores con su trabajo? ¿Por qué razón los ha recibido precisamente el Sr. Ford? ¿Cómo se producen 1.000 millones y van a parar a las manos del Sr. Ford? ¿A qué se debe este hecho asombroso? Cuando le preguntaron a Mario Conde, actual presidente del Banesto, cómo había conseguido 25.000 millones en tan poco tiempo, respondió sin el menos pudor: "¡Trabajando, trabajando mucho!". En un plano más cutre se les podría preguntar a la ex-empleada del PSOE y al exdirigente de CC. OO. de Madrid y antiguo metalúrgico de CASA cómo acapararon sus cientos de millones en menos de un quinquenio cuando no lo consiguieron durante toda su vida laboral como trabajadores por cuenta ajena.

En la relación entre el ser humano y el animal este proceso es normal. Si el mismo proceso ocurre dentro de la sociedad humana, significa que el Sr. Ford tiene que haber sido capaz de reducir a un número determinado de personas al nivel del burro. Y eso no lo podría haber hecho sin leyes, autoridades, policía, jueces ni ejército, en suma, sin el Estado. Por eso no es correcto decir que el juez está por encima de los partidos. Si los ciudadanos violan las leyes del Sr. Ford deben contar con que les disparen. Aunque la espada se guarde en funda de terciopelo, nuestra sociedad se basa en la violencia, exactamente igual que la sociedad esclavista de Atenas.

Durante milenios, los seres humanos no se dieron cuenta de que la tierra gira alrededor del Sol. Esta realidad se les presentaba desfigurada por la ilusión óptica, y por las informaciones eclesiásticas. Y en lo que se refiere a las ilusiones, también los deseos se pueden modificar con las informaciones.

Los trabajadores no determinan lo que producen, cuánto producen ni adónde van a parar sus productos. En este sentido se hallan en la misma situación que el burro de la noria.

18. Resumen

Se puede conducir un coche y llegar al destino sin saber lo que pasa en el interior del motor. Cuando hacemos uso de una escuela, de un periódico o de la televisión, nos sentamos en un vehículo cuya dirección desconocemos. Son otros los que deciden dónde hemos de detenernos. Tampoco nos preguntan si estamos de acuerdo con el destino. Tal vez estemos conformes después, cuando sabemos lo que ha ocurrido con nuestras vidas. Podríamos ser generosos y no insistir demasiado en que deberían pedirnos nuestro consentimiento. Podríamos hacer una prueba con los planificadores de la enseñanza, ser confiados y esperar a que sus planes de estudios, sus periódicos y sus programas de televisión tengan tal éxito que reconozcamos y realicemos nuestros intereses.

Si es acertada o no semejante generosidad lo sabremos observando los resultados que ha dado hasta ahora el trabajo de los educadores. Por lo expuesto hasta aquí se ha visto:

1) que quien hace a las personas, hace personas que le construyen fábricas, en perfecta consonancia con sus indicaciones, y sin murmurar;

2) que le construyen mansiones con piscinas climatizadas, aunque ellos mismos no encuentren una vivienda digna o una guardería para sus hijos;

3) que maldicen sus propios sueños y consideran que su descontento es un error;

4) que lo visten con pieles que valen lo que una casa, aunque ellos anden descalzos.

5) que le regalan el paladar con comidas exquisitas, aunque ellos mismos tengan que comer dos veces por semana espinacas con un huevo

frito o una sopa artificial;

6) que le obsequian los coches más caros, cómodos y rápidos para cuidar su cultivado cuerpo en los desplazamientos, mientras ellos conducen un utilitario de segunda mano.

7) Quien hace personas, hace padres y madres que les dicen a sus hijos:"No robarás", aunque ellos se dejan robar durante toda la vida;

8) "Ama a tu prójimo como a ti mismo", aunque empujan a sus hijos ante los cañones y fusiles sin recibir nada a cambio;

9) "Amarás a Dios sobre todas las cosas", sin tener en cuenta que, para eso, y parafraseando al "Mairena" de A. Machado, primero, hay que creer en Dios; segundo, hay que creer en todas las cosas; tercero, hay que amar todas las cosas; cuarto, hay que amar a Dios sobre todas las cosas. Lo cual resulta bastante difícil, si no imposible.

10) "Sé fiel y obediente", aunque quienes exigen obediencia se pasen la vida ciscándose en ellos.

Pero si nos atenemos a los resultados de esta educación no podemos estar de acuerdo con ellos. Es cierto que hay muchas personas que todavía están conformes con ellos, aunque sufran estos resultados. El estar de acuerdo con sus acciones, esto es, con regalarles Mercedes o Rolls-Royce a los millonarios es resultado del engaño educativo; los ha engañado la información proporcionada por los planificadores de la enseñanza.

Las primeras escuelas populares surgieron en las fábricas inglesas de principios del siglo XIX. Los empresarios ingleses opinaban que los trabajadores se habían embrutecido demasiado. Ganaban más con obreros un poquito formados que con obreros analfabetos. A medida que se perfeccionaban los métodos de producción, más necesaria era cierta educación para los hijos de los obreros. Cuando esta educación les resultó demasiado cara a los empresarios, el Estado se hizo cargo de ella en nombre de los propietarios de fábricas. No existe todavía ninguna planificación estatal de la formación sin que las asociaciones empresariales hagan a los representantes del Estado sus objeciones y recomendaciones. De este modo atienden a sus necesidades de gente dócil. Los representantes del Estado se rigen por los deseos de los grandes empresarios. Estos les indican qué tipo de personas sumisas necesitan. El Estado las produce, y se hace cargo de los

costes. A la hora de pagar, nosotros somos el Estado. "Hacienda somos todos", esto es, todos los que no hacemos fraude fiscal.

Ellos, los representantes del Estado, parten de la reflexión siguiente: ¿Por qué hemos de hacer personas que se dediquen a bailar y pintar en las fábricas y en las oficinas? Lo que nuestra enseñanza pretende es que las personas trabajen todo el día y deseen ardientemente las horas extraordinarias. El efecto de nuestra enseñanza es que la gente haga lo que dicen los empresarios.

Como todo el mundo sabe, el fracaso escolar equivale al fracaso social. En España, el 20% de los alumnos de EGB, el 38% de los de BUP, el 27,8% de los de COU y el 48% de los de Formación Profesional no aprueban en junio. El 55% de los que empiezan la Universidad no terminan sus estudios. ¿Cuánto cuestan estos suspensos? El importe de los de EGB, el sector más pequeño, asciende a más de 5.000 millones de pesetas.

La mayoría de esos suspensos son hijos de trabajadores, que engrosan luego las filas de peones no cualificados. Si es verdad que al hijo tonto de un rico, o de uno menos rico si es miembro de cualquier camarilla de letratenientes, se le puede hacer catedrático universitario (y lo es, el autor de estas líneas conoce varios casos concretos) y al hijo inteligente de un trabajador se le convierte en culi de la cadena de montaje, cosa bastante corriente, resulta entonces que también es verdad que se puede hacer un ejército de personas que sólo sean aptas para hacer durante muchos años movimientos idiotas en y con determinadas máquinas.

Las informaciones que nos configuran las eligen personas cuya principal ocupación es producir mercancías y servicios, y venderlos.

Dondequiera que se mire, las personas que producen objetos para venderlos son una minoría. ¿Cómo va a estar interesado un fabricantes de armas en que éstas se denigren en la escuela?

Si los poderosos se dedican principalmente a producir objetos a fin de venderlos y aumentar así su distancia de la mayoría, no pueden favorecer un plan de estudios que menosprecie la adquisición de mercancías, que ponga en evidencia el consumo inútil.

Hemos dicho que la escuela determina el curso de la vida, en latín curriculum. ¿Qué es un curriculum? Es el modo y manera en que se pasa

una vida. ¿Quién debe estar autorizado a determinar cómo pasamos nuestra vida? ¿Para qué tipos de vida hay autorización y para qué otros no la hay? ¿Quién otorga semejante permiso?

Si admitidos que no estamos autorizados a determinar nuestras vidas, ¿por qué han de determinarla otros?

Una razón podría ser la de que ellos saben mejor cómo se vive, saben mejor lo que es bueno para nosotros.

En tal caso, eso significa que vivimos mejor cuando fabricamos coches que se estropean antes de terminar de pagarlos.

Significa que vivimos mejor cuando les regalamos a los propietarios casas por dejarnos vivir en ellas.

Significa que vivimos mejor cuando durante toda la vida, hasta que somos viejos y caemos enfermos, nos levantamos temprano para trabajar en la obra, la cadena de montaje o la oficina.

Significa que vivimos mejor a medida que se hacen inhabitables las ciudades.

Es curioso que todas las cosas que sufrimos deben formar parte de una vida mejor. Por de pronto, parece como si los que seleccionan las informaciones para nosotros no supieran muy bien cómo se vive, que son unos chapuceros a la hora de elaborar los planes de vida de los demás. Pero si observamos su vida veremos que está llena de ideas y de humor, de placeres. Ninguno de ellos ha sacado carbón de una mina, ni ha vaciado cubos de basura, ni ha hecho mezcla en una obra. Su salud no se ve dañada por las emanaciones de lacas ni barnices, ni por la carbonilla ni el polvo, ni por el frío o el calor. Y, sin embargo, pasan muchas semanas del año en lugares de recreo, en su mayoría situados en comarcas que se destacan por el aire sano y por la posibilidad de cuidar el cuerpo con baños y actividades deportivas. Para no perder tiempo en el desplazamiento se procuran aviones. No sólo cuidan con todo esmero sus comidas, vestidos y casas, también cuidan de que sus hijos reciban una formación que les permita disfrutar también de los conciertos de piano y del arte, tener una mejor preparación intelectual y un conocimiento exacto de sus intereses.

Se pueden confirmar dos cosas contradictorias. Por un lado, los planificadores de la enseñanza son verdaderos expertos en darse la buena

vida y, por otro, nos proporcionan informaciones que nos llevan a vivir mal. Por muchas explicaciones que se quieran dar a esta contradicción, quienes han diseñado nuestra vida son unos ineptos.

Otra razón de que unos pocos decidan cómo vivimos, la de sus mayores conocimientos de cómo se vive, cae por sí sola: no aplican sus conocimientos a nosotros. Nadie, salvo nosotros mismos, puede decidir sobre nuestras vidas. Debemos retirarles a esos planificadores la autorización a disponer del curso de nuestra vida, cualquiera que sea la manera en que han obtenido esa autorización.

Así que la única razón de que otros organicen nuestra vida es la de que nos obligan a ella con violencia y engaños.

1.366.213 millones en gastos militares globales para 1992 (3 billones de inversiones en armamento entre 1982 y 1991), 900.000 millones en reclamos publicitarios, innumerables miles de millones al año en mercancías superfluas o que se desgastan rápidamente y, por lo tanto, hay que sustituirlas con frecuencia. Todos estos gastos son formas de despilfarrar nuestra fuerza de trabajo, lo que equivale a destruirla. La fuerza de trabajo se destruye para crear escasez, cuando el resultado de nuestro trabajo debería ser el enriquecimiento de todos nosotros. Con la escasez ganan todos los que seleccionan información para nosotros. Como garante del sustento, el trabajo es para la mayoría de las personas la forma más desagradable de pasar la vida.

Si nosotros decidiéramos el curso de nuestra vida, ¿por qué nos vamos a levantar todos los días a las 7 o antes para producir 100 tipos de encendidos de coches cuando con 2 son suficientes, y además se pueden hacer en un tercio del tiempo actual?

La "civilizada" Comunidad Económica Europea paga a sus agricultores por reducir la capacidad de producción del sector agrario, por producir menos alimentos. Así, la CEE ha decidido que España debe sacrificar miles de vacas lecheras y reducir en 500.000 tonelas la producción de leche, pagándoseles a los campesinos durante unos cuantos años por una leche que no producen. Mientras tanto, 40.000 niños se mueren cada día de hambre en el mundo. El proyecto "Herodes" paga 100 Ecus (unas 14.100 Pts.) por cada ternero sacrificado antes de los 10 días de edad. Los agricultores que

abandonen sus cultivos de cereales, oleaginosas y proteaginosas recibirán igualmente una prima, esto es, recibirán dinero por no producir. Las primas recibidas por arrancar los viñedos, por ejemplo, van desde 1.200 a 10.200 Ecus (entre 169.200 y 1.438.200 Pts.) por hectárea según la producción. Más aún, mientras 780 millones de personas sufren hoy desnutrición en el mundo y otros mil millones viven en la miseria (según datos de la FAO); mientras el 76%, esto es, las tres cuartas partes de la población mundial, no pueden satisfacer (según datos de la ONU) sus necesidades básicas de alimentación, educación y atención sanitaria; mientras se dan estas terribles circunstancias, el 47% de la producción de cereales, 598 millones de toneladas, se dedican a pienso para el ganado, o sea, a criar carne que sólo se come una ínfima parte de la población mundial. Esta carne, debidamente cocinada, condimentada y enriquecida con vitaminas y vegetales, alimenta también a los perros y gatos de los países ricos. Dicen que de muestra basta un botón. Brasil dedica al cultivo de la soja (que exporta) tantas hectáreas (8,2 millones) como las que podrían alimentar a los 40 millones de brasileños subalimentados si, en cambio, cultivase frijoles negros, o las que podrían satisfacer las necesidades calóricas de 60 millones de habitantes, esto es, casi la mitad de su población, si dedicase esas hectáreas al cultivo del maíz. (Cf. Bertrand Delpeuch: Las interrelaciones agroalimentarias Norte-Sur, IEPALA EDITORIAL, Madrid 1989.)

Y todo esto nos lo venden, nos lo imponen como modernización, progreso, racionalización, necesidades lógicas de la sociedad libre de mercado, etc., etc. ¿Qué persona con sangre en el corazón, con un mínimo de sensibilidad, puede entender esta lógica?

Por orden de los empresarios construimos viviendas pequeñas e incómodas para nosotros y viviendas cada vez más grandes y lujosas para ellos. Para colmo, cada vez suben más los alquileres que hemos de pagar. ¿Por qué hemos de malgastar de una forma tan estúpida nuestras energías y nuestro tiempo si nosotros organizamos nuestra vida?

Si podemos decidir cuántas horas trabajamos a qué ritmo y qué cosas producimos, si ponemos fin al despilfarro planificado, también podemos abolir la costosísima propiedad privada de los coches y convertirlos en propiedad colectiva, de todos. La mayoría de quienes lean estas palabras

estarán convencidos de que esto sería el mayor atentado a la libertad individual. Pero, antes de opinar, calcúlense las ventajas que semejante paso aportaría todos. Cada cual se sube a un automóvil donde lo encuentre y lo deja donde se baje. Nos arreglaríamos con muchos menos coches, puesto que la inmensa mayoría de los coches privados están la mayor parte del tiempo parados. Grupos de mecánicos ambulantes se encargarían del mantenimiento. Construiríamos los coches para que durasen mucho más. Los motores no contaminarían ni apestarían el aire que respiramos. Como nadie querría ya apabullar al otro presumiendo con su caja de lata, resultarían superfluas las modificaciones formales que se hacen cada año. Si cada cual "posee" uno en cualquier momento, el robo de coches carece de sentido. Con un paso semejante, al parecer tan absurdo, eliminaríamos de golpe nuestra dependencia de un pequeño número de accionistas e industriales automovilísticos. De igual modo podríamos proceder con respecto a muchos de los hábitos que nos han impuesto.

¿Por qué hemos de conformarnos con una educación que nos llena de complejos ante cualquier estudiante mediocre? ¿Por qué unos seres humanos tienen que recibir una formación peor que la de otros? ¿Por qué tiene que haber una clase de personas que sienta veneración y temor por otros? Si decidiéramos nosotros, tomaríamos el dinero que el Estado se gasta ahora en destruir alimentos, o en no producirlos, y en los regalos fiscales que hace a los ricos. Esa cantidad es suficiente para edificar los centros de enseñanza, salud y recreo que todavía se necesitan. ¿Por qué vamos a trabajar ocho horas diarias, con un pequeño descanso para el bocadillo, si cuatro de esas horas son superfluas? ¿Y por qué hemos de hacer siempre el mismo condenado trabajo, por qué no recogen los catedráticos la basura de vez en cuando, puesto que se mueren antes por falta de ejercicio?

Se cuenta de un empresario que le decía a un trabajador: "Solo quiero lo mejor de usted". Y el trabajador respondió: "Mire, eso es precisamente lo que no quiero darle."

Resulta difícil determinar hasta qué punto las escuelas son fábricas de absurdo, de irracionalidad o de sueños. Nuestros padres, atemorizados por las de sus represores, actúan aún conforme a la enseñanzas que les

inculcaron. Si queremos evitar, o empezar a evitar, que nuestra vida transcurra de una manera perversa y estúpida, hay que partir desde el lugar mismo donde se forma el pensamiento, donde los ricos seleccionan y dan informaciones.

Si no nos defendemos contra el plan de estudios impuesto en las escuelas, los periódicos, la radio y la televisión, nuestros pensamientos seguirán siendo nuestros enemigos, por ser los pensamientos del enemigo.

Segunda parte

La violencia

1. La violencia oficial

Cuando oímos la palabra "violencia" pensamos enseguida en el empleo de la fuerza bruta, en la "aplicación de medios violentos a cosas y personas para vencer su resistencia" como dice el diccionario de la lengua. Pero la violencia física para someter a las personas y a los pueblos sólo se utiliza en casos extremos. Existen otras formas de violencia más frecuentes y sutiles, esto es, menos evidentes y directas, que se emplean cotidianamente para moldear mentes dóciles. También se ejerce violencia cuando se falsea y tuerce lo natural hasta el punto de obligar a las personas a hacer cosas que no desean ni les gusta.

El hambre, el desempleo, la desigualdad social, la falta de asistencia sanitaria, etc., son formas de violencia frecuentes en la sociedad actual. Así, al ser humano que se le priva de la alimentación necesaria para vivir se le priva también del derecho a la vida y es, por tanto, víctima de la violencia.

Basta con mirar a nuestro alrededor y analizar los datos que nos ofrece la realidad para percibir las angustias y el dolor que genera esta sociedad, o, si se quiere, este "nuevo orden internacional".

Otra manera de averiguar el origen de tanta violencia social consiste en observar las prioridades o preferencias gubernamentales, tal como se reflejan en los presupuestos públicos. Eso es lo que ha hecho Ruth Leger Sivard en sus bonitos libros Gastos militares y sociales en el mundo (1986) y El planeta en la encrucijada (1992), el primero editado por el Centro de Investigaciones para la Paz y el segundo por este mismo, la editorial Icaria y los ayuntamientos de Agüimes y Santa Lucía, de Gran Canaria.

A nivel mundial, los gobiernos que rigen los destinos de los pueblos emplean 25.600 dólares (unos 2.560.000 Pts.) en gastos militares por soldado, frente a 450 dólares (unas 45.000 Pts.) por niño en edad escolar. Esos mismos gobiernos gastan 152 dólares (unas 15.200 Pts.) per cápita, esto es, por habitante, en las fuerzas militares, frente a 6 céntimos de dólar (unas 6 Pts.) per cápita para el mantenimiento de la paz. La disparidad entre los gastos militares y los educativos es más sangrante aún en los países en desarrollo. Esos países se vienen gastando por término medio 9.810 dólares (casi un millón de pesetas), frente a los 91 (unas 9.100 pts.) por cada niño en edad escolar. Los EE. UU. y la CE dedican 45 dólares per cápita a la investigación militar y tan sólo 11, o sea, una cuarta parte, a la investigación sanitaria.

MANTEQUILLA	CAÑONES		
	millones Pta		millones Pta
Justicia			
Tribunales de justicia	138.632	M° DE DEFENSA	785 .883
Centros e instituciones peniteciarias	60.630		
Política Exterior	7.848		
Dire. y serv. grales. Asuntos exteriores	36.643		
Acción diplomática bilateral multilateral	15.183		
Cooperación al desarollo		CLASES PASIVAS DE CARACTER MILITAR	277.036
Seguridad Ciudadana			
Direc. y serv. seguridad y protección civil	28.569		
Seguridad vial	60.736		
Actuaciones policiales en	4.457		

materia de droga			
Protección civil	4.639		
Prestaciones sociales	3 .652		
Plan Nacional sobre drogas		GUARDIA CIVIL	205.094
Acción en favor de los emigrantes	3.739		
Serv. soc. de la Seg. Social a minusválidos	70.068		
Serv. soc. de la Seg. Social a tercera edad	37.302		
Protección al menor	2.311		
Promoción del Empleo			
Promoción y gestión del empleo	169.310		
Formación profesional ocupacional	135.973		
Higiene de los alimentos y sanidad alnbiental	1. 892		
Promoción y protección de la salud pública	1.999		
Educación			
Becas y ayudas a estudiantes	71.432	OBJETORES DE CONCENCIA (M° Justicia)	844
Perfeccionam. del profesorado de educación	9.755		
Educación especial	33.142		
Nuevas tecnologías aplicadas a la educación	2.892		
Deporte escolar y	5.768		

universitario			
Vivienda			
Promoción, ayudas rehabilit. y acceso viv.	97.538	ORGANISMOS AUTONOMOS DEFENSA	M° 95.560
Ordenación y fomento de la edificación	2.501		
Investigación científica	45.632		
Astronomía y astrofísica	1.159		
Investigación técnica	21.846		
Investigación y desarrollo tecnológico	47.665	ORGANISMOS AUTONOMOS GUARDIA CIVIL	1.076
Investigación y experim. agraria y pesquera	8.612		
Investigación educativa	613		
Investigación sanitaria	12.110		
Infraestructuras			
Infraestructura del transporte ferroviario	124.373		

Las prioridades del gobierno español, que, para mayor sarcasmo, se proclama "socialista", quedan reflejadas en el cuadro siguiente, elaborado por el Centro de Investigaciones para la Paz.

Conservación y explotación carreteras	71.841		
Agricultura			
Protección y mejora del medio natural	24.949		
Industria			
Desarrollo cooperativo		2.634	
		1.366.000	1.366.000

Fuente: CIP

Aunque, sobre el papel, haya desaparecido la esclavitud y la dependencia colonial y la inmensa mayoría de los pueblos hayan adquirido el derecho a autogobernarse, los pocos ricos ejercen aún numerosas formas de presión sobre los muchos pobres, a los que mantienen en grados diversos de dependencia. Aunque en las leyes y los convenios se hayan hecho progresos en la definición de los derechos humanos, apenas hay un país donde se respeten en su plenitud. Así, por ejemplo, en ningún país del mundo gozan todavía las mujeres de la igualdad plena con los hombres. O, aunque la mayoría de los países proclaman en sus constituciones el derecho de voto, las restricciones a la hora de ejercer ese derecho son muy comunes. Entre los países que más trabas y coacciones utilizan para restringir el derecho de voto, especialmente del voto crítico, es decir, del voto de los pobres, se destaca Estados Unidos de América.

La tremenda desproporción entre gastos militares y gastos sociales ejerce también violencia psíquica sobre las mentes de los ciudadanos de a pie. Su mera presencia impone y atemoriza. Entre regulares, reservistas y paramilitares, las fuerzas armadas del mundo ascienden a 106 millones, esto es, un soldado por cada 43 personas. Durante la década de los 80, los gastos mundiales en armas y ejércitos han ascendido a 2 millones de dólares (unos 230 millones de pesetas) por minuto, el número de conflictos bélicos ha sido mayor que nunca, y las tres cuartas partes de las víctimas mortales han sido civiles. La década de los 90, que se auguraba como un nuevo orden mundial de paz y prosperidad parece caminar en la misma dirección.

Los países en desarrollo, forma eufemística de designar a los países pobres, tienen ocho militares por cada médico. Y sin embargo, tan sólo con el 5% de los 900.000 millones de dólares que actualmente se dedican a armamento y preparativos bélicos, sin contar ya la destrucción en material y en vidas humanas ocasionada por esos conflictos, se podría mejorar de modo radical el medio ambiente y la calidad de vida a nivel mundial. Así, con los 2.000 millones de dólares que cuestan un submarino atómico o una docena de ensayos nucleares se podría reforestar la tierra o hacer retroceder al desierto. Con los 5.000 millones que se emplean en fabricar más bombas atómicas se podría suministrar agua potable pura al tercio de la población mundial que carece de ella.Y así sucesivamente.

Pero las burocracias militares, los profesionales de la violencia física, no sólo gozan de las preferencias presupuestarias de los gobiernos. También disfrutan de otras muchas ventajas en los centros del poder, ya sean políticos o económicos. Desfiles, guardias de honor, aviones, etc., aportan los símbolos visibles a los políticos. Se ven mimados por los capitostes de los negocios, por las multinacionales que engordan con los contratos militares, etc. Participan, además, del secreto que fundamenta todo poder.

La militarización del poder político tiene consecuencias directas para el bienestar espiritual y material de los ciudadanos. Con independencia de las formas violentas de represión, el secretismo del poder reduce las informaciones públicas, esto es, las posibilidades de que el pueblo esté informado sobre los acontecimientos y decisiones que más le afectan.

En el plano material, la abundancia que impera en la esfera militar tiene su reverso en la pobreza, el desempleo y las carencias sanitarias. Según la FAO (la organización mundial para la alimentación y la agricultura), 950 millones de personas sufren hoy de desnutrición en el mundo. La ONU calcula que el 76%, esto es tres cuartas partes, de la población mundial no pueden satisfacer sus necesidades básicas de alimentación, educación y atención sanitaria. 13 millones de niños menores de 5 años se mueren anualmente de hambre. Tan sólo en las ciudades latinoamericanas deambulan 15 millones de niños abandonados, a los que cazan y matan en muchos sitios con la excusa de que perturban la estética de esas urbes, de por sí monstruosas. Otros mil millones más de personas viven en la miseria, sin contar la tragedia histórica que ha supuesto para sus poblaciones el desmoranamiento de la antigua URSS y de los países del Este. Y en nuestro país, España, los préstamos que se otorgan a los países pobres para fomentar su desarrollo se emplean en venderles armas por ese importe de 50. 000 millones de pesetas. Y todo esto cuando la producción alimentaria del mundo es más que suficiente para satisfacer a todos los habitantes de la tierra y abastacerla con un promedio de 2.600 calorías por persona y día. Sin embargo, donde se producen los alimentos, se paga a los agricultores para que no siembren, para que arranquen sus viñas y olivares, para que sacrifiquen cientos de miles de vacas o para que dejen sus tierras baldías.

¿No es todo esto violencia? ¿No es violencia que una persona quiera trabajar, ganarse el sustento con su esfuerzo personal, y se lo impidan una relaciones de producción, una organización social que margina y deja en la cuneta a un número cada vez mayor de personas? Como decía Antonio Machado en su Juan de Mairena, "dejar al hombre con su hambre y la de sus hijos es proclamar el derecho a una violencia que no excluye la antropofagia. Y desde un punto de vista teórico me parece que la reducción del problema humano a la fórmula un hombre = un hambre es anunciar con demasiada anticipación el apaga y vámonos de la especie humana."

En Europa Occidental, una de cada cinco personas está sin trabajo. Cada vez es mayor el número de ciudadanos con empleos precarios, es decir, con trabajos que no les alcanzan para recibir luego el subsidio de paro. Según estimaciones de la Organización Internacional del Trabajo hay ya más de 700 millones de personas que buscan trabajo en el mundo y no lo encuentran.

Una de las consecuencias de este orden social es que, según el Tercer Informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la desigualdad entre los países ricos y pobres se ha duplicado en los últimos 30 años. O, dicho en otros términos, los mil millones de personas más ricas del mundo lo son 150 veces más que los mil millones más pobres. Por si fuera poco, la pobreza internacional constituye una de las amenazas más graves contra la continuadad del medio ambiente y el sostenimiento de la vida humana. Casi todos los pobres viven en las áreas más vulnerables desde el punto de vista ecológico. El 80% de la población de América Latina son pobres, el 60% de Asia y el 50% de Africa. Estas poblaciones sobreutilizan las tierras marginales en donde viven para procurarse leña para cocinar y calentarse y para cultivos de subsistencia, con lo que amenazan aún más su entorno físico, su salud y la de sus hijos. En los países pobres no es la calidad de la vida lo que corre peligro, sino la vida misma.

Durante la década de los ochenta estos países, endeudados hasta el cuello, han pagado un interés real del 17% de promedio, mientras que las naciones ricas e industrializadas sólo han pagado un interés del 4%. Este fenómeno tiene un resultado paradógico y perturbador, como dice el

informe del PNUD de 1992: cuanto más pagan los deudores, más deben. Por otro lado, la radical depreciación de sus productos exportables en el mercado internacional y las restricciones que les imponen los del Norte les cuesta a los países del Sur 500.000 millones de dólares anuales, o sea, 10 veces más de lo que reciben en ayuda exterior.

En 1989, la quinta parte más rica del mundo (unos 1.000 millones), contaba con el 82,7% de los ingresos, el 81,2% del comercio mundial, el 94,6% de los préstamos comerciales, el 80,65 del ahorro interno y el 80,5% de la inversión. En abrupto contraste, la quinta parte más pobre del mundo (otros mil millones) contaba con el 1,4% de los ingresos, el 1% del comercio mundial, el 0,2% de los préstamos comerciales, el 1% del ahorro interno y el 1,5% de la inversión.

El modo de producción, comercialización y distribución de este "nuevo orden internacional", el orden neoliberal de la tan cacareada sociedad libre de mercado, o sea, el del orden capitalista mundial, ahonda y ensancha cada vez más la brecha entre el Norte y el Sur, es decir, entre ricos y pobres. El modelo de desarrollo que propugna solo conduce a que los pocos sigan engordando más y más a costa de los muchos, cada vez más flacos.

Como dice el titular de Las Segovias, revista informativa de la Asociación para la Cooperación con Centroamérica (N° 7-8, enero-junio 1992), "el sistema neoliberal crea las condiciones en que se favorecen las guerras, uno de los grandes factores de enriquecimiento de los beneficiarios del nuevo orden." Para este Nuevo Orden Internacional ya no existe el Tercer Mundo. Ahora se habla de países obsoletos, esto es, que han quedado fuera de la historia y, por lo tanto, deberían desaparecer; y de poblaciones excedentes, de millones y millones (mil, según los viejos cálculos del Pentágono) de seres humanos que ni siquiera valen para ser explotados, que molestan al sistema.

Lo malo es que las desigualdades, angustias, desempleo y pobreza afectan cada vez más a los países ricos del Norte. Así, según el PNUD mencionado más arriba, ciertas capas de la población de los Estados Unidos de América tienen menor esperanza de vida que en Bangladesh, uno de los países más pobres de la tierra. En Cuba, por el contrario, país pobre, pero con otra organización social, la esperanza de vida casi supera la de las

naciones ricas del Norte, y su tasa de mortalidad infantil es una de las más bajas del mundo.

Ante esta situación no es de extrañar el carácter desesperado y con frecuencia trágico que están tomando las nuevas migraciones. Mientras persista este orden social, ninguna represión policial podrá detener a los africanos que intentan penetrar la fortaleza europea por el Sur, ni tampoco a los ciudadanos del Este que lo intentan por el Norte. Hay una violencia aún mayor que los empuja a arriesgar sus vidas en el intento: el hambre y la desesperación.

Los ejemplos de violencia social existentes pueden ampliarse . Cualquier lector puede añadir los que él mismo padece y conoce.

Pero a la hora de dominar las conciencias y doblegar las voluntades se aplican métodos que resultan más rentables, es decir, más efectivos y económicos.

2. La violencia psicológica

Para el capitalismo moderno es de gran importancia la dominación psicológica del individuo y la manipulación de su conciencia y de sus necesidades. De esta manera lo integra cada vez más al sistema social, mientras que el mundo interior del individuo cada día es más dominado por la industria de la comunicación masiva, o de la conciencia, de la cultura o del entretenimiento, como la suelen llamar otros. La comunicación se ha convertido en un sector estratégico en el plano político, cultural y económico. En este último ámbito, mueve cifras astronómicas y sus facturaciones son superiores a las de la industria aérea y espacial, por ejemplo. "Actualmente, la cifra de negocios de las cien mayores empresas de comunicación del mundo asciende a 19,5 billones de pesetas anuales" (ElMundo, 17 septiembre 1992). Si a este sector se le suma todo lo relacionado con el mundo de la información se tendrá la principal industria de hoy día, superior a la del automóvil o a la del petróleo.

Estas inversiones se hacen, claro está, para obtener beneficios, ya sean directos (ventas y reclamos publicitarios) o indirectos (aceptación de los valores y reglas impuestos por los pocos que se benefician de ellos).

Las formas indirectas y veladas de presión sobre la mente y la conciencia humanas a través de los medios masivos de información y cultura es lo que se entiende por "violencia psicológica", o también "violencia simbólica".

El capitalismo, pomposa y falsamente denominado "sociedad libre de mercado", es un sistema social que, por su propia naturaleza, genera incertidumbres, angustias y frustraciones. La inseguridad en el trabajo, en

las relaciones humanas, en la calle, etc.; el miedo al futuro propio o de los hijos, a no llegar a fin de mes, a no hacer frente a las letras del coche o de la vivienda, etc.; la imposibilidad de satisfacer los deseos provocados y estimulados por la industria del reclamo publicitario, y así sucesivamente; todas estas circunstancias tienen que acongojar necesariamente a la inmensa mayoría de los ciudadanos. El individuo tiene que sentirse dolorosamente insatisfecho y frustrado cuando percibe que se le niega una posición social y económica que espera obtener y considera merecida, o cuando pierde su empleo y se queda en paro. Para un número cada vez mayor de personas debe ser evidente que las aspiraciones individuales generadas rebasan en mucho la capacidad del sistema para satisfacerlas. En segundo lugar, es lógico que los sectores elitarios o semielitarios de la sociedad, que pueden ir desde los ejecutivos a la aristocracia obrera y los trabajadores con empleo fijo, tengan miedo a perder sus posiciones en momentos de crisis y de cambios.

¿Como superar entonces estas angustias? Lo más fácil es refugiarse en el pensamiento mágico, en la ocultación de la realidad, en las sectas y en las verdades absolutas que ofrecen las religiones. Como bien se sabe, la ciencia no produce sino nuevas dudas e incertidumbres, única manera de seguir avanzando.

¿Cómo puede producir pensamiento verdadero, esto es, socialmente útil y que sirva de guía a la experiencia correctora, una sociedad que dedica la mayor parte de sus energías a mentir?

La mentira y el engaño se han considerado siempre como las manifestaciones más inmorales y peligrosas en la esfera política. Carlos Marx reflejó su indignación contra este modo de proceder en estas palabras del Informe del Consejo General al V Congreso Anual de la Asociación Internacional de los Trabajadores, La Haya, septiembre de 1872, palabras que aún tiene su vigencia después de 120 años: "Todas las medidas represivas que ha sido capaz de inventar el intelecto unido de los gobiernos de Europa palidecen frente a la guerra calumniosa desatada por las fuerzas de la mentira del mundo civilizado. Historias apócrifas, denuncia de los 'secretos' de la Internacional, fraudes descarados de documentos oficiales y cartas particulares, cables sensacionales se han sucedido uno tras otro: todas

las fuentes de calumnia a disposición de la mercenaria prensa respetable se abrían a la vez y corrió todo un torrente de ignominias para inundar al odioso enemigo. Esta guerra librada mediante la calumnia no tiene comparación en la historia por la escala de las hostilidades desplegadas en todos los países ni por la unanimidad con que participan en ella voceros de todos los matices de la clase dominante." (MEW, vol. 18, p. 136 de la edición de Dietz Verlag,Berlín 1973). ¡Qué no hubiera dicho Marx si hubiera conocido los actuales medios de difusión masiva, especialmente la televisión!

Así, el desdén hacia los valores éticos, el "todo vale"con tal de lograr el enriquecimiento personal, tiene por consecuencia la devaluación de los criterios y normas morales en la conciencia individual de los ciudadanos. Los medios, valores y normas de la práctica política de los gobiernos y Estados pueden tener un efecto considerable en el comportamiento ético-moral de la sociedad, en sus costumbres, en los procedimientos y métodos utilizados por los ciudadanos para lograr el éxito, en la forma de solucionar los problemas individuales, etc. Ejemplos no le faltan a quien quiera observar su entorno más inmediato. Ahí está, por ejemplo, los niños armados de pistolas en las escuelas norteamericanas, las declaraciones de Clint Eastwood afirmando que ha utilizado la violencia para divertir (El Mundo, 23 septiembre 1992) o el nuevo juego de sociedad que hace furor en Europa y que se basa en el terror, el miedo y la intriga combinados con el video.

El empeño en habituar psicológicamente a las personas, ya sean niños o adultos, a la violencia y a la falta de escrúpulos en el empleo de los medios para alcanzar los objetivos personales, el culto de la agresividad y el desprecio por la vida ajena, por los miembros de otra nación, de otro grupo social, etc., responden a los intereses y necesidades de una política basa en la explotación de unos seres humanos por otros, y no en la cooperación y la solidaridad. Existe un vínculo directo entre el ambiente de violencia, el culto consciente a la fuerza bruta, como ocurre, por ejemplo, en la sociedad norteamericana, y el carácter antagónico de este sistema sociopolítico.

Mas, al mismo tiempo, este sistema que deforma y corrompe la conciencia, que enajena y tergiversa los sentimientos y pensamientos más

específicamente humanos, este mismo sistema puede generar también los sentimientos y pensamientos diametralmente opuestos, esto es, la indignación y la protesta frente a los usos sociales existentes, la lucha solidaria contra la explotación y la opresión.

Parece que, tras el catastrófico derrumbe del sistema contrario, lo que se llamaba socialismo realmente existente, o mejor dicho, lo que se tenía por socialismo, parece, pues, que el imperio de la explotación domina el mundo en términos absolutos. Hasta el Vaticano y el Papa se atreven a cobrar derechos de autor por el nuevo catecismo de la iglesia católica. Apenas queda espacio para la esperanza. Y, sin embargo, se mueve, como recordaba Bertolt Brecht en su

Loa de la dialéctica

Con paso firme se pasea hoy la injusticia. Los opresores se disponen a dominar otros diez mil años más. La violencia garantiza: "Todo seguirá igual". No se oye otra voz que la de los dominadores, y en el mercado grita la explotación: "Ahora es cuando empiezo." Y entre los oprimidos, muchos dicen ahora: "Jamás se logrará lo que queremos."
Quien aún esté vivo no diga "jamás".
Lo firme no es firme.
Todo no seguirá igual.
Cuando hayan hablado los que dominan,
hablarán los dominados.
¿Quién puede atreverse a decir "jamás"?
¿De quién depende que siga la opresión? De nosotros.
¿De quién que se acabe? De nosotros también.
¡Que se levante aquél que está abatido!
Aquel que está perdido, que combata!
¿Quién podrá contener al que conoce su condición?
Pues los vencidos de hoy son los vencedores de mañana
y el jamás se convierte en hoy mismo.

La conciencia y la conducta del individuo dependen de su acción y experiencia, basadas antes que nada en las contradicciones de la vida material. Por eso no es en absoluto una "utopía comunista" la tarea de superar los vicios y contradicciones de la vieja sociedad explotadora y

transformar en ese proceso a los propios seres humanos. Como decía Marx en la Miseria de la filosofía, toda historia no es otra cosa que una transformación continua de la naturaleza humana.

3. Violencia y medios de comunicación

La relación entre violencia y medios de comunicación ha sido una preocupación constante desde hace ya tiempo. La prensa, la radio y la TV han hecho de la violencia uno de sus temas favoritos. Además de estar siempre presente en las noticias y documentales, la violencia es el tema frecuente de películas, series televisivas y novelas.

La violencia y la contraviolencia vienen a representar en la comunicación estereotipada de los llamados "medios de masas" la lucha épica entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas, la democracia y el totalitarismo, la civilización y la anarquía, el orden y el caos. La mayor parte del conocimiento público acerca de la violencia, de esta lucha, se basa en las imágenes, definiciones y explicaciones proporcionadas por los medios. A este respecto conviene tener en cuenta que en la tecnificada sociedad actual la inmensa mayoría de aventuras y experiencias no son directas sino mediadas e indirectas.

Pero al hablar de violencia en los medios de comunicación uno se refiere a la representación de la violencia física en ellos o, mejor aún, a lo que se denomina "violencia simbólica". Este término lo acuñaron en 1970 los sociólogos franceses Bourdieu y Passeron para designar la capacidad de imponer significados mediante signos en el proceso de educación. Pero ha sido el comunicólogo alemán Harry Pross el que lo ha desarrollado y aplicado en su relación con el proceso de socialización y la

comunicación, en particular con los denominados medios de masas. Este gran humanista e ilustrador moderno de Alemania define la violencia simbólica como el poder para imponer la validez de significados mediante signos y símbolos de una manera tan efectiva que la gente se identifique con esos significados.

A la violencia física y a la fuerza bruta, origen de la violencia simbólica, sólo se vuelve a recurrir cuando ya no resulta suficiente el control mediante ésta última. A fin de cuentas siempre es más económico y eficaz meter a la instancia de control, a la policía, en la mente de los individuos que mantener y utilizar cuerpos de represión física. De ahí la necesidad de analizar la violencia que se ejerce sobre el individuo a través de los símbolos sociales y de los medios de comunicación.

La violencia simbólica tiene su base en la contradicción entre la orientación vertical de los valores y la disposición horizontal de los signos. Así, si se observa de cerca el concepto de "orden" se verá fácilmente que no es la expresión de algo metafísico, sino una constelación de signos físicos impuesta por alguien a otros junto con una interpretación más o menos comprensible. Tras el "Estado", por ejemplo, se hallan toda una serie de signos y símbolos así como la fuerza para reprimir a quienes no pueden o no quieren respetar esos signos.

Cada signo de cualquier orden existente es un símbolo en relación con su correspondiente jerarquía de valores. "Alto" y "bajo nivel" son las expresiones metafóricas de esa orientación vertical de los valores, incluso en la ciencia. El lenguaje metafórico, la representación simbólica de los diferentes niveles de "arriba" y "abajo", ""superior" e "inferior", "dentro" y "fuera", "claro" y "oscuro", "fuerte" y "débil", ha creado una idiosincrasia del verticalismo en la vida pública y social. Pero la experiencia cotidiana nos muestra que todos nos movemos al mismo nivel, que la coexistencia humana se desarrolla en la yuxtaposición y no en la superposición. Los seres humanos y los pueblos no existen unos encima de otros, sino unos al lado de otros.

Si es cierto que las jerarquías de valores siguen una orientación vertical y si también es cierto que la comunicación empírica, directa, cara a cara,

sigue la orientación horizontal, no es de extrañar que esta contradicción genere conflictos y tensiones.

La disposición de un cuadro, la confección de una página del periódico o la presentación en la pantalla rectangular del televisor repiten la tensión entre la vertical y la horizontal. De ahí que esta tensión conduzca a lo que se denomina "dialéctica del poder", que desemboca en la capacidad para imponer a la gente ciertos significados. Esto es lo que constituye la violencia simbólica.

Veamos cómo se presenta esto en el televisor. El telespectador (no televidente) no ve nunca en el rectángulo de la pantalla los argumentos justificativos de la acción, sino al hombre, o mujer, que cae y se le empuja a la horizontal. Esta pérdida de la horizontal es el momento gráfico decisivo. Los representantes de los valores supremos aparecen siempre en la postura vertical y su pérdida equivale a una subversión. La figura erecta del vencedor simboliza siempre la miseria del vencido. De ahí que los espectadores, al buscar confirmación e identificación, sólo la encuentren en los que mantienen la vertical, y no en los derrotados y pisoteados, en los de arriba y no en los de abajo. Por eso, la repetición del "cadáver cotidiano" de los informativos de TV no es más que una indicación de que no hay que perder la vertical y de que hay que estar con el más fuerte y poderoso.

Como, por su naturaleza, toda información es necesariamente selectiva, la cámara reproduce siempre la subjetividad del productor y su formación profesional. Según los cánones al uso, hay que filmar "imágenes telegénicas", retener lo extraordinario, no lo ordinario. Lo ordinario es la paz, lo extraordinario es el escándalo y el conflicto violento. Pero al acumularse lo extraordinario en la pantalla y en la prensa (noticia no es que el perro muerda al niño sino que el niño muerda al perro) se invierte la relación: la acción violenta y el conflicto se convierten en lo ordinario, y el orden pacífico queda fuera.

Parece como si "el mundo" constase únicamente de actos violentos y accionismo. La información y el entretenimiento, o la "industria de la tensión", como la denomina Hermann Broch, transmiten e imponen la validez mundial de la violencia.

Validez no es lo mismo que efecto, pero hay que preguntarse por los efectos directos e indirectos. Los débiles admiran a los fuertes. Y los comunicativamente débiles son, por este orden, los jóvenes, los excluidos del rito laboral (los desempleados), los condenados a la monotonía del trabajo y los viejos. Esto es, la inmensa mayoría de la población, que busca en los medios de comunicación compensación ilusoria a sus carencias cognitivas y a sus déficits emocionales.

A finales de los años 70 se calculó que un adolescente tenía tras sí 15.000 horas de TV con 18.000 muertes ocurridas en la pantalla. Según un estudio reciente de la Asociación de Telespectadores y Radioyentes, los niños españoles en edad escolar ven en la televisión cada semana 670 homicidios, 15 secuestros, 848 peleas, 420 tiroteos, 15 secuestros de menores, 11 robos, 8 suicidios, 32 casos de captura de rehenes, 30 de torturas, 18 de drogas, 13 intentos de homicidio, 20 episodios bélicos, 11 desnudos y 20 emisiones eróticas. Si se multiplican estas cifras por las 52 semanas del año tendremos estas cifras espeluznantes: 34.840 homicidios, 780 secuestros, 44.096 peleas, 21.840 tiroteos, 572 robos, 416 suicidios, 1664 casos de captura de rehenes, 1560 de torturas, 936 de drogas, 676 intentos de suicidio, 1040 episodios bélicos, 772 desnudos, 1040 emisiones eróticas. Todo esto sin contar los actos de violencia presentados en los informativos ni en los videojuegos. Y esto tan sólo en un año. Material suficiente para considerar la violencia y el asesinato como una acción habitual.

La fascinación de la violencia responde a la filosofía del éxito social a cualquier precio, del individualismo y egoismo primitivos frente a la cooperación y la solidaridad propias de la especie humana. Lo que predomina en la pantalla, ya sea en los informativos o en la ficción, es el derecho del más fuerte, no los ideales democráticos de igualdad y dignidad humana.

Donde rige la violencia no impera el derecho. Es posible que la violencia simbólica del derecho resulte la más fuerte, pero las leyes las leen y enseñan muy pocos, mientras que millones y millones viven diariamente la victoria del más fuerte en el marco de sus cuatro paredes.

Valga lo anterior para afirmar que los medios de comunicación son factores constituyentes de la violencia simbólica. En este sentido conviene tener en cuenta que el 65% de los conocimientos de los jóvenes provienen hoy día de la TV y que también el 65% de la población española tiene como fuente exclusiva de información la TV.

El desarrollo histórico de los medios, regido por la ley de economía de señales, esto es, de alcanzar el mayor número posible de receptores en el menor tiempo posible y con el menor número posible de señales (palabras, signos o imágenes), ha llevado al predominio actual de los medios audiovisuales. Ahora bien, con el aumento de las comunicaciones se produce también un incremento en el material de conflicto, puesto que las señales físicamente perceptibles se contradicen con los significados diferenciados. El modo de producción de la comunicación de masas, basado, como producción masiva que es, en la serialización y estereotipación, no puede diferenciar. Por otro lado, los nuevos medios electrónicos son, por su propia índole, fugaces. Pero la reflexión y la comprensión requieren tiempo.

Durante los últimos años se viene vendiendo como "progreso" la profusión de informaciones y de comunicaciones. Sin embargo, los estudios más recientes sobre efectos indican que la promesa de la sociedad feliz de los medios electrónicos puede traducirse en más soledad, esto es, en menos comunicación. Aumenta el uso de los medios como compañía ilusoria del solitario. La incomunicación, la ausencia de interrelación social, incapacita para la acción común y desarrolla trastornos psíquicos. La inundación de estímulos pone a la gente nerviosa, neurótica, agresiva.

Los daños espirituales, los efectos y consecuencias sociales de este desarrollo de las tecnologías de la información y de la comunicación son difíciles de calcular. En los últimos tiempos se ha propagado una concepción estrecha del progreso. Se considera progresista y positivo lo que promete una rápida rentabilidad, vale decir, ganancia financiera. Pero se dejan de lado los efectos sociales y ecológicos. La responsabilidad subyace en la euforia tecnológica que presiona para aplicar una técnica sin tomar en consideración sus posibles consecuencias. A esta línea de pensamiento, llamada modernidad, postmodernidad o como se quiera, pero ya vieja en la

historia social, le es ajena la idea de que no hay por qué hacer todo lo que técnicamente es posible. (Cf. V. Romano: Desarollo y progreso, l. c.)

Es cierto que la sociedad se hace cada vez más compleja y dinámica. Los acontecimientos se suceden con una densidad y frecuencia crecientes. La acelerada masificación de los medios de información y de los transportes hace que el aluvión de estímulos sociales afecte prácticamente a la mayoría de las personas. La humanidad parece uniformarse con rapidez.

Irreflexivamente podría considerarse que esta abundancia de estímulos marca el progreso de la organización social moderna. Pero el desarrollo no puede medirse por la densidad de estímulos, sino por lo adecuados que sean estos estímulos para perfeccionar la organización social, para la creación de un medio humano más solidario y más libre.

Desde el punto de vista de la comunicación, la sociedad actual se caracteriza por el caos de señales electrónicas en el aire y el caos de los significados en la tierra. No se entiende lo que se lee, se oye y se ve. Y es así porque los símbolos no son reducibles a la situación vital de sus receptores, porque el receptor se utiliza cada vez más como recipiente. El Roto presentaba en uno de sus chistes mordaces a una niña pobre preguntándole a su abuela: "Abuelita, ¿dónde están esas cosas tan bonitas que salen en la tele?"

Cuando se pierde el sentido, la señal se convierte en estímulo fisiológico. Aquí radica el éxito del sensacionalismo.

Quien tiene los medios tiene también la palabra. El es quien determina las representaciones con sus imágenes. Pues lo que no se muestra es como si no existiese. La censura persigue siempre evitar la comunicación y la respuesta.

Los medios proporcionan poder porque pueden estimular y atraer la atención de otros seres humanos hasta el punto de robarles parte de su biotiempo irrecuperable. El robo de biotiempo está en la raíz de todo poder de unos hombres sobre otros. (De las 4 horas que por término medio tienen los españoles de tiempo libre, 3 horas y media las pasan ante la pantalla del televisor.) Bajo este punto de vista la violencia simbólica aumenta de modo inconmensurable, como dice H. Pross. Por eso se invierten diariamente miles de millones en la industria del reclamo y en la propaganda política.

asimismo, las secuencias de la TV son cada vez más cortas, hasta el punto de hacerse incomprensibles por faltar el medio segundo que el cerebro necesita para pasar de un acontecimiento a otro (H. Sturm). La dramaturgia apunta al inconsciente porque no tiene tiempo para formar lo consciente. Saber sin consciencia. "El tiempo es oro", se dice: la violencia simbólica del "dinero" (se es por lo que se tiene, o por las deudas que se tienen) se apodera de la violencia simbólica "tiempo". Este lucrativo negocio se paga con el biotiempo de miles de millones de personas que carecen de tiempo y de dinero por estar sujetos, enganchados, a la coacción del rendimiento de la sociedad industrial. Action, action, action y formas simbólicas cada vez más simples. El poeta austriaco Hermann Broch lo explicó en estos términos:

"Es muy característico que en todo el mundo donde se establecen formas de economía intensiva con sus enormes tensiones de competencia, que éstas se trasladen también a sus horas de ocio (sencillamente porque el hombre ya no puede vivir sin tensión). Espiritualmente, por así decirlo, este estado de cosas ha conducido a la poderosa industria de la tensión, cuyo modesto antecesor fue la novela policíaca, y que se sigue extendiendo como cine, radio y televisión, mientras que en el ámbito físico ha tomado su salida el deporte moderno con sus tensiones específicas de records. Nacido así de la economía, este "espíritu deportivo" (competitivo, V. R.) que penetra todas las esferas de la vida, y no en última instancia la política, se vuelve a aplicar a la economía, donde se traduce también en adoración de los records y del éxito."

El aforismo del estoico Epicteto: "No son las cosas las que perturban e inquietan a los hombres, sino sus opiniones y representaciones de las cosas", parece conservar aún su vigencia.

La violencia física no penetra en el tejido de la humanidad, como dice Pross. Pero la violencia simbólica tiene que distinguir entre imagen y cosa, a fin de no retrotraer al pensamiento mágico, al origen de la violencia física como símbolo del fuerte. El uso actual de los medios borra más bien los límites entre imagen y cosa. Expresiones como "de cine", "tan bonito como en la tele", o peor aún, "es cierto, lo he visto en la tele", oriundas de la

oferta mercantil de la fábrica de sueños norteamericana, invierten la relación, camuflan interesadamente la realidad.

Las ofertas de violencia en la sociedad y en los medios son numerosísimas. Pero dadas las limitaciones de este trabajo, la exposición se limitará a las formas de presentación de la violencia en los medios de comunicación, especialmente la TV, y a la violencia simbólica ejercida a través del lenguaje.

Por lo que respecta a los medios audiovisuales, la violencia se presenta tanto en los programas de actualidad (boletines de noticias, temas del día, documentales) como en los de ficción (series, telefilmes y películas). Los formatos de los informativos se clasifican en abiertos o cerrados. Un formato es abierto cuando proporciona espacio en donde se puede cuestionar y contestar la perspectiva oficial y en donde se pueden presentar y examinar otras perspectivas. Las ambigüedades. contradicciones y conclusiones o posibles desenlaces generados en el programa quedan sin resolver. Ejemplos: películas individuales o documentales de autor. Un formato es cerrado cuando opera dentro de los términos de referencia establecidos por la perspectiva oficial. Las imágenes, argumentos y pruebas están organizados para converger en una sola interpretación preferida y se marginan o excluyen otras conclusiones. Ejemplos: boletines de noticias, series de acción. Abierto y cerrado son conceptos estáticos en función de que el programa ofrezca uno o más puntos de vista.

Como han comprobado Schlesinger, Murdock y Elliot (Televising Terrorism. Political Violence in Popular Culture, Londres 1983), estas constricciones conducen a una forma de noticias que se presenta como informe objetivo e imparcial del acontecer. Los boletines de noticias (telediarios) tienden a presentarse en un estilo que oculta el proceso de selección y decisión que subyace tras la información y que apenas deja margen para el comentario o la argumentación. Las opiniones que se presentan son casi siempre las de los detentadores del poder en las principales instituciones: ministros y políticos de los partidos mayoritarios; miembros destacados de la policía y de la judicatura; dirigentes sindicales y de las organizaciones patronales; portavoces de los grupos de presión y de intereses, como iglesias y organizaciones profesionales. El resultado es que

los boletines de noticias y telediarios, que es la fuente exclusiva de información de la mayoría de la población, constituyen una de las formas más "cerradas" de presentación y opera por lo general en términos de la perspectiva oficial.

La mayoría de las noticias sobre violencia las proporcionan las autoridades y se refieren a las respuestas gubernamentales a la violencia. Pero rara vez se explican los objetivos subyacentes de la violencia, y casi nunca se justifican. No se discuten los motivos ni las condiciones sociales que los provocan. La información se presenta descontextualizada, esto es, incomprensible. Se ofrecen unas cifras, pero se callan otras. Así, por ejemplo, el número de muertes provocadas por la violencia terrorista en América Latina entre 1968 y 1981 ascendió, según datos de la CIA, a 3.668. Pero se oculta que esa cifra no es más que el 4% de los 90.000 "desaparecidos" latinoamericanos durante el mismo periodo.

El lenguaje sigue siendo uno de los principales instrumentos de la violencia simbólica. Las palabras y los conceptos se utilizan conscientemente para violentar la capacidad cognitiva de las grandes masas de la población, para confundir las mentes, y en última instancia para imponer significados que se contradicen con la realidad. Piénsese, por ejemplo, en el empleo de la "represión" utilizada por el gobierno de Israel contra los palestinos y justificada como "prevención". La lista de ejemplos podría extenderse ad nauseam. Medítese, como ilustración, sobre el significado que tienen y que se les da a estas cuantas palabras y conceptos:

• *orden - frente a legalidad, progresista - conservador,*
• *Oriente - Occidente,*
• *régimen comunista - sociedad libre de mercado,*
• *progreso (coche) - atraso (bicicleta),*
• *popular, aplicado a los partidos políticos, blanco, aplicado a los detergentes,*
• *bombas inteligentes, casas inteligentes, máquinas inteligentes, etc. , daños colaterales, frente a víctimas.*

Todo el mundo recordará la declaración de George Bush, en su discurso a la nación del 16 de enero de 1991 cuando dijo: "No le pediremos a nuestras tropas que luchen con una mano atada atrás", como según él les ocurrió en Vietnam. Pero he aquí un pequeño resumen de lo que esas tropas hicieron en Vietnam.

• *Toneladas de bombas lanzadas por los EE. UU. sobre Vietnam: 4.600.000*
• *Lanzadas sobre Camboya y Laos: 2.000.000*
• *lanzadas por los aliados en la II G. M.: 3.000.000 Galones (4,5 l.)*
• *de agente naranja rociados: 11.200.000*
• *de otros herbicidas: 8.000.000*
• *Toneladas de napalm lanzadas: 400.000*
• *Cráteres de bombas: 25.000.000*
• *Aldeas survietnamitas destruidas: 9.000 (de un total de 15.000)*
• *Acres de tierra de labor destruidos: 25.000.000*
• *Acres de selva destruidos: 12.000.000*
• *Vietnamitas muertos: 1.921.000*
• *Camboyanos muertos (1969-l975): 200.000*
• *Laosianos muertos (1968-1973): 100.000*
• *Vietnamitas, camboyanos y laosianos heridos: 3.200.000*
• *Total de refugiados en 1975: 14.305.000*
• *N° de tropas norteamericanas que sirvieron en Vietnam: 2.150.000 Soldados norteamericanos muertos: 57.900. (Fuente: The Nation, 18 febrero 1991.)*

Resulta difícil imaginarse lo que podían haber hecho con las dos manos sueltas, como las ha tenido el "Oso del Desierto" en la guerra del Golfo.

El lenguaje importa, y cómo lo utilizan los medios. Si se puede violentar al público (de populicus, pueblo) de que el Estado tiene razón, esto es, si se le puede persuadir hasta el punto de que se identifique con los significados oficiales, se le puede movilizar para que apoye y acepte la transferencia de fondos del wellfare (Estado de bienestar)a la seguridad y al warfare (Estado de guerra). En la Inglaterra de Thatcher, por citar otro

ejemplo, los medios de comunicación desempeñaron un papel importante a la hora de ganar el consentimiento popular para el cambio del consenso socialdemócrata al Estado de la ley y el orden. Y ya lo dice el refrán: cuando las barbas de tu vecino veas pelar

Terminamos. Podemos concluir estas reflexiones sobre la relación entre violencia y medios de comunicación con algunas sugerencias nacidas de la teoría crítica de la comunicación.

La violencia simbólica ejercida por los medios de comunicación podría combatirse mostrando de una manera comprensible, esto es, reducible a la experiencia y a la vida cotidiana, los límites entre imagen y cosa, percepción y representación, deseo y satisfacción. De este modo se aprendería a no engañarse uno mismo y a no dejarse engañar. O, resumiéndolo en pocas palabras: convertir a los medios en fábrica de pensamiento en vez de fábrica de sueños, en actividad en vez de accionismo, en creatividad en vez de imitación.

Para ello, claro está, habría que subrayar más el valor de uso que el omnipresente valor de cambio, esto es, aplicar criterios de rentabilidad social y no sólo criterios de rentabilidad financiera. Esto lleva necesariamente a un concepto que la ola de desregulación (privatización) ha descalificado y puesto en desuso, a saber: el de servicio público.

El concepto de servicio público descansa en tres principios básicos: independencia, pluralidad de opiniones y acceso universal. La independencia implica el derecho de productores y autores a hacer programas sin interferencias del gobierno ni de las instituciones estatales, o sea, ausencia de estética oficial. Idealmente, una comunicación y unos medios entendidos como servicio público deberían proporcionar informaciones y argumentos necesarios para formarse una opinión propia y entender inteligentemente el medio humano (la sociedad y su funcionamiento económico, político, cultural, etc.), a fin de dominarlo, y no ser víctima de él. La independencia de los autores (comunicadores) implica también el derecho a desafiar las actitudes y prejuicios establecidos, a provocar y hasta irritar a ciertos sectores de la audiencia, a experimentar con nuevos formatos y formas. Frente a la lógica del mercado de que la popularidad, la gran audiencia, determina la producción, el servicio público

defiende el derecho del productor y del autor a ser impopulares y a ofrecer la gama más amplia posible de puntos de vista y de perspectivas. Servicio público no equivale a comercialismo salvaje, a darle al público lo que quiere (medido por las ventas o las cuotas de audiencia), o lo que los anunciantes y patrocinadores están dispuestos a subsidiar. Si así fuese, hay que preguntarse entonces cómo se forman los gustos y quién los determina.

La sociedad que genera alienación es un caldo de cultivo para la violencia. Los estereotipos, el fanatismo, el dogmatismo y la intolerancia generados por unas condiciones de alienación en las que los pocos hacen el agosto a costa de los muchos, se pueden y deben combatir con una elevada cultura de diálogo, con una comunicación democrática, participativa, multidireccional, y no unidireccional, esto es, interesada y, en última instancia, violenta.

Tercera parte

El entretenimiento

1. El mundo feliz

Esta sociedad de necesidades insatisfechas, generadora de angustias y frustraciones, requiere una gran dosis de técnicas persuasivas para imponer su sistema de valores. A través de ellas se determina la manera en que los individuos ocupan su tiempo, sobre todo el tiempo libre. La distracción de los problemas cotidianos mediante el entretenimiento se ha convertido hoy día en una de las principales industrias de la denominada "sociedad libre de mercado".

Si el sometimiento a través de la enseñanza y de la violencia, del poder jerárquico y del mercado de trabajo, se ejerce en formas más o menos manifiestas y detectables, las modalidades utilizadas por la industria del entretenimiento exigen mucho más esfuerzo para su detección y reconocimiento. A esto se resiste la misma conciencia de los individuos sometidos. Y es que con el entretenimiento abordamos el reino de la imaginación y de los deseos, ya sean confesados o inconfesados, conscientes o inconscientes.

Uno de los libros de ciencia-ficción más leídos en lo que va de siglo, Un mundo feliz, de Aldous Huxley, escrito en 1932, parte de la tesis de que la demanda humana de distracciones es ilimitada, y describe el control de una sociedad a través del placer y del entretenimiento. Los integrantes de esta sociedad reciben tal cúmulo de informaciones que sólo pueden defenderse de ellas con la pasividad.

El entretenimiento y la distracción nos ponen en contacto con lo que no tenemos y, por tanto, deseamos: gente rica y guapa, países exóticos, casas y vidas suntuosas, agraciados con golpes de suerte en la lotería y en los

concursos, etc., etc. Y también, claro están con las cosas desagradables y negativas. Si se miran de cerca, las desgracias y catástrofes, hambrunas y guerras, sufrimientos y muertes, ocurren siempre a otros y en otros lugares, a otros grupos sociales y en otros países o continentes, a los marginados de todo tipo, etc. ¿Y para quién no es placentero contemplar en la pequeña pantalla cómo los males se ceban en los otros, desde la seguridad que ofrecen las cuatro paredes del hogar, debidamente protegido por una puerta blindada? Esa pequeña ventana nos permite asomarnos al acontecer mundial y recibir tantas informaciones fragmentadas que nos creemos bien informados y de vuelta de todo. Por lo tanto, uno no siente la necesidad de intervenir a fin de solucionar los problemas cotidianos con los demás. Hasta se puede tener una conciencia limpia, pues uno se preocupa, se informa, está al día , incluso puede tener toda clase de ideas sobre lo que podría hacerse para acabar de una vez con la miseria humana. Pero se mantiene aislado ante el televisor o el video.

¿A qué preocuparse tanto? Como si no fuesen suficientes los problemas propios en el trabajo, la presión constante de los jefes, la insolidaridad de los compañeros, la incertidumbre del mañana, la insoportable lata de la mujer con sus sueños de cambiar de vida, etc. etc. Apretemos, pues, uno tras otro, los numerosos botones que nos ofrecen gratis entretenimiento y compensación, aunque sea ilusoria, por todas nuestras carencias. ¡Hay que divertirse, que son dos días!

El demagogo norteamericano Neil Postman señala en su libro Divertirse a muerte (Badalona 1992) que el entretenimiento se ha convertido en el rasgo distintivo de la cultura cotidiana de los Estados Unidos y, por extensión, de todo Occidente. Como todo el mundo sabe, los españoles dedicamos la mayor parte de nuestro tiempo libre (entre 3 y 5 horas diarias según las edades) al consumo de entretenimiento televisivo. Series, telenovelas (culebrones), películas (190 semanales), concursos (110 semanales), deportes televisados, reclamos publicitarios, etc. Hasta los mismos programas informativos (telediarios) tienen como tarea primordial cautivar a la audiencia entreteniéndola, esto es, teniéndola entre, reteniéndola con sus diversos señuelos a fin de venderla luego a los anunciantes a tanto el millón de telespectadores.

Ahora bien, la televisión, como los demás medios electrónicos, se caracteriza por la fugacidad. El flujo de imágenes discurre a tal velocidad que el ojo humano a penas tiene tiempo para percibirlas, y menos aún el cerebro para procesarlas y asimilarlas. A menudo falta incluso el medio segundo necesario para que nos demos cuenta de que pasa algo. Las transiciones entre reclamos publicitarios y escenas de los programas se hacen sin interrupción, de modo que no sabemos si los anuncios forman parte de la película o la película es parte de los anuncios. En cualquier caso los programas están ahí para enmarcar y vender los anuncios, igual que los textos de los periódicos están para vender espacio publicitario. Por término medio, la cámara no se detiene más de tres segundos y medio sobre un objeto o una persona. La vista no descansa un momento, siempre se le ofrece algo nuevo que ver. Este puro accionismo apela a y estimula los sentimientos. La reflexión requiere tiempo y reposo.

Esta corriente incesante de imágenes no sólo dificulta o imposibilita la comunicación, entendida como intercambio de ideas, informaciones, o incluso sentimientos, es decir, como diálogo, como acción compartida, sino que también entorpece la formación de opiniones basadas en las experiencias propias y en la argumentación. Por eso es lógico que la gente que más televisión ve, como los norteamericanos, sea también la menos informada, por bonitas y entretenidas que sean sus presentaciones, incluidos, claro está, los programas informativos.

2. El pensamiento mágico

En cualquier caso, la vida actual no se puede imaginar ya sin los medios de producción y distribución masiva de "comunicación" y entretenimiento, y no "medios de masas", pues ni son de las masas ni las masas se comunican a través de ellos. Nos referimos, claro está, a la prensa, el cine, la televisión, la radio, el mundo del disco, las casettes, los videos, los videojuegos, etc.

La técnica moderna, utilizada en beneficio de todos, esto es, como servicio público, permite a millones y miles de millones de personas informarse, educarse, entretenerse y disfrutar de obras de arte con ayuda de los medios masivos. Pero periódicos, revistas, libros de bolsillo, películas, programas de radio y televisión, videojuegos, etc., presentan una imagen interesada y distorsionada de la realidad que obstaculiza su conocimiento y dominio, en vez de facilitarlo. Así, en los últimos decenios se han desarrollado toda una rama del saber y de la investigación en la que científicos muy especializados se dedican a averiguar cómo se pueden difundir ideas de modo que la gente se las crea. Nos referimos concretamente a la industria de los sondeos de opinión, estudios de imagen, etc. Parece como si asistiéramos a una vuelta al irracionalismo de épocas anteriores, al pensamiento mágico.

El término "magia" o "mágico" parece remitir a formaciones sociales arcaicas, superadas desde hace tiempo, a esfuerzos primigenios del ser humano por el dominio de la naturaleza, a actitudes primitivas, previas al pensamiento racional, o incluso a residuos ocultistas que perviven en las subculturas. Pero el pensamiento mágico sigue siendo una forma de

conocimiento y un modo de abordar la realidad presentes en la sociedad actual.

Cuando la realidad aparece fragmentada y dividida, cuando el entorno genera incertidumbres y angustias que dificultan su dominio, el ser humano recurre al pensamiento mágico que le da unidad y dominio imaginarios. Al proyectar y objetivar la fuerza del pensamiento en rituales, símbolos y signos estereotipados, el ser humano reproduce el fenómeno mágico, la forma primitiva e irracional de apropiación de la realidad.

El pensamiento diferenciado, crítico, se realiza, sin embargo, como toma de conciencia de la realidad plural y contradictoria. Este tipo de conocimiento exige el esfuerzo constante de las personas por aplicar el instrumento de la razón al dominio de su entorno.

Para el observador crítico no resulta difícil distinguir en la economía, la política, la medicina y, sobre todo, en la comunicación de masas de la sociedad actual la presencia de formas neomágicas. Se está generalmente de acuerdo en que la magia aparece en las situaciones que amenazan la vida y, por tanto, conducen a tensiones sociales y personales. En los momentos de crisis, la magia restablece el equilibrio del individuo.

En la sociedad moderna actual, lo que políticamente se denomina "el mundo occidental", perviven aún manifestaciones más o menos evidentes de la magia, aunque haya desaparecido como "institución" social. En ciertos aspectos se presenta incluso amplificada por los denominados "medios de masas", desde los periódicos a la televisión, con los espacios dedicados a la astrología, el espiritismo o la parapsicología. ¿Qué es el horóscopo cotidiano sino una forma más o menos lúdica de control social a través de las advertencias y los consejos, un juego con los miedos y angustias, con la incertidumbre social y las carencias y sueños personales? En cualquier caso, un juego peligroso con la ignorancia. Las religiones esotéricas, el ocultismo, la quiromancia, etc., con sus crímenes incluidos (los de Almansa y Huelva, por ejemplo), no constituyen un residuo de épocas primitivas. Basta con echar un vistazo a las numerosas publicaciones y películas dedicadas a estos temas. La magia, lo sobrenatunal y lo extraterrestre (E. T., Guerra de las Galaxias y tantas otras) demuestran que la magia se ha convertido en un producto de moda.

Como objeto de consumo, la magia se produce hoy de manera organizada, forma parte de la actividad socioindustrial y abarca círculos cada vez más amplios, insertándose en la vida cotidiana de las masas.

El pensamiento mágico ha sido y sigue siendo una forma elemental del dominio de la realidad circundante. Lo mágico aparece al principio y al fin de todo proceso de conocimiento, esto es, cuando el conocimiento no es todavía un proceso o ha dejado de serlo. La pérdida de identificación con las estructuras y los productos de nuestra cultura produce la polarización de lo mágico como unidad sustitutiva de lo real y orientada al sujeto. Así, por ejemplo, el dinero deja de ser un medio para convertirse en algo con cierto espíritu mágico, sobre todo cuando se sustituye por la "dorada" tarjeta de crédito que abre las puertas de Sésamo de los cajeros automáticos. La presentación y venta de los productos a través de la publicidad comercial, el desarrollo tecnológico de los medios de comunicación, la expansión de la electrónica y los ordenadores domésticos, consolas de videojuegos, etc., pierden cada vez más su significado general como valores relacionados con una cultura y adquieren un significado propio, en cierto modo mágico. La moda de la ciencia ficción, difundida sobre todo a través del cine, equivale a una exaltación mágica de la ciencia y de la tecnología, como si no fueran hombres y mujeres de carne y hueso quienes las manejan y se aprovechan de ellas. La misma información adquiere un significado mágico en el momento en que, cualquiera que sea su relación con los hechos que describe, asume una dimensión objetiva y una eficacia propias y se convierte en hecho por sí sola. Ante la pérdida de unidad cognitiva y la desintegración que acompaña toda crisis cultural, hasta las formas racionales de conciencia, como la sociología o la teoría de la comunicación (véase M. McLuhan, por ejemplo) adoptan un significado mágico. El sociólogo o el psicoanalista se convierten en los brujos modernos capaces de orientarnos y salvarnos de los maleficios de la "jungla" (de asfalto) moderna, con su maraña de peligros y de monstruos, de incertidumbres y de angustias. Y si todo eso falla, queda el recurso a la droga. como producción artificial de una evasión mágica de la presión insoportable de la realidad circundante.

En los periodos de crisis se acentúa la fragmentación social, florecen toda clase de sectas y grupúsculos que se consideran depositarios de la "verdad", esto es, de la fórmula mágica que garantiza el bienestar y la salvación del "individuo". Pero no nos encuentran un puesto de trabajo fijo y digno.

Por otro lado, la apropiación cada vez mayor de la naturaleza por la industria, la organización y la técnica hace que la vida sea cada vez menos sensual y natural, esto es, más artificial y alejada de la naturaleza. Este "extrañamiento" se extiende incluso a la propia naturaleza social, a las relaciones con nuestros semejantes. Los medios de comunicación de masas, o mejor dicho, de producción masiva de comunicación, especialmente la televisión, no son ajenos a este proceso.

Para explicar las relaciones entre magia y sociedad pueden utilizarse los parámetros de distancia, ya sea psicológica, cognoscitiva, espacial o social, y el dominio, o mejor aún, la apropiación. La distancia reclama a la magia, y ésta a aquélla, especialmente en las relaciones sociales. Así, por ejemplo, y remitiéndonos exclusivamente a la sociedad moderna, la distancia existente entre consumidores y productores requiere la introducción de las promesas y formas mágicas del reclamo comercial. La distancia entre dominadores y dominados hace necesario el uso de imágenes, símbolos y palabras con funciones mágicas. La distancia, en fin, que separa a los "medios de masas" de los destinatarios de sus mensajes impide que esos medios desempeñen una función educativa propiamente dicha. No existe la relación dialógica realmente enriquecedora. De ahí que la relación se mantenga mediante imágenes de tipo evocativo, es decir, con valor mágico. El uso de esas imágenes aumenta a medida que lo hace la distancia psicológica (diferencia de lenguaje, conceptos, etc.) entre productor y consumidor del mensaje.

Puede decirse que, en las relaciones sociales, el recurso a lo mágico aumenta en proporción directa con la distancia y con la disgregación social. Las figuras de gran prestigio o autoridad social aparecen públicamente rodeadas de un halo mágico. Los dirigentes políticos, y muy en particular los grandes dictadores, adquieren, en cuanto expresión del dominio de uno sobre muchos, un significado mágico que ellos buscan y utilizan. El

"desencanto" con la propia política se sublima en el "encanto" con otros países y culturas distantes y exóticos, o con los video y juegos electrónicos.

Asimismo, el concepto de magia va íntimamente ligado a la idea de poder. En política, la voluntad de dominio y de control relama el pensamiento mágico porque ese dominio no se efectúa mediante el razonamiento o la demostración, sino mediante evocación y símbolos, con imágenes y representaciones capaces de coaccionar a los seres humanos. Así, como factor de integración social, la magia crea poder y el poder procura darse significado mágico ("Caudillo de España por la gracia de Dios").

Como ya se ha apuntado más arriba, la magia es un tipo de relación del individuo con su medio ambiente, con un mundo exterior donde la angustia y/o la voluntad de dominio y control se imponen al deseo de explicación y argumentación. Cierto, el pensamiento mágico también es conocimiento, pero estrechamente vinculado al fin que se persigue.

El "cientifismo" de la sociedad moderna ha llevado a la especialización, esto es, a la parcelación de la actividad científica. Vivimos en la era de los "expertos", y a todos los niveles, tanto universitarios como laborales. Época que tan maravillosamente parodió en la década de los 30 Charles Chaplin en su película Tiempos modernos. Ya no se lleva pensar, es peligroso, además de poco rentable, de producir poco dinero. Esta fragmentación del conocimiento, llamado positivismo, pragmatismo, etc., aunque algunos hayan intentado camuflarlo con verborrea marxista, obstaculiza la visión de conjunto, oscurece las conexiones de los diversos fenómenos (una cosa es por las demás, decía Hegel), oculta la dinámica de las cosas y la coherencia de la realidad. Ante la ausencia de un marco general de referencia surgen la incomprensión, la incertidumbre, la angustia, y en último término la sumisión o resignación.

Y es precisamente en este caldo de cultivo donde reaparece la función sustitutiva y unificadora del pensamiento mágico. La reducción unidimensional de la realidad producida por la especialización recrea formas primitivas de conocimiento. El progreso conseguido mediante la parcelación científica se paga con el regreso a formas de conocimiento sustitutivas, irracionales. Esta parece ser la paradoja actual. Pues, el camino

de la racionalidad no es el de la reducción unidimensional. El pensamiento mágico aparece cuando se niega la existencia y la autonomía de formas diversas de conocimiento.

La mediación efectuada por el pensamiento mágico reduce las contradicciones hasta el punto de eliminarlas. Su misión es la unificación de lo que se presenta dividido, disgregado. Y es aquí, como mediadora comunicativa, donde la magia se da la mano con los "medios de comunicación de masas".

Como se sabe, la repetición es uno de los elementos que sustentan la fe en la posibilidad de someter las fuerzas de la naturaleza y de la sociedad. Como principio de la práctica social, la repetición tiene su origen en el ritmo de las constelaciones y de las estaciones del año y en el biorritmo del organismo humano. De ahí que todas las magias se hayan esforzado en hacer coincidir el tiempo subjetivo de la vida con los ritmos cósmicos y con el ritual periódico. Cierto, desde los cultos primigenios hasta los informativos horarios de la radio han cambiado mucho las técnicas de la comunicación. Pero ésta no ha podido renunciar a los signos y símbolos, ni a la repetición. La clave del poder mágico de la comunicación de masas reside en la repetición, ya sea distribuida periódicamente mediante el ritual del calendario (prensa, televisión, radio), o por medios no periódicos (libro, disco, etc.) Mussolini, Hitler, Stalin, Franco y las encarnaciones "menores" de la fe personificada del siglo XX han utilizado la dirección de masas, la prensa, la radio y ahora la televisión según el criterio de que la ceremonia bien estudiada, con la fórmula o el grito mágico justo, producirán los resultados deseados. Basta recordar el "Sieg! Heil! Sieg! Heil! Sieg! Heil!" de los nazis alemanes o el "¡España! ¡Una! ¡España! ¡Grande! ¡España! ¡Libre! ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!" de los fascistas españoles. La repetición regular y periódica activa la disponibilidad a la regresión en la identificación mítica. Identificación significa aquí disolución del yo en las prescripciones sociales: cerrar el puño cuando todos lo cierran, levantar el brazo con la mano extendida cuando todos lo levantan, arrodillarse cuando los demás se arrodillan, ponerse el traje de noche o el pantalón vaquero cuando todos lo hacen. Estas heterodeterminaciones no verbales, estas formas que tienen otros de determinar nuestros actos incluso sin darnos

órdenes, la forma de ejercer violencia simbólica a través de la ritualización, prefiguran lo que debe hablarse y lo que no debe hablarse en su ejecución (Pross).

La comunicación de los denominados "medios de masas" sigue el mismo esquema: los pocos organizan periódicamente el ritual para los muchos. Además, la abreviación de los períodos promete mayor seguridad al sujeto al vincularlo más estrechamente con el acontecer. Así ocurre, por ejemplo, con los informativos de la radio en los momentos de crisis sociales y políticas. La condición fundamental de toda mitificación consciente es el control de los ritmos temporales del ritualismo social.

Cuando es imposible o improbable el empleo racional de las informaciones, el rito de la transmisión es el elemento integrante de imágenes teóricas diferentes. "La televisión" se convierte entonces en el acontecer, en "el mundo". Reaparece así el pensamiento mágico. Este proceso de identificación indiferenciada, irracional, de los sujetos con los contenidos imaginados puede manipularse. De ahí que la magia cotidiana del programa se presente como medio de la producción individual de mitos.

Los medios de información periódica se diferencian de otros por estar sujetos a las limitaciones del calendario. Al seguir el ritual del calendario concentran en la actualidad las tensiones latentes de la violencia simbólica, es decir, reproducen la simbología dominante en mensajes reducidos (Pross). El resultado inevitable es que los mensajes así reducidos resaltan el detalle u ocultan el todo. El árbol no deja ver el bosque.

Ahora bien, al diferenciar para el día, para la "actualidad", los medios periódicos refuerzan la indiferencia para lo que no se comunica. Lo que no se publica, aquello de lo que no se habla, es como si no existiese.

La presión de los plazos lleva a la reducción, al estereotipo, a la economía de señales, a la producción de "miniaturas simbólicas temporalmente comunicables". Las nuevas técnicas, o al menos el uso que se hace de ellas, refuerzan y aumentan los estereotipos.

Con la mayor diversidad de ofertas audiovisuales se incrementan las comunicaciones reducidas a costa del discurso lingüístico. Los efectos psicofísicos a largo plazo están aún por investigar. Sin embargo, existen ya suficientes indicios acerca del empobrecimiento lingüístico y, por tanto,

conceptual, de los jóvenes que se han criado con la televisión, inmersos en el mundo de la imagen y de los decibelios de la discotecas. Cada vez resultan más evidentes sus problemas de articulación y su pérdida de audición, por ejemplo. Por lo que se sabe del estado actual de esta investigación, parece ser que los políticos, y los hombres públicos en general, tendrán que adaptarse cada vez más en las competiciones electorales a las imágenes que han adquirido validez mediante los estereotipos de la industria del reclamo (eso que eufemísticamente se llama "publicidad") y la del entretenimiento. La formación de la conciencia y de la voluntad políticas, cada vez más complejas en virtud del aumento global de las informaciones, se reducen simultáneamente en la comunicación estereotipada que presenta los conocimientos de la realidad, la conciencia y esa voluntad política cada vez más simplificados, menos diferenciados. De este modo tiene que aumentar necesariamente la discrepancia entre el pueblo y sus delegados, en lugar de reducirlas mediante la comunicación recíproca, dialógica, mutuamente enriquecedora. Ejemplos de reducción mágica en política y en comunicación social: cuando el análisis de la realidad política se sustituye por el grito o por el eslogan, cuando las señas de identidad de un partido se remiten a sus símbolos en vez de a su práctica transformadora, cuando se toma por opinión pública la opinión publicada de unos cuantos, o por realidad la definición interesada que esos pocos den de ella.

En el ámbito de la prensa, la hiperabundancia de publicaciones de entretenimiento y distracción (prensa del corazón, por ejemplo) frente a la escasez de diarios políticos (prensa de partido) no ha conducido a la ampliación del espectro de opiniones, sino más bien al aumento de los estereotipos sociales creados por unos cuantos productores dueños del mercado. La televisión, por su parte, no es una visión a distancia, en el sentido de unos prismáticos o de un telescopio, que refuerce la percepción de la realidad. Al contrario, es un espectáculo a distancia que alguien selecciona y se encarga de meter en nuestra casa. Los medios audiovisuales y las nuevas tecnologías han facilitado enormemente el control y el acceso de unos pocos a millones de personas. La supuesta democracia aportada por esta técnica se reduce al gasto millonario de técnica. Pues, son millones y

millones los que mediante el gasto financiero empleado en la adquisición de los aparatos y el gasto de tiempo biológico dedicado al consumo de emisiones socialmente ritualizadas permiten la reducción del gasto de señales para la minoría de productores y dueños de los medios.

En el lenguaje, la metáfora, como imagen lingüística, reduce el discurso. La imagen lingüística puede facilitar la comprensión, pero no contribuye en nada a la explicación, ya que la explicación gráfica introduce otro modo de representación. Se "ve" lo que quiere decir "la nave del Estado", pero esta imagen no dice nada acerca del Estado, sino que transporta al oyente a una representación (gráfica) del Estado. La reducción disminuye todavía más el gasto de señales. Expresarse con brevedad significa dejarse cosas fuera, descontextualizar la información. Pero esto no significa que esas cosas, relaciones, contradicciones, etc., no existan, sino que son desplazadas. Al mismo tiempo, cuando se comunica algo, ese algo adquiere un significado y una relevancia que no son los que tiene de por sí, sino el que se le dé. Como se sabe, toda información es selectiva e interesada, axioma que el lenguaje popular resume en el dicho de que cada uno cuenta la feria según le va.

Puede decirse entonces que cuanto más corta y estereotipada sea la comunicación, tanto mayor será la violencia psicológica y el poder mágico de los medios, y tanto menor el significado que puede utilizar para sí mismo el sujeto receptor.

La producción industrial de comunicación y de entretenimiento audiovisual se efectúa con arreglo a las normas de la técnica, otro de los rasgos distintivos de la magia. Como en el resto de las industrias, se produce en serie, de forma estandarizada. El lenguaje periodístico, los manuales de estilo, formatos, informativos de radio y televisión, seriales, culebrones, etc., confirman esta producción estandarizada y uniforme.

La comunicación estandarizada borra la distancia crítica del consumidor con su entorno, obstaculiza la reflexión necesaria para su conocimiento y dominio. De ahí que refuerce el poder de los pocos al ocultar las contradicciones y conflictos, al suprimir la diferencia entre imaginación y percepción, deseo y satisfacción, imagen y cosa. La sociedad productora y consumidora de comunicaciones simplificadas y estandarizadas es una

sociedad de necesidades insatisfechas. Semejante sociedad se revela como presa fácil de los intereses autoritarios de los pequeños grupos productores.

El argumento racional de la simplificación técnica se basa en la superioridad distribuidora de los pocos, manifiesta en el hecho de que son los muchos los que vienen a los pocos.

La mediación efectuada por los "medios de masas" es, por tanto, unificadora e indiferenciada.

Cierto, para vivir y actuar el ser humano necesita ordenar sus conocimientos en un marco general de referencia que les dé sentido. Tanto en la sociedad primitiva como en la industrializada y postindustrial, el ser humano debe prefigurar su mundo y construir su modelo de universo. Si se dispone de un modelo racional, el conocimiento se obtendrá mediante diferenciación y sistematización. Pero si se carece de él, como ocurre con el pensamiento mágico, se reafirma la imagen homogénea donde personas y estados de cosas interactúan sin saber por qué, sin conocer sus relaciones. Las diferenciaciones establecidas por el pensamiento racional recaen así en la indiferenciación primitiva, en el conocimiento infantil.

En la era de la técnica y de la especialización, el pensamiento mágico, indiferenciado, es una forma de integrar los "vacíos" y carencias afectivas de la vida cotidiana, creados por la fragmentación del conocimiento y de las relaciones sociales. Apoyándose en el principio de que la técnica y la ciencia son omnipotentes, surge la creencia de que se puede saber a través de los medios, de que se puede conocer el mundo mediante el consumo asiduo de comunicaciones mediadas.

Ahora bien, cuanto más numerosas son las informaciones que recibe el sujeto individual, cuanto más complejas devienen las redes de la mediación social, tanto más probable será que ese sujeto esté sobrecargado como "recipiente" y colocado en la imposibilidad de reducir esas informaciones a su experiencia personal. O de dirigir el pensamiento hacia sí mismo, distanciamiento que establecería la premisa de la diferenciación. Donde la reflexión es imposible, el mundo recibido debe considerarse como "la realidad". Como decíamos más arriba, expresiones como "de cine". "tan bonito como en la tele", "es verdad, lo he visto en la tele", etc., revelan esta confusión. La autenticidad de la percepción difusa con el medio técnico

hace que la imagen televisiva o el texto de prensa sean la cosa misma. Lo "esencial" es haberlo oído, visto o leído en la radio, la TV o el periódico o la revista del corazón.

El propio contenido de un diario o de un informativo de radio o televisión no sólo plantea tareas insolubles a la capacidad de discernimiento del receptor individual, sino también la de los mismos redactores. Nadie puede reconocer el conjunto de las informaciones recibidas a través del proceso continuo de información. Y quien carece de competencia se ve integrado por la magia de un realismo ingenuo que considera el mundo como dado en la percepción y, por lo tanto, cognoscible.

Se prometen informaciones y conocimientos. Pero, salvo la previsión del tiempo, útil para la excursión dominguera, lo que se transmite raras veces es reducible a la práctica directa de la vida. La fe en la información se diluye en muchas noticias que se olvidan al cabo de una o dos horas y con las que el receptor no sabe qué hacer porque no está en condiciones de comprender su origen, su alcance ni su significado. Cuanto mayor es la fe en la información, más dogmático es el retorno al mito. Los déficits racionales se satisfacen emocionalmente. La fuerza bruta se rebela entonces contra los símbolos de la magia ineficaz: revueltas estudiantiles contra los catedráticos y el sistema de enseñanza, ataques a los representantes políticos, saqueos de los almacenes, etc.

Por último, la fe en la información ha producido la impresión de que la prensa , la radio, la televisión o el cine sean medios de información o comunicación. Si se miden por su volumen de producción, los medios sirven sobre todo al reclamo publicitario y al entretenimiento. La prensa del corazón es muchísimo más numerosa que la de información general, la radio es por encima de todo un instrumento musical y la TV un largometraje transmitido en casa. Como se sabe, el video se compra para ver todavía más películas y más televisión. Se utilizan primordialmente, no para reducir la ignorancia, sino para cubrir temporal y ficticiamente los déficits emocionales con la distracción, para matar el tiempo, por decirlo con una expresión muy española.

La conciencia indiferenciada responde a la vida sentimental estereotipada. El pensamiento mágico, acrítico, crea una conciencia

conformista, sumisa. Pero esto significa dejar en manos ajenas la solución de los problemas propios, con lo que pueden manipularlos fácilmente en interés suyo. Ahí radica el peligro de entregar las riendas de los asuntos personales en manos de especialistas o del nuevo credo académico. Autodeterminación significa, sobre todo, liberarse de las angustias y tomar conciencia de las determinaciones ajenas, a fin de superarlas.

La reproducción de la vida en datos e informaciones no basta. El hombre pequeño, perdido en la masa, quizás pueda interesarse por los datos en que se puede descomponer su mundo. Pero siempre buscará una imagen con la que pueda recomponerlo y le sirva para identificarse con su entorno y superar sus carencias afectivas. Por eso la imagen substituye a la información, el pensamiento indiviso a la reflexión y el mito que rodea el poder al pensamiento crítico.

Donde impera el mito, el culto ocupa el centro de la atención, desde el culto de la personalidad hasta el culto sentado de la televisión. El pensamiento mágico es el antídoto de la inteligencia, cuya acción disgregante podría destruir tal vez la cohesión social con su espíritu crítico. La concepción de la realidad como el peor enemigo del hombre y, por consiguiente, la explotación de la "ilusión redentora" se ha convertido desde hace tiempo en la máxima de la industria del entretenimiento. El sentimiento se ha convertido en mercancía rentable. Hasta la intimidad del propio dormitorio se puede comercializar a través de los videos domésticos.

De ahí que, como la conciencia es el resultado de la acción y la experiencia, haya que crear otras condiciones sociales de vida y de trabajo, así como de ocio y asueto, que permitan al ser humano enriquecerse con experiencias personales y no permitir ninguna "explotación de sus almas" por poderes ajenos. Aun no han averiguado los sociólogos la cantidad de ocio socialmente necesario para el desarrollo armónico y pleno de la personalidad.

3. La manipulación

Además de enseña militar de los romanos y ornamento sacerdotal, el manípulo era también el manojo de forraje que se le ponía al burro delante del hocico, pero no a su alcance, para que, al perseguirlo, tirase de la carga que otro le asignaba.

Según el diccionario de la lengua, manipular significa "operar con las manos, trabajar demasiado una cosa, manosearla, manejar uno los negocios a su modo, o mezclarse en los ajenos", y, por último, "intervenir con medios hábiles y a veces arteros, en la política, en la sociedad, en el mercado, etc., con frecuencia para servir los intereses propios o ajenos".

Así que, etimológicamente, manipulación vendría a significar una intervención consciente en un material con un fin determinado. En este sentido se dice que el alfarero manipula la arcilla o que el realizador de cine o televisión manipula las imágenes filmadas. Aquí nos vamos a referir a la manipulación de los contenidos de conciencia, de los mensajes de los medios de comunicación, en su sentido más amplio. Se trata de una intervención que tiene consecuencias sociales y, por consiguiente, constituye un acto político.

Cierto, la utilización de los medios presupone siempre una manipulación. Cualquier proceso de producción comunicacional, desde la selección del medio, la grabación, la mezcla, la realización y la distribución, es una intervención, una manipulación en el material existente. Lo que importa, como decía Enzensberger en 1969, tras los acontecimientos del "mayo" francés y alemán del año anterior, no es que los medios y los

mensajes de la industria de la conciencia sean manipulados o no, sino quién los manipula y en provecho de quién, al servicio de qué intereses.

Ahora bien, en el contexto de la sumisión de las conciencias y de la formación de la opinión, vamos a entender la manipulación como comunicación de los pocos orientada al dominio de los muchos. El primer paso para ser dueños de nuestras vidas y de nuestro futuro se inicia con el conocimiento de las trabas interesadas que otros nos ponen en el camino para llevarnos a su huerto. Por eso conviene tener claro el concepto de manipulación y sus objetivos antes de pasar a describir las técnicas que utilizan esos pocos para conseguir sus fines.

La manipulación espiritual, como comunicación orientada al dominio ideológico, persigue adaptar todo lo posible al sistema social vigente la conciencia y las actividades, incluidas las de su tiempo libre, de la mayoría de la población, en contra de sus intereses objetivos y, por consiguiente, subordinarlos a los intereses minoritarios. Los más deben someter su imagen del mundo, su comprensión de las cosas, sus hábitos de pensamiento, sus sentimientos, sus gustos, en suma, su forma de vida, a los intereses de los menos. La manipulación significa la deformación espiritual del pueblo, privarlo de sus facultades y actividades creadoras. A través de ella se menoscaba sistemáticamente la subjetividad del individuo, esto es, su personalidad. Manipulación significa uniformidad del espíritu, degradación de todo el ser humano a objeto, o a simple número contable que se vende a X pts. el millón de telespectadores en las audiencias de televisión, por ejemplo. El receptor y consumidor de los mensajes y productos de esta industria de la conciencia y del entretenimiento no participa en la planificación, la dirección, las decisiones ni la gestión de esta producción. No se trata, como decía McLuhan, de que el medio sea el mensaje, sino de que todos los medios transmiten el mismo mensaje, y hasta la misma foto. Por eso, "lo que la gente ve, lee y escucha, lo que viste, lo que come, los lugares adonde va, y lo que cree estar haciendo, han pasado a ser responsabilidades de un sistema de información que fija gustos y valores en función de sus propios criterios de mercado, los cuales, a su vez, se refuerzan a sí mismos" (H. I. Schiller, Los manipuladores de cerebros, p. 189).

Para conseguir esa uniformidad de la conciencia en una sociedad dividida por contradicciones antagónicas se aplican métodos psicológicos que se han confirmado con éxito en la "publicidad" comercial, en la industria del reclamo.

Con los recursos científicos de las disciplinas más diversas (sociología, estudios de opinión, psicología, politología, relaciones públicas, estudios del comportamiento y de las motivaciones, teoría de la comunicación, etc.) se obtiene un pensamiento en modelos preformados. Una manera de pensar que, además, refuerza la apariencia de que se actúa libremente. Bajo el manto de una supuesta libertad de expresión, los pocos que realmente disfrutan de ella, es decir, los pocos que disponen de los medios para expresarla, intentan moldear sistemáticamente las conciencias de millones de personas, los condenan a la minoría de edad intelectual, los educan para ser dóciles, para soportar, sin críticas, el sistema de dominio y explotación vigente, y para considerar como propios los ideales falsos de este sistema. Las actuaciones y conductas resultantes se presentan como decisiones "libres", autodeterminadas, cuando en realidad son inducidas, heterodeterminadas.

Como fenómeno típico de la vida espiritual en esta autodenominada "sociedad libre de mercado", la manipulación de las conciencias parte, entre otras, de las siguientes condiciones previas:

1) La concentración sin precedentes del capital en los sectores clave y, al mismo tiempo, la reciente caída de la tasa de beneficios.

2) El consiguiente problema de la valorización del capital y la búsqueda de nuevas inversiones.

3) El desarrollo del sector terciario, de servicios.

4) La eliminación de las fronteras nacionales por necesidades de expansión del capital, aunque, por otro lado, se estén creando continuamente nuevas fronteras y conflictos étnicos.

5) La agudización de las contradicciones del capitalismo, especialmente entre el Norte y el Sur, entre pobres y ricos.

6) La existencia de medios técnicos modernos y conocimientos científicos, eso que se suele englobar en el concepto de "nuevas

tecnologías", que permiten el ejercicio unitario del poder económico e ideológico sobre toda la sociedad.

7) Una oferta masiva de mercancías que estimula el consumo como ideal deseable.

8) El progresivo abandono de la idea de "lo público", lo que ha llevado a la marginación de los servicios públicos en cuanto organización y modo de regulación del sistema.

9) El consiguiente proceso de desregulación y privatización, la implantación de criterios de rentabilidad financiera, en vez de criterios de rentabilidad social.

10) La comercialización de todos los aspectos de la vida material y espiritual de los ciudadanos, lo que lleva, necesariamente, a que el producto barato, esto es, el producto indiferenciado, uniforme, determine la producción y los programas. El efecto final de la comercialización es, como se sabe, el entretenimiento de productos fabricados en serie y guarnecidos de reclamos comerciales.

11) Lo que se impone es el valor de cambio de la información y del entretenimiento como mercancía destinada a compensar ilusoriamente las carencias afectivas de la mayoría de la población, y no el valor de uso .

12) La industria de la comunicación y de la conciencia, principal instrumento de dominio y sumisión, se ha convertido en un sector estratégico en lo económico, lo político y lo cultural.

La manipulación va dirigida al pensamiento, los sentimientos, las acciones (y omisiones), a toda la persona. Desde la esfera íntima hasta la presentación pública en el trabajo, en la escuela o en la política, no queda un solo aspecto, una sola esfera de la vida que no reciba su influencia. El objetivo final de la manipulación es la pasividad y la sumisión. La manipulación de las mentes es una guerra psicológica planificada, dirigida con conocimientos científicos, contra el desarrollo progresista, esto es, solidario y cooperativo, del ser humano, o lo que es lo mismo, contra el progreso social.

En lo que se llama "sociedad libre de mercado", el cometido de la industria de la comunicación, como el de cualquier industria, estriba en producir beneficio, más aún, en estimularlo y, sobre todo, en manipular a la

mayoría de la población de manera que no emprendan acciones contra el sistema de economía privada, sino que lo apoyen y extiendan. La razón de ser de la manipulación se fundamenta en las leyes que rigen la economía de mercado. Por eso hay quien la califica de "instrumento de conquista" como hace Paulo Freire en su libro Pedagogía del oprimido. La manipulación, dice este católico brasileño, es uno de los recursos mediante los cuales "las elites dominantes tratan de hacer que las masas se amolden a sus objetivos." Valiéndose de mitos que explican, justifican y hasta embellecen las condiciones existentes de vida, los pocos que disponen de los medios vuelcan el apoyo en favor de un orden social que no sirve a los intereses de la mayoría. Si la manipulación tiene éxito, la gente no piensa en otros ordenamientos sociales ni, por consiguiente, se decide a cambiar el orden existente.

Dicho en otros términos, la función primordial de la industria de la comunicación, la conciencia, el entretenimiento o como quiera que se la denomine, en la sociedad capitalista estriba en desorganizar y desmoralizar a los sometidos. Neutraliza a los dominados, por un lado, y consolida, por otro, la solidaridad con la clase dominante y sus intereses. Al fin y al cabo, "los ricos también lloran", tienen problemas con sus hijos, etc. Los modelos de conducta que presentan se basan en el éxito personal, el individualismo, el asilamiento y la fragmentación social. Lo colectivo no conduce a ninguna parte.

En suma, se manipula cuando se producen informaciones que no reflejan los intereses y necesidades de los consumidores, cuando se producen deliberadamente mensajes que no concuerdan con la realidad social.

Lo opuesto a la manipulación es la formación de conciencia crítica y voluntad democrática para el desarrollo multilateral de la personalidad humana. Para eso se requiere, entre otras cosas, la transformación del sistema de producción material y espiritual, del sistema de enseñanza, la creación de condiciones reales de acceso que permitan la libertad concreta de expresión para todos, la supresión de las medidas estatales que limitan estas libertades, el freno y la anulación de la influencia de los monopolios y oligopolios en la formación de la opinión pública y en la cultura. Habría

que convertir a las mayorías, al pueblo, en protagonistas de los medios, utilizando para la formación de su opinión los ejemplos y modelos vivos, concretos, en todos los aspectos de la vida. El pueblo como protagonista implica que las mayorías trabajadoras elaboren sus noticias y las discutan.

4. Técnicas de manipulación

a) La selección

Una de las técnicas más desapercibidas de manipulación consiste en seleccionar y difundir las informaciones y conocimientos que mejor satisfacen los intereses y objetivos de los productores. Hacer objeciones a esta selección equivaldría, según los pocos que seleccionan y deciden para los muchos, un atentado a la libertad de expresión, de comercio, de creación, etc. etc.

Ahora bien, la información es, por su naturaleza, selectiva. No se puede publicar todo lo que acontece. Los periódicos y revistas tienen un espacio, un número de páginas, limitado. Otro tanto ocurre con los espacios y tiempos de la radio y la televisión. Por eso hay que seleccionar entre el flujo incesante que sale de los corresponsales y agencias, se criba en éstas, se envía a las redacciones que, a su vez, vuelven a seleccionar, de modo que, al final, apenas se publica un 1% de lo que originariamente se produjo. Se trata de un despilfarro enorme que valdría la pena analizar.

Como es lógico suponer, cada uno selecciona de acuerdo con sus gustos, educación, ideología, intereses, necesidades, etc. En la formación social que se denomina de "libre mercado", es decir, en el capitalismo, se selecciona lo que se cree que se va a vender mejor y a más gente.

Sea como fuere, debido a la concentración existente en esta industria de la conciencia, o del entretenimiento como la llaman otros, la verdad es que sobran los dedos de una mano para contar las agencias internacionales que seleccionan los acontecimientos y las imágenes que vemos en la mayor parte del mundo. Otro tanto vale decir con la producción de películas o

series televisivas, libros de texto, etc. Baste recordar la información sobre la Guerra del Golfo efectuada en exclusiva por la cadena norteamericana CNN y los periodistas previamente cribados e informados por los militares del Pentágono, que el 95% de las imágenes difundidas por los medios de comunicación las suministra una agencia yanqui o que el 90% de los conocimientos almacenados en los bancos de datos del mundo son de propiedad privada norteamericana.

En suma, que estos pocos tienen el poder de definir la realidad para los muchos, de decirles lo que pasa, lo que es bueno y malo, lo que hay que hacer y no hacer, cómo hacerlo, etc. Este poder de fijar el programa social de cualquier comunidad es la clave del control social. Lord Nordcliffe, dueño de uno de los consorcios más poderosos de periódicos de principios de siglo, lo explicaba así, sin pelos en la lengua: "Dios enseñó a los hombres la lectura para que yo pueda decirles a quién deben amar, a quién deben odiar y lo que deben pensar."

Y lo que nos cuentan suele ser casi siempre la historia de los otros, no la nuestra. Y si estamos ocupados en vivir la historia de los demás no tenemos tiempo de preocuparnos de la vida propia. Pues si nos ocupásemos de ella y descubriéramos cómo la determinan otros, no nos quedaríamos de brazos cruzados e intentaríamos cambiarla a mejor.

b) Silenciamiento

El sencillo método de manipular comunicando tan sólo lo que a uno le conviene implica, claro está, el de silenciar lo que no conviene. Los gobiernos, por ejemplo, tienen un formidable instrumento de control en el silenciamiento de informaciones vitales para la población, en su negativa a suministrar información, como ocurrió en España durante la Guerra del Golfo con la cuestión de los vuelos y suministros de tropas norteamericanas.

Cuando la verdad no responde a los intereses del capital no se trata de mentir, sino de no decir la verdad. Este método es más difícil de ver para los lectores, oyentes y telespectadores.

Se informa de modo selectivo, pero creíble. sobre fenómenos, detalles, sin explicar la esencia del sistema, sin contexto.

Los gobiernos se gastan cientos y miles de millones en acumular informaciones que luego silencia por razones de estado, de interés nacional, etc., y que luego se reparten unos cuantos. Ejemplos : exjefes de Estado que se llevan miles de documentos que aprovechan luego para redactar sus memorias y hacer negocio privado con ellos. Por eso se dice que la información es poder, o que el poder se ha basado en la ocultación de la información, en los arcana.

Otro tanto ocurría en los países socialistas.

c) La comunicación protocolaria

La mayoría de las noticias de los medios de comunicación, especialmente la televisión, se refieren a las actividades de los gobernantes. La televisión prefiere noticias que se puedan presentar con imágenes. En los desplazamientos, visitas e inauguraciones de los jefes de Estado y de los gobernantes vemos cómo bajan del avión, saludos de rigor, presentación de armas e himnos nacionales, cómo llegan los grandes coches, los acompañantes y guardaespaldas abren las puertas, cómo los gobernantes miran con gestos estudiados a la cámara. A veces no se distingue si están en Madrid, en Bruselas o en cualquier otra capital. Las imágenes se parecen como dos gotas de agua. Los personajes que deciden nuestra vida desaparecen tras las puertas y nosotros nos quedamos sin saber qué es lo que se negocia y se firma. Se escenifica así el espectáculo de la democracia. Cuesta bastante trabajo distinguir entre espectáculo, política y reclamo publicitario. Pero lo que siempre prima es el espectáculo

d) Los mitos de la sociedad occidental

La manipulación de las conciencias se lleva también a cabo mediante una serie de mitos que estructuran el contenido de los mensajes. Entre ellos, el estudioso norteamericano Herbert Schiller analiza cinco de estos mitos en su libro Los manipuladores de cerebros.

1) El mito del individualismo y de la decisión personal. Se basa en la supremacía del individuo como valor supremo. Aquí reside el fundamento de la libertad, de la propiedad privada, del triunfo personal a toda costa, etc. Esta manera de presentar el progreso del ser humano oculta interesadamente que lo que llamamos sociedad o cultura humana surgió de la cooperación, la solidaridad y la comunicación. Esto es precisamente lo

que distingue lo humano de lo animal. El egoismo salvaje es precisamente la animalidad.

2. El mito de la neutralidad. La eficacia de la manipulación depende de que no haya pruebas de su existencia, de que las mentes sumisas crean que las cosas son como son y no se puede hacer nada por cambiarlas. Por eso es fundamental que la gente crea en la neutralidad de las instituciones sociales, de los gobiernos, de la enseñanza, de los medios de comunicación y de la ciencia. Pero los hecho refutan esta cacareada neutralidad.

3. El mito de la naturaleza humana inalterable. La opinión que se tenga de la naturaleza humana influye también en el comportamiento de la gente y en sus expectativas. Si se difunde la idea, e incluso se la pretende demostrar "científicamente", de que la condición humana está creada de una vez por todas, bien sea por Dios o por el ADN, genoma humano o como se denominen las nuevas "divinidades" de la ciencia, se admitirá fácilmente que las relaciones conflictivas son propias de la condición humana y no de las circunstancias sociales;

que la agresividad es propia de la naturaleza humana, y por lo tanto incorregible; que, por lo tanto, no vale la pena cambiar el medio social que genera esos conflictos y esa agresividad para con los demás seres humanos. Los efectos sociales de esta tesis son la desorientación, la incapacidad para identificar las contradicciones y sus causas y, lo que es peor, la sumisión y aceptación de la situación existente.

4. El mito de la ausencia de conflictos sociales. Como consecuencia lógica de lo anterior, se impone el mito de que no existen los conflictos sociales, de clase. El conflicto se presenta siempre como un problema individual. Desde el punto de vista de la comercialización, la presentación de los problemas sociales como conflictos colectivos requiere mayor esfuerzo, e incluso molesta a los consumidores, nos dicen los investigadores. De ahí que los entretenimientos y productos culturales de mayor difusión estén tan impregnados de violencia individual. La cooperación, la unidad y la lucha colectivas son conceptos que se presentan como peligrosos.

5. El mito del pluralismo de los medios. Se basa en la ilusión de que al disponer de muchos títulos de periódicos y revistas, de muchas emisoras de

radio o de muchos canales de televisión, el ciudadano puede elegir entre una oferta diversificada. Esta ilusión se ve reforzada por el hecho de que el consumidor opta realmente por uno u otro título o canal. Pero si se miran más de cerca los contenidos se verá fácilmente que son más o menos idénticos. Multiplicidad de botones (canales) no es sinónimo de diversidad de opiniones. ¿Dónde hay, por ejemplo, un periódico o un canal televisivo de izquierdas? El verdadero pluralismo es el de las opiniones diferentes y contrastadas. El aumento de títulos, canales y programas no basta. Si todos ofrecen la misma información protocolaria, la misma música, los mismos espectáculos banales, los mismos concursos y los mismos reclamos publicitarios, no se tendrá ningún pluralismo, sino uniformidad y conformismo, compensación fácil de los déficits emocionales y de la angustias y frustraciones, y, en última instancia, adoctrinamiento.

e) Las encuestas y sondeos de opinión

Actualmente se han convertido en una verdadera industria de la que apenas pueden prescindir la política y la mayoría del resto de industrias. Son técnicas para averiguar y determinar los hábitos y preferencias individuales y colectivos. No son en absoluto instrumentos neutrales, puesto que los gustos e inclinaciones humanos son inseparables de las relaciones sociales existentes. Mediante su publicación se pueden crear estados de opinión, disipar las dudas de los indecisos, estimular el espíritu gregario. A través de ellas no se pretende conocer lo que desea la gente sino, más bien, de saber si los métodos empleados con anterioridad han sido eficaces y si hay que modificarlos. Las encuestas y sondeos se emplean, como es sabido, para dirigir los gustos y las decisiones tanto en la compra de bienes de consumo como en las elecciones políticas.

f) La censura

Es la forma más brutal de intervención para manipular las conciencias. Aunque debe tenerse en cuenta que existen varias clases de censura. Así, en los regímenes totalitarios se practica la censura previa, esto es, la que se efectúa antes de que los productos se impriman y salgan a la calle. También se suele practicar la censura posterior a la impresión y antes de su publicación, de su puesta en venta. De este modo se pueden confiscar periódicos, revistas y libros en los que ya se han invertido gastos

considerables, con la consiguiente pérdida para los editores. Pero tampoco hay que olvidar la autocensura que se hacen los mismos productores (periodistas, escritores, artistas, etc.) antes de ultimar sus trabajos a fin de que guste a las instancias superiores y no les creen problemas.

La censura se vence con la motivación. Cuando se quiere atender al mensaje no valen barreras ni cortapisas. Los españoles que querían oír "la Pirinaica" durante la dictadura fascista lo hacían a pesar de las interferencias. La censura no soluciona nada, tan sólo perjudica a la sociedad que la practica. Los obstáculos que se ponen a la libertad consiguen los efectos contrarios, estimulan aún más el deseo de conocer lo prohibido. Cuando la opinión pública no puede informarse ni expresarse libremente busca sus formas de satisfacer sus necesidades y de articular sus intereses. A la radiodifusión no se le pueden poner muros, como ocurría en la República Democrática Alemana, cuya población escuchaba diariamente los programas de la radiodifusión de la República Federal de Alemania a través de los cuales podían contemplar el fascinante espectáculo del "paraíso" capitalista que tanto los ha frustrado después.

g) La personificación de la política

Los acontecimientos sociales se personifican. Los dirigentes políticos se juzgan por sus atractivos personales, no por sus programas ni por sus logros o fracasos. Los principales problemas se reducen a un análisis de las cualidades personales, sus intereses, sus deslices amorosos, su vida familiar, y hasta por sus vestidos y peinados. Los conflictos sociales se interpretan y presentan como conflictos de personalidades. La guerra del Golfo no es una lucha por el control del petróleo y la independencia nacional de determinados países, sino una cuestión personal entre Busch y Sadam, por ejemplo. Mediante esta personificación se distrae la atención de las masas respecto de los problemas sociales que les afectan.

h) La presentación lingüistica

Como ya mencionamos al hablar de la violencia psicológica o simbólica, el lenguaje sigue siendo el principal instrumento de manipulación. Si los seres humanos desarrollaron el lenguaje para entenderse entre sí y cooperar unos con otros en beneficio de todos, el capitalismo de hoy día los utiliza para confundirlos. Las noticias se

presentan casi siempre sin ninguna conexión entre ellas. Esta fragmentación dificultad e impide su comprensión, pues sin contexto no hay significado. Una cosa es por las demás, decía Hegel. Si no nos presentan las relaciones que existen entre los acontecimientos y los estados de cosas no podemos entender lo que pasa. Explicar la violencia de Irlanda del Norte en términos de católicos y protestantes sin decir quienes ocupan la riqueza y los puestos de trabajo y quienes son pobres y están en paro, no sirve de mucho para saber lo que allí ocurre. Lo mismo podría decirse de los demás enfrentamientos mundiales que aparecen en los medios de comunicación. En el actual conflicto de Yugoslavia sólo parece haber un malo: los serbios, que se califican de "antiguos comunistas". Al comunismo o neocomunismo de Serbia se opone la "libertad" de Croacia, por ejemplo, aunque su gobierno sea fascista. En la "sociedad libre de mercado" se cuentan las monarquías feudales de Arabia y todas las dictaduras latinoamericanas, africanas y asiáticas. El modelo de sociedad democrática y libre por excelencia, los Estados Unidos de América, que con tanto ardor proclama la libertad de personas, mercancías, etc., impone un bloqueo de más de 30 años a Cuba o impide con su legislación proteccionista la importación de mercancías e otros países, entre ellos el nuestro. Y así sucesivamente.

Un método sencillo de averiguar la opinión interesada de los medios de comunicación consiste en observar los adjetivos con que califican a los acontecimientos y personas. Por ellos sabremos cómo los juzgan y qué pretenden, si su cacareada neutralidad e independencia se corresponde o no con la realidad y con la lógica de las cosas.

5. El entretenimiento

Entretener significa compensar durante un rato las debilidades y carencias emotivas y sentimentales. El entretenimiento apela a los déficits emocionales que todos tenemos de vez en cuando. De eso vive esta industria. Pero el objetivo último del entretenimiento ofrecido mayoritariamente por los medios actuales no es el postulado ético de la coexistencia de los pueblos y de las etnias, sino el de ganar dinero con programas que explotan los instintos más primitivos (sexo y violencia). La aspiración de toda cultura ha sido, en cambio, refinar estos instintos. El derecho del más fuerte se contradice con el ideal de los derechos humanos.

Como juego lucrativo con las emociones de los demás, el entretenimiento es en realidad una cuestión política, determinada por lo medios que se utilicen. Quien se distrae diariamente con el asesinato, la muerte, el fraude, la violencia bruta, aprende que el derecho del más fuerte, el egoísmo individualista, predomina sobre los derecho humanos, la solidaridad y la cooperación, y aprende también que la mejor manera de responder a la opiniones es partiéndole la cara a quien las expresa. La simplicidad y singularidad de los puños en vez de la complejidad y diversidad de las opiniones, de la fuerza de los argumentos racionales, forma mirones cínicos y no ciudadanos democráticos, con conciencia crítica y sentimientos solidarios.

El entretenimiento y la diversión de las grandes masas de la población, la organización interesada de su tiempo libre, se ha convertido en una de las industrias más lucrativas y prósperas de nuestros días. Aprovechando las fuerzas productivas más modernas, las nuevas tecnologías de la

información y de la comunicación, como suelen denominarse, ofrecen una amplia oferta para la organización del tiempo libre, entendido como tiempo de ocio, de no trabajo para otros. Pero esto no quiere decir, ni mucho menos, que sea un tiempo de libre disposición, ocupado con actividades organizadas y dirigidas por nosotros mismos. Ahora, esta industria utiliza todas las formas de cultura popular: historietas, dibujos animados, discos y cintas magnéticas, videojuegos, programas de radio y televisión, cine, revistas ilustradas, acontecimientos deportivos, conciertos de rock, festivales, fascículos, libros promocionados por los reclamos, etc., etc. Existe una gran diversidad de productos para escapar a las presiones y angustias de la vida cotidiana, para evadirse a través del juego y del entretenimiento, para intentar satisfacer las esperanzas y los deseos secretos.

Esta explotación interesada de las necesidades humanas de entretenimiento, asueto y relajación cumple también una función importante: distraer a las grandes masas de la realidad, lo cual debe entenderse también en el marco de la manipulación ideológica y la formación de la mentalidad sumisa. No obstante, está muy arraigado el mito de que la diversión y el asueto son neutrales, carecen de puntos de vista interesados y existen al margen de los demás procesos sociales. Al fin y al cabo, ¿qué puede haber de malo en que seleccionemos el programa que más nos plazca, el lugar de veraneo que nos permita el bolsillo, o los videojuegos con que se entretienen nuestros hijos, y de paso nos ahorran la lata de aguantarlos y responder a sus preguntas? Pero si echamos un vistazo superficial a los contenidos no tardaremos mucho en descubrir el negocio de la violencia que se emplea en transmitir la ilusión del oeste salvaje en las películas de vaqueros, por ejemplo. Un "oeste" que desapareció ya para 1875, pero del que todavía se alimenta la fábrica de sueños de Hollywood. O el negocio del horror, el sexo, la pornografía, los cotilleos de las revistas del corazón o las supuestas tertulias (magazines) de las sobremesas. Hasta la guerra y la muerte se convierten en diversión. ¿Quién se para a pensar que la voladura de puentes y edificios, los choques de trenes, los saltos desde un décimo piso, los vuelos supersónicos de Superman, etc., etc., equivalen a una burla de la estética? Hoy se compran hasta los "públicos"

asistentes a esas sobremesas, concursos y juegos buscándolos en las residencias de la tercera edad, las escuelas primarias y las facultades universitarias. Hay adultos jóvenes y niños que por 2.000 pts, o un bocadillo y un refresco, están dispuestos a reír y aplaudir cuantas veces se lo digan.

Vivimos la cultura del simulacro.

La cultura popular ya no está hecha por el pueblo. Como dice Herbert Schiller, "la trama de la cultura popular que relaciona entre sí los elementos de la existencia y que plasma la conciencia general de lo que es, lo que es importante, lo que es correcto, y lo que está recíprocamente relacionado, se ha convertido, primordialmente, en un producto manufacturado". Esta cultura, que se puede designar perfectamente como "cultura de medios", impregna la mentalidad y contribuye decisivamente a la formación de la opinión de la mayoría, puesto que ésta no tiene a su disposición otra fuente de información. La UNESCO estima que hoy día el 85% de los servicios culturales del mundo se vehiculan a través de los medios de masas, especialmente de la televisión. Sus contenidos y programas proporcionan claves a las audiencias acerca de la jerarquía de valores de nuestra sociedad, de cómo hay que comportarse para conseguir el éxito y la felicidad, cómo hay que educar a los hijos, cómo hay que hacer el amor con la pareja, etc., etc. Estos materiales educan y adoctrinan, estimulan la ambición y el lucro personal, y propagan la idea de que la naturaleza humana es inmutable. Niegan la viabilidad de otras formas de organizar la vida y la coexistencia humanas.

El éxito de la industria del entretenimiento descansa en las expectativas del público. El espectador espera del televisor placer, diversión, desahogo de las tensiones, lo mismo que de la lavadora espera una colada limpia y de la nevera alimentos frescos. Por otro lado están las necesidades reales de esparcimiento de las grandes masas de población, necesidades que aún no se han precisado y que cualquier programa político emancipador debería tener muy en cuenta.

6. La industria del reclamo o "publicidad" comercial

Como cualquier persona puede apreciar, publicaciones, emisoras, canales de televisión y programas están inundados de reclamos, de anuncios publicitarios, que son los que los financian y producen las ganancias de sus propietarios. La dependencia es tal que basta con retirar la publicidad para que ese periódico o emisora desaparezca.

Uno de los primeros estudiosos del periodismo, el alemán Karl Bücher definía el periódico a principios de siglo en estos términos: "El periódico es una empresa comercial que crea espacio publicitario como mercancía, el cual sólo es vendible mediante una parte redaccional... El empresario no persigue, como algunos ingenuos creen, representar en él intereses públicos y difundir los logros culturales, sino obtener beneficios con la venta de espacio publicitario. El contenido redaccional del periódico no es para él más que un medio que aumenta los costos para conseguir este fin, y entre los fenómenos más sobresalientes del mundo cultural se cuenta el de que aún soporte esta situación." Si se observa El País, por ejemplo, periódico que presume de "independiente" y que se presenta como modelo de prensa seria, se verá lo difícil que es leer cualquier texto sin que los reclamos no perturben antes nuestra vista. Constantemente hay que estar saltando entre anuncios comerciales para poder encontrar el texto que ha preparado la redacción. En algunos informativos de radio y, aunque menos, también en televisión, las noticias son interrumpidas constantemente por anuncios

publicitarios, de modo que no se sabe bien si la noticia es el anuncio o el anuncio la noticia.

En programas televisivos, series y películas, los anunciantes indicaban antes cuándo se debía cortar para lanzar sus anuncios o cómo debían presentarse los contenidos para favorecer más sus productos. Ahora, como se puede apreciar, los anunciantes hacen los programas directamente o los productos son los protagonistas manifiestos de los programas, y los presentadores y presentadoras "famosos" se pasan el programa vendiéndonos cosas "maravillosas" que nos harán felices si las compramos. Lo mismo ocurre con otros presentadores de programas populares como el Sr. Sánchez Ocaña de "Más vale prevenir", Cristina Ramos de "Cuestión urgente" o Constantiino García, quienes, sin el menor pudor por parte de los directores del ente público, nos incitan a comprar margarinas para regular el colesterol , una locción para manos y uñas o una lata de bonito aprovechando su calva. ¿Hasta dónde puede aguantar el consumidor? ¿Cuándo van a limitar los gobernantes este asalto desenfrenado a niños y adultos?

Por primera vez en la historia de la humanidad, en algunas zonas del mundo se producen más mercancías de las que se consumen. Fabricantes y vendedores han percibido esta situación antes que los demás. Por eso, a fin de dar salida a los artículos y acelerar la circulación del capital, se han rodeado de un gigantesco ejército de expertos: economistas, ingenieros agrónomos, médicos, jurisconsultos, químicos, psicólogos, escritores, músicos, investigadores de la conducta humana, pintores, sociólogos, físicos, filósofos, estadísticos, comunicólogos, etc., etc. En la industria del reclamo trabajan expertos de casi todas las ramas del saber y de las artes con la misión de inculcarnos el nuevo Evangelio: comprar, comprar y comprar. Y cada vez son más los ciudadanos y ciudadanas que se realizan comprando y tienen que recibir tratamiento psiquiátrico para devolverlos a la realidad.

La "publicidad" comercial se ha convertido cada vez más en reclamo del sistema capitalista. Si en su origen se centraba en inducir a la adquisición de una mercancía determinada, ahora es algo más: evoca un mundo maravilloso en donde todos los problemas se solucionan mediante la

compra de ciertas mercancías. El aspecto manipulativo consiste en que esas mercancías prometen felicidad y satisfacción de los deseos ocultos, aunque una reflexión tranquila, sopesada, nos pone de manifiesto que la felicidad, la seguridad, el bienestar y todo lo que las mercancías prometen no sólo dependen de ellas.

Lo que se presenta es un mundo de ensoñación y maravillas, de promesas y fantasías, de gigantes y enanos. Los coches que nos venden son tan fantásticos que saltan montes y cañadas, circulan por debajo de las dunas o salen disparados del mar, con unas hermosas señoritas y señoritos dentro, claro está. La libertad puede consistir en fumar un cigarrillo norteamericano ofrecido por un vaquero que arrea su vacada en los horizontes abiertos de un Oeste que dejó de existir hace más de cien años. Cualquier problema personal se soluciona comprando. La libertad se reduce en última instancia a la libertad de comprar, a elegir entre numerosos envases y colores de un mismo producto. Para la industria del reclamo no existen problemas sociales.

Durante 1992 se han gastado en España 900.000 millones de pesetas en seducir al público mediante anuncios publicitarios. Sin embargo, tan sólo se han dedicado algo más de 243 a informar a los consumidores. ¿Por qué se gastan esas sumas ingentes? ¿Por qué se dilapida en reclamos mucho más que bibliotecas? Para aumentar la velocidad de circulación del capital y aumentar así las ganancias. Aquí reside uno de los puntos débiles de esta sociedad. Si el dinero que se despilfarra en la publicidad comercial se emplease de otra manera se podrían solucionar realmente algunos problemas sociales, o al menos suavizarlos. Por añadidura, los medios de comunicación, sus contenidos y programas, quedarían libres de la influencia funesta de la gran industria, los bancos y el comercio.

Sin información suficiente no podemos actuar de manera inteligente, ni dirigir nuestras acciones en función con nuestros propios intereses y necesidades. Pero no basta con tener a mano las informaciones ni difundirlas en círculos restringidos. Es menester que las vean, oigan y lean los compradores. Más aún, que éstos las comprendan y asimilen. De las investigaciones realizadas se desprende que el 77% de los lectores varones y el 88% de las mujeres sólo se limitan a hojear la sección económica de los

periódicos. Salvo raras excepciones, las cuestiones económicas apenas interesan a nadie que no esté metido en el mundo de las finanzas o sea un "experto". ¿Cuántos de nosotros disponemos de conocimientos previos y de dinero suficiente para participar en las especulaciones de la Bolsa y hacernos multimillonarios de la noche a la mañana limpiando los bolsillos ajenos?

Cuando en caso de legítima defensa alguno de nosotros nos atrevemos a protestar de este orden económico y de la ampulosidad de los "expertos" académicos, de los "versitarios", como dicen en el campo andaluz, nos tildan de intrusos y de "críticos de la cultura". Este concepto se emplea, claro está, en sentido infamante. Sin embargo, y como dice W. Menge, "es presumible que por ello sean los mejores en establecer el necesario acuerdo entre lenguaje y realidad. Esta colisión es precisamente la base del quehacer periodístico. Necesitamos a los periodistas cuando algunas personas desean saber con más profundidad cómo está formado nuestro mundo. Los profesores no siempre son suficientes para enseñar algo" (Wolfgang Menge: El comprador vendido.).En esta sociedad del consumo y de la abundancia (aunque luego no sea tanto), el consumidor y usuario se guía más por los sentimientos y las imágenes que le han presentado los reclamos que por el intelecto. En eso radica el arte del diseñador, en investir de poesía el valor de uso de cada cosa. Parece como si el valor de uso no interesara seriamente a casi nadie. La realidad es demasiado prosaica. Lo enigmático y maravilloso de los productos transciende lo utilitario, o dicho con palabras de Carlos Marx: "Mientras tengan

valor de uso (las mercancías), nada hay de misterioso en ellas....., Un artículo parece a primera

vista una cosa trivial y evidente. Pero de su análisis se desprende que se trata de algo complejo, lleno de sutilezas metafísicas y caprichos teológicos." Por eso, dice el mismo autor, poseen las mercancías un carácter fetichista.

Otro pensador alemán, Ernst Bloch la ha formulado de la siguiente manera: "La mayoría de las personas que van por la calle dan la impresión de que siempre piensan en algo diferente. En muchas es el dinero, otras que lo poseen cavilan en qué pueden emplearlo; de otro modo no sería fácil

atraerlas con ornamentos e incitarlas con bellas visiones. No existiría el callejeo, la constante inclinación general de imitar a los prototipos del momento. Por eso se ven tan concurridas las vías urbanas donde abundan los comercios, tanto como los largos paseos por el campo y los arrabales en los fines de semana. Una señora se detiene extasiada ante un escaparate, y contempla unos zapatos de piel de cocodrilo con bellos adornos metálicos; un caballero pasa de largo, mira a la dama y ambos tienen, a su modo, una porción de su mundo peculiar de deseos. Hay dicha bastante en la tierra, y no sólo para mí: eso lo

pregona en todas partes el cúmulo siempre presente de anhelos....., No se han adormecido

nuestros anhelos de mejorar. Nadie puede sentirse completamente libre de aspirar a algo. Sería más cómodo olvidar ese anhelo que satisfacerlo, ¿pero a qué conduciría hoy eso? Los deseos no cesan de aflorar, estimulados de un modo u otro; los apáticos son cadáveres sobre los que el Maligno entona su grito de victoria. En nuestros tiempos nadie puede ser indiferente, ni prescindir de lo superfluo."

7. Límites de la manipulación

La manipulación ideológica tiene también su talón de Aquiles. Las contradicciones se pueden camuflar e interpretar falsamente, pero no se pueden superar ni eliminar bajo el capitalismo. Los llamados "medios de comunicación de masas", todo el sistema educativo, la industria entera de la conciencia y de la publicidad comercial pueden interpretar, presentar, comentar, tergiversar o embellecer como quieran una realidad compleja y contradictoria. Pero las disparidades y conflictos sociales se mantienen, y cada día son más evidentes: sigue habiendo ricos y pobres, trabajadores y parados, hartos y hambrientos, etc.

El ser social no se modifica con una conciencia manipulada. El carácter antihumano de este orden social se va conociendo con la experiencia. Gracias a ella aprendemos a ser más críticos con los medios de comunicación, a ser más exigentes con la calidad de los productos materiales y culturales, a reflexionar sobre las causas del abismo que existe entre la realidad y lo que esos "medios de masas" nos presentan.

Los límites de la manipulación hay que buscarlos en las contradicciones del propio sistema.

Notas

[1] Cf. Parenti, Michael: Dirty Truths, San Francisco 1996.<<

[2] Cf. Romano, Vicente: Desarrollo y progreso. Por una ecología de la comunicación, Barcelona 1993.<<

[3] Cf. Parenti, M.: Dirty Truths, l. c., pp. 209-214.<<

[4] Ni siquiera Mundo Obrero, publicación supuestamente afin a ellas, se ha atrevido siquiera a dar noticia de su

existencia. Hay veces que la fascinación por lo extranjero no deja ver lo propio.

<<

Document Outline

- FORMACION DE MENTE SUMISA
- La formación de la mentalidad sumisa
- Prólogo a la segunda edición
  - Mundialización de la economía y de la conciencia
- Introducción
- Primera Parte
- La enseñanza
  - 1. Factores constitutivos de la opinión
  - 2. El hogar
  - 3. Sobre la información
  - 4. El proceso de formación
  - 5. Saber lo que se hace
  - 6. Las cosas, del revés
  - 7. La escuela
  - 8. Novios de la vida, no de la muerte
  - 9. Claridad
  - 10.La enseñanza de lo que es el Estado
  - 11. Nuevos métodos de sumisión
  - 12.Los beneficiarios de las guerras
  - 13. Preguntas a la TV
  - 14. Enseñar a ver la televisión
  - 15. Reconocer los intereses
  - 16. Fe y confianza
  - 17. Enseñanza de la economía
- Tabla 1
- Tabla 2
- Tabla 3
- Tabla 4
  - 18. Resumen
- Segunda parte
- La violencia
  - 1. La violencia oficial
  - 2. La violencia psicológica

    - 3. Violencia y medios de comunicación
- Tercera parte
- El entretenimiento
    - 1. El mundo feliz
    - 2. El pensamiento mágico
    - 3. La manipulación
    - 4. Técnicas de manipulación
    - 5. El entretenimiento
    - 6. La industria del reclamo o "publicidad" comercial
    - 7. Límites de la manipulación
- Notas